

Néstor Taboada Terán
MANCHAY PUYTU

el amor que quiso ocultar Dios



EDITORIAL SUDAMERICANA



BIBLIOTECA DIGITAL

TEXTOS SOBRE BOLIVIA

TEATRO, BIBLIOGRAFÍA, LITERATURA, AUTORES, SUS OBRAS Y LO ESCRITO
SOBRE LOS MISMOS, MASONERÍA BOLIVIANA

LITERATURA

AUTORES, SUS OBRAS Y TEXTOS QUE COMENTAN SUS LIBROS

FICHA DEL TEXTO

Número de identificación del texto en clasificación Bolivia: 5621

Número del texto en clasificación por autores: 10528

Título del libro: Manchay puytu el amor que quiso ocultar Dios

Autor (es): Néstor Taboada Terán

Editor: Editorial Sudamericana, S.A.

Derechos de autor: Dominio público

Imprenta: Talleres Gráficos de la Compañía Impresora Argentina, S.A.

Año: 1977

Ciudad y País: Buenos Aires – Argentina

Número total de páginas: 128

Fuente: *Digitalizado por la Fundación*

Temática: Néstor Taboada Terán

Cal de la Quistana Condorco

MANCHAY PUYTU EL AMOR
QUE QUISO OCULTAR DIOS

NÉSTOR TABOADA TERÁN

Manchay Puytu
el amor que quiso
ocultar Dios

EDITORIAL SUDAMERICANA
BUENOS AIRES

NESTOR TABOADA TERÁN

Manchay Puytu
El amor que quiso
ocultar Dios

IMPRESO EN LA ARGENTINA

*Queda hecho el depósito que previe-
ne la ley 11.723. © 1977, Editorial
Sudamericana Sociedad Anónima, ca-
lle Humberto 1° 545, Buenos Aires.*

*A mis hijos Lourdes Ekaterina,
 Wilma Varinia
y Néstor Camilo.*

ÍNDICE

	<i>Págs.</i>
<i>Preámbulo</i> a los extraños sucesos y desgracias de una leyenda de amor que, pese a los siglos de difusión prohibida, la mano del tiempo no ha enterrado en la sepultura del olvido	15

LIBRO PRIMERO

Ukhuypacha: el mundo subterráneo

Capítulo	/ I	Que trata del retorno del padre Antonio de la Asunción a la Muy Celebrada, Augusta, Noble y Riquísima Villa Imperial de Potosí y toma conocimiento del infausto fallecimiento de la mujer que había dejado en la plenitud de su vida y belleza	21
Capítulo	/ II	En que cuenta el sacerdote cómo la difunta le había advertido su deceso mediante un agorero sueño de pesadilla	26
Capítulo	/ III	De la visita que hace el padre Antonio al Ilustrísimo Obispo y de la persecución del recuerdo de la difunta a quien llama alma pequeña, errante y cariñosa	31
Capítulo	IV	En que se reproduce la Crónica de Don Bartolomé Arzanz de Orsúa y Vela sobre la verídica furia de Dios contra la Villa Imperial de Potosí mediante despiadado cataclismo de agua y lodo.	39
Capítulo	V	En que el fraile conversa con el alma de la difunta reprochándola de su desamorada acti-	

		<i>Págs.</i>
	tud de dejarlo en un mundo de tristezas y pesares y conoce en el panteón la tumba donde se encuentra alojada	43
Capítulo VI	Que trata de la importante y trascendental resolución del Obispo y la manera como le fue comunicada a la que en vida fuera dulce concubina del sacerdote	49
Capítulo VII	De la manera como por primera vez perdió el alma la imilla Qöya Cusilimay y Ñauparruna fue en su auxilio	57
Capítulo VIII	Donde se verá cómo aprovechando las tinieblas de la noche el padre Antonio va en busca del cadáver de la joven India para exhumarla y su singular tropiezo en la calle de las Siete Vueltas	66

LIBRO SEGUNDO

Ayamarqay killa: el culto de los muertos

Capítulo I	En que notificado de su próximo ajusticiamiento espontáneamente se confiesa el ilustre caballero Español que ha violado trescientas sesenta mujeres Aborígenes	75
Capítulo II	Donde se verá que el padre Antonio de la Asunción estimándose el ser más afortunado de la especie humana, lava y perfuma el cuerpo de la difunta y le hace el amor prometiendo devolverle la vida	81
Capítulo III	Que trata de la visita que hace la sufrida y enamorada India a la Gruta de la Serpiente donde se encuentra Ñauparruna y cómo éste le explica que por segunda y última vez ha perdido el alma	87
Capítulo IV	De la manera como advierte el sacerdote que sus denodados esfuerzos por devolverle la vida a la difunta han fracasado y considera que podía matar al viejo Caoquí para que su alma en el País de los Espíritus acompañe al de su desamparada concubina	97

		<i>Págs.</i>	
Capítulo	V	Que trata de pequeños sucesos acaecidos en el Palacio Encantado entre el ilustre caballero Español condenado a la pena capital y su última voluntad que es una India llamada Qöya Cusilimay	105
Capítulo	VI	En que sufrida y acongojada habla la difunta imilla desde el Wakayñán recordando singulares hechos acontecidos entre el clérigo y ella	115
Capítulo	VII	De la manera como es arrancada la tibia del cuerpo de la infortunada India que murió de amor para elaborar una quena cuyas melodías alcancen el milagro de su resurrección	121
Capítulo	VIII	Donde Ñauparruna establece la verdad de la conducta sexual en las venturosas épocas precolombinas	126
Capítulo	IX	De lo que sucedió el Día de Todos los Santos con la llegada de las almas y la dolorosa desilusión del cura que con grandes pesares se traslada al panteón para tocar la flauta de hueso humano	131

LIBRO TERCERO

Wakayñán: el sendero del llanto

Capítulo	I	En que el padre Antonio de la Asunción le propone al Negro Bienvenido Catanga ser portador confidencial de un mensaje a María Cusilimay que se encuentra en la otra vida	143
Capítulo	II	Donde se verá el ajusticiamiento del Bigardo y la desaforada reacción de Mestizos y Criollos que matan al verdugo y la asombrosa e increíble inmolación de las trescientas sesenta Aborígenes	159
Capítulo	III	Que trata de la ingrata resolución del cura nostálgico de tocar la quena prodigiosa metido cabeza y manos en una vieja y grandísima ánfora	166
Capítulo	IV	Donde se cuenta cómo Indios insurreccionados ocupan la Villa Imperial de Potosí para que	

ÍNDICE

	<i>Págs.</i>
	el vecindario ponga en admiración a la posteridad de los siglos al último legítimo heredero de la dinastía Incaica 172
Capítulo V	Que trata de sucesos que acontecieron en las puertas del cielo cuando intentaba el padre Antonio emitir un mensaje a la otra vida y termina en la casa de Pedro el Escultor quien le brinda un cántaro para expresar las angustias de su esperanza 182
Capítulo VI	Donde el clérigo confiesa mostrarse decepcionado y resentido por el mal comportamiento y felonía de la que fue su equívoca concubina y pide el perdón de Dios para brindarle otra vez sus tributos de sumisión 189
Capítulo VII	Que trata del encuentro del padre Antonio de la Asunción con Ñauparruna y el total convencimiento del clérigo de que este mundo ya no es de él y debe partir al País de los Espíritus donde le espera su amada 193
Capítulo VIII	En que aparece el cadáver del cura en la ribera de la Laguna de los Dolores y condolido el vecindario estima que ha dejado de existir un Santo de la Iglesia 211
Capítulo IX	Donde muerto el padre Antonio confiesa desde el País de los Espíritus que ha vivido martirizado por el Gran Miedo 215
Capítulo X	De la manera como se imponen de la aterradora verdad en la Villa Imperial y queman los cuerpos de los amantes y los pecaminosos muebles, libros y manuscritos 225
<i>Epílogo</i>	a los extraños sucesos y desgracias de una leyenda de amor que ha sido fundamentada como pregón de futuras no superadas notoriedades 232

Jánaj pachamanta,
Lliphípej chaymanta,
¿Paymin sina wajyawasqan?

Desde la eternidad,
Desde el origen de la luz,
¿Es tal vez ella quien me está llamando?

Poema del Manchay Puytu (Siglo XVII).

P R E Á M B U L O

A los extraños sucesos y desgracias de una leyenda de amor que, pese a los siglos de difusión prohibida, la mano del tiempo no ha enterrado en la sepultura del olvido.

Nauparruna se abrió paso entre las trescientas sesenta Indígenas aglomeradas como un conjunto de llamas. Niñas impúberes, adolescentes candorosas y mujeres maduras, embarazadas algunas y otras con niños de pecho —peludos de piel aceitunada— que sorbían voraces los pezones erectos. Silenciosas todas, implacablemente mustias. Rostros sin sonrisas. Indias qöyas sin apego a la vida ni a la muerte. Entornó los ojos y traspuso los umbrales sin obstáculo alguno. Hombre antiguo, testigo de los tiempos, nacido en el año primero de la Creación por obra y gracia de Qhön Tijsi Wira-qöcha, se había disfrazado de noble y próspero encomendero Catalán, con vestidos elegantes, sombrero de rico cintillo y polvos de arroz en el rostro para presenciar el acto de lectura de la sentencia del Tribunal Ordinario del Santo Oficio de la Inquisición a un caballero Español de muy particulares regocijos. Taskijiwíqay, depredador de doncellas. Ocupó una de las sillas cercanas a la salida. Repleto de público ávido, el sagrado recinto se hallaba ocupado por Andaluces, Sevillanos, Vascos, Toledanos y Gallegos, quienes gozaban el privilegio

de ver sin ser vistos. Presentes se encontraban los Ilustres Oidores de la Real Audiencia y miembros del Cabildo y Corregimiento. Ocupaban el Altar Mayor, al lado del estandarte de terciopelo negro, flecos de oro y Cruz verde, cinco sacerdotes de la alta jerarquía, vestidos con la indumentaria oficial de San Pedro Mártir con veneras en forma de cinta negra colgada al cuello, de la cual pendía una medalla de plata dorada. Solemnes, fastuosos, mayestáticos. Enemigos jurados de alquimistas, bigamos, excomulgados, protestantes, moriscos, luteranos, judíos, hechiceros, adivinadores, invocadores del Demonio, blasfemos heréticos y astrólogos, cuidaban el comportamiento de los habitantes —inclusive Mestizos— en la ortodoxia católica. Cuando hizo su aparición el Bigardo, auxiliado por religiosos, se elevó un murmullo de exclamación. Todos trataban de retratar por siempre en sus retinas aquella pintoresca y estrafalaria figura del hombre que se había entregado a la lujuria llameante. Alto, demacrado, seco. Envejecido por su desgastador oficio, sin edad precisa. Al ocupar la silla asignada miró de soslayo al público ansioso, quién sabe si buscando algún rostro amigo. Leyó la inscripción del estandarte *Exurge Domine et judica tuam*, Alzate oh Dios y vuelve por tu causa y temblaron sus rodillas. En el gentío no encontró a nadie y sus pupilas se apagaron lentamente en un gesto de desdén. Pródigo distribuidor de cariños y venturas ahora se sentía abandonado hasta por sus sueños más íntimos. Iniciada la sesión, el Alguacil Mayor —que llevaba la vara del Santo Oficio— encareció al Comisario Eclesiástico dar lectura al dictamen. El reo fue obligado a escuchar de pie la palabra del alto funcionario. Nos, los Inquisidores, contra la herética pravedad y apostasía en los reinos del Perú, comenzó con voz sonora posesionado del púlpito. Sin perder una sílaba el auditorio seguía la saga magistral del documento. Violador convicto y confeso de mujeres Aborígenes, solteras, casadas,

viudas, habían ascendido a trescientas sesenta sus víctimas. Por tanto os hacemos saber que, para mayor acercamiento de la fe, conviene separar la mala semilla de la buena y evitar todo deservicio a Nuestro Señor. . . Aquella acepción de mala semilla justificaba la regla del desborde general: hermanas, primas, madres, tías y abuelas Indias, por generaciones, pasto de la lascivia. Los ricos comerciantes Andaluces sonrieron expresando a media voz el fructífero trabajo de toda una vida. Alma sensible el Bigardo parecía sentir consternación con decoro, sin demostraciones de afectación. Después de pormenorizar los hechos, el Tribunal concluía condenándolo a morir por el viejo arte de la asfixia. Su fatal destino. Era inhumana y cruel la sentencia. Yo no soy un malvado ni tengo soberbia satánica, dijo entre dientes, apenas he tomado como Español lo que me fue dado tomar. Mandan los señores Inquisidores Apostólicos, de estos reinos, que todos los vecinos, moradores, estantes y residentes en la Villa Imperial y seis leguas en contorno vayan el primer domingo después de la Cuaresma que viene a la Plaza del Regocijo a ver la aplicación de la pena máxima al poseído por la concupiscencia del Demonio; mándase publicar para que venga a noticia de todos. Rogamos y encargamos muy afectuosamente como de derecho mejor podamos, que se hayan benigna y piadosamente con él. Clausurada la sesión, desapareció el Bigardo por la puerta que conducía al interior del edificio. Con rumor de discusiones entre nobles y togados comenzaron a abandonar el sagrado recinto. Los Vascongados ponían en duda la condición humana de las trescientas sesenta mujeres. Los más mordaces decían estamos de acuerdo con la sentencia del Tribunal y no por haberse entregado el inculpado a relaciones con tantas hembras sino por haberse emporcado con seres irracionales. No hay Indio necio ni India lerda, expresó por su parte la esposa del Presidente de la Audiencia, el Diabolo tienen esas Indias en el

cuerpo. Como testigo mudo —único— de aquel singular suceso, Ñauparruna salió —lentamente— sin ser reconocida su verdadera condición ni percibido su fingimiento. Heridos los ojos castaños por el color del atardecer Chuquisaqueño de verano, se detuvo un instante a contemplar con su mirada honda la irrealidad de aquellas mujeres —carne de su carne y sangre de su sangre— que se confundían por un instante con el público blanco del Coloniaje, los subdioses Wiraqöchas. Sabían de la drástica y dramática determinación y no opinaban nada. No había ningún sentimiento de sorpresa. O reproche. O conmiseración. Taciturnas e insensibles como los ídolos-muertos-del-pasado no comentaban ninguna cosa entre ellas. Algunas trataban sólo de acallar generosamente el llanto de sus tiernos engendros.

LIBRO PRIMERO

UKHUPACHA: EL MUNDO SUBTERRÁNEO

CAPÍTULO I

Que trata del retorno del padre Antonio de la Asunción a la Muy Celebrada, Augusta, Noble y Riquísima Villa Imperial de Potosí y toma conocimiento del infausto fallecimiento de la mujer que había dejado en la plenitud de su vida y belleza.

¡Ay, Jesús, qué luna clara! Rompiendo los silencios de la noche plateada de luz lunar arribó a la monumental puerta de entrada en cuyo frontis se exhibía un escudo tallado en piedra. Soy el rico Potosí / del mundo soy el tesoro / soy el Rey de los Montes / envidia soy de los Reyes. Detuvo la cabalgadura para desmontar y sacudirse el polvo que se había acumulado en su hábito negro. Levantando el rostro observó la fantástica mole cónica del Qölke Wacay endulzado por la luna. Hermoso, soberbio, magnífico cerro. Dios lo había creado así, ex profeso, para que fuese señalado en el mundo entero. En sus declivios y faldas techumbres de paja y teja, ajimeces, campanarios y cúpulas. La torre de la Compañía de Jesús. Sonrió como si estuviera contemplándolos por primera vez. ¡Casi un año de ausencia y alrededor de la Montaña Excelsa la misma atmósfera de perenne serenidad! Aspiró profundamente. Alta tierra de cielos descubiertos y alientos reprimidos. Y reanudando su caminata, a paso de canónigo, se internó por el pasadizo de los Suspiros y acortó la distancia cruzando por la calle prohibida

de las Portuguesas —siempre en fandangos a altas horas de la noche— hasta llegar al bajo —barrio de los Gallegos— y dar con las rancherías suburbanas de los Indios. ¡Arde mi corazón animado de un fuego que no se apagará nunca! Tan pequeñas, alzadas con tapiales y adobes de tierra, unas contra otras, como acobardadas por remotas furias. Llegó a la casa que se levantaba de pronto sobre la esquina, la mansión del suburbio, con balcón de madera tallada y desde el cual podía contemplar los auténticos celajes del crepúsculo —encendidos fuegos de antawara— de todos los días y no siempre idénticos. Matices rojos, toques de amarillo, lapislázuli y añil. Presintiendo a la joven imilla, la más pura y hermosa de las mujeres, sintió como un bálsamo para sus fatigas. ¿Cómo la encontraré después de tanto tiempo?, pensó con el corazón a punto de estallar de amor. Abierto el portón de la casa, la cansina mula ingresó al patio con su pesado cargamento. Pronto sentiría contra él aquel cuerpo febril, dócil, abrasador. Se detuvo cerca del aljibe y de la argolla para atar animales. En su pecho me reclinaré... ¿Habrà por ventura en la tierra alguna mujer como ella? Desensilló y trasladó la carga al cuarto de los duendes donde guardaba no sólo las provisiones —cereales, papas, chuños, azúcar— sino todos los trastos viejos de la mansión, Santos quebrados de pies y manos, Vírgenes sin cabeza, candeleros en desuso, sillas y escobas. Mañana tengo que devolver el animal a su dueño. Aferrando fuertemente con las manos la petaca de cuero repujado ascendió por la escalera hacia el dormitorio. Tanto tiempo he soñado con la dulce sonrisa de sus ojos. Era consciente del desdoro que lo unía a ella pero sin ninguna sensación de culpa. A cada paso crujían los escalones como aspas de un deteriorado molino de viento. Tratando de producir el menor ruido penetró en la habitación con el corazón oprimido. Se hallaba sumida en una olorosa penumbra. Buscó la cama, su cama. Y no encontró lo

que pretendía encontrar. Pero cómo, ¿aquí no hay nadie? Encendió la vela del pesado candelabro de plata. Todo se hallaba tal como lo había dejado. La pátina del tiempo de ausencia descansaba sobre los muebles indiferentes. Los libros y los cuadros. Un Cristo gótico, implorante; sangre roja manaba por uno de sus costados. ¿Qué pasó? Yo le dejé dicho que se quedara aquí y por lo visto ni siquiera hizo la limpieza. . . . Abrumado por ese extraño vacío sintió un oscuro desaliento. Salió alumbrándose con la vela y cauteloso llegó al segundo patio. Para reanimarse se detuvo en la puerta de la pieza del fondo y después llamó. ¿María? Y la respuesta terrible y elocuente del silencio. ¿María?, la puerta cedió. Se hallaba la habitación en perfecto orden, la cama hecha con un phullu y la almohada con funda. Absorto, sin comprender nada en medio del recinto. ¿Se fue acaso con otro hombre?, manifestó su primera dolorosa aprensión. ¿Se la llevaron los Españoles? Y en ese momento, como emergiendo del silencio de la noche, apareció en el patio un anciano corcovado. Soy Caoquí el viejo y con cortesía ceremoniosa y servil le habló en quechua. Desde muy lejos vi que llegabas y vine a saludarte de inmediato, tata Antoño, aunque tengo ya la vista cansada. Saikuskaqani. Y le salió la pregunta que se hallaba a flor de labios: ¿Y María Cusilimay, Caoquí? La tierna y encantadora María Cusilimay ha muerto, tata Antoño. Sintió el religioso que el techo y las ventanas y las paredes y toda la casa se desplomaban sobre él. Encerrada aquí mismo, sola, solita, sin dar a nadie posibilidad de auxiliarla, tata Antoño. No obstante el súbito derrumbamiento de todo lo que le rodeaba, se mantuvo enhiesto, percibiendo aún que el patio daba vueltas a su alrededor. *O dulcis Virgo Maria!* Tan insólito, tan injustificado, tan sorprendente era aquello. Viejo Caoquí, Dios te perdone por la torpe, ingrata y deplorable noticia que me acabas de participar. Se inclinó lentamente el viejo a recoger el pesado candelabro y la vela apagada y quebrada. Ay, Jesús, qué luna clara, suspiró. Todas

las noches, por tiempo casi indefinido, te he aguardado vigilante en la cumbre del cerro, oteando las distancias por donde nacen los senderos, para darte simplemente la noticia y cuando te divisé hoy atravesando el Puente de los Milagros me dije mejor mañana, a la hora de la primera Misa, con prudencia y mesura le hablaré pero la verdad que tú no más me has precipitado a decirte tan de improviso. . . Como ánimas exhaustas los dos aparecidos ascendieron por la escalera que crujía al resistir el peso de las visitas. Después de encender nuevamente la vela, le dijo al anciano siéntate en la cama que yo me sentaré en esta silla de espaldar elevado y recorrió con su mirada triste y perdida todo el ámbito. ¿Cuándo y por qué murió? Y Caoquí el viejo se dispuso a responder. Ha debido ver el Cóndor sagrado que cuando cruza el aire los que lo ven mueren. ¿Y? Y entonces le fue comiendo la enfermedad del alma, el Ajayu onghoy, que terminó llevándosela a la otra vida. ¿Que si murió entre dolores? No comía, no dormía, no salía a la calle, no tenía ojos para nadie. A mí me miraba con indiferencia como lo hacía con las enristricidas flores del balcón o con las gallinas y los patos y los coys que se me hace que se suicidaron muy a su pesar. Dime ¿quiénes y dónde la sepultaron? ¿Hubo mucha gente en el velatorio? La enterramos con Doña Dolores en el panteón después que había estado difunta muchos días. ¡Está claro que murió sin Sacramento! Apareció en su cama fría y tiesa como si estuviese durmiendo, no hubo velatorio. ¿Puede concebirse que mis amigos pintores y escultores no hicieran nada por salvarle la vida? ¿Y los sacerdotes de San Lorenzo, de Santo Domingo y de la Iglesia Matriz? *O Clemens o Pía!* Se me hace que estás de frío, tata Antoño, tu mandíbula está temblando. Es cierto, tiritaba y tenía sed. Bueno, Caoquí, véte a tu casa a dormir, que yo trataré de descansar. . . , me siento tan vacío, tan débil; me aseguras bien la puerta. Cuando se marchó el viejo, el fraile escondió el rostro entre las manos y rompió a llorar. ¿Qué tierra

cruel ha sepultado a aquella mujer que era mi única ventura?, desenfrenado como un niño, ¿Uj kata kusíyniy kajta mayken jallpa mullpuykapun?, con arrebatos incontenibles, ¿víctima quién sabe de qué tormentos y dolores? Dios mío, está visto, era nada más que una mujer transitoria a pesar de toda mi esperanza y sabiendo esta desazón cruel como ninguna no hubiese retornado. ¡Sumaj María, María bonita, yo no me he cansado de mirarme en tus ojos! Y paulatinamente por la ventana que atisbaba el mundo exterior, se filtraban vacilantes las primeras luces del amanecer. Sumido en las tinieblas de la perplejidad, saqerqani qhallallajta, su voz le salía trémula. Animososa, altiva, jovial la dejé, saqerqani qhallallajta...

CAPÍTULO II

En que cuenta el sacerdote cómo la difunta imilla le había advertido su deceso mediante un agorero sueño de pesadilla.

Qué espanto, yo estuve advertido de su muerte. Sí, Jesús mío, tuve la certidumbre sesenta días después de ponerme en camino, es decir cuando pasé por el puente de Pachachaca —que divide a Abancay de Andawayllas— adherido entusiastamente a una piara de llamas que tenían adornadas las orejas con cintas multicolores. Si mal no recuerdo eran treinta y tres hembras y un macho. Conducida por arrieros Indios, venía transportando para el puerto del Callao piñas de plata y tejos de oro, a la vez que frutos del quinto real e ingresos de diversos tributos. Había salido de Potosí aproximadamente cinco meses ha, escoltada por funcionarios Españoles montados en hermosos corceles. En la Villa Imperial es tal el orgullo de los hijosdalgos que no desmontan de sus caballos aunque tuvieran que caminar dos pasos. A menudo encabritados los soberbios jamelgos muerden, cocean y se niegan finalmente a trotar mostrando la influencia del temperamento de sus amos. Qué notable diferencia con las llamas esbeltas, suaves y dóciles. Parecidas a los camellos, pero sin gibas, son de ojos dulces y bondadosos, bordeados de grandes pestañas. Sin bozales ni jáquimas, sin hierros que defiendan sus pezuñas. . . Era la segunda vez que

veía tan extraordinaria caravana. La primera fue cuando conocí al padre Felisberto, el capellán de los presidios de Chile, nacido en Andorra la Vella. Tengo entendido, Antoñito, que las Españolas de la Villa Imperial se levantan del parto nuevamente preñadas. En efecto, padre Felisberto, como una especie de incubadoras están obligadas por la pasión de sus ardorosos maridos, a dar a luz cada año, sin descontar que las Indias también deben parirles hijos. No es orégano todo el monte, Antoñito. Como los hombres viven haciendo honor a la Triple Ve: vino, varaja y verija, las mujeres a la Triple Ce: capilla, cama y cocina. Con grande tratamiento y bondad diéronme hospedaje en la parroquia donde se venera a la Santísima Virgen de Cocharcas. Pues los Potosinos de la Villa Imperial gozamos de una justa y merecida dignidad por sostenedores de las Arcas Reales del Reino de España. Tanto tiempo comiendo y durmiendo en postas precarias —fondas, alquerías y tambos—, yo me dije ahora comeré y dormiré como buen cristiano. Es cierto que tragué bien en la mesa de los piadosos hermanos, vino abundante y alimentos fuertes. Con gracia y amenidad y hasta gastando bromas audaces charlamos de todo un poco. Refirieronme que pasando por allá un peregrino que trasladaba la Sagrada Imagen de la Santísima Virgen se le hizo intolerable el peso y en razón de este hecho poco común los eclesiásticos y vecinos principales declararon milagroso el peso del sagrado bulto, como que quería dar a entender que deseaba hacer ahí mismo su pequeña y grandísima morada y edificaron en la planicie del primer descenso la parroquia de Cocharcas. Frente a ella una gran plaza con un árbol que frutece una sola vez en el año y una fontana de aguas milagrosas en la que beben las bestias y los Indios. Chorea sólo en el tiempo del holgorio, es decir cuatro días antes y cuatro días después de la festividad del Dulce Nombre de María. Por ese tiempo que es primaveral hay grandes iluminaciones de fuegos naturales y artificiales. Se queman cohetes.

Todos ellos amables y dulces sacerdotes eran venidos de la lejana Navarra, algunos de habla Vascuence —sonora y rica en formas y expresiones— y otros Castellana, tal división, expresaron, era debida a la cuenca de Pamplona que separa la ribera de la montaña, ni más ni menos que Abancay de Andawayllas. El dormir fue mi tormento, hacía calor y los mosquitos se descubrían muy inquietos. Embravecida crepitaba la lumbre del fogón y dale a María Cusilimay —larga túnica blanca, pelo suelto y senos desnudos— aumentar tola y taquia a los siete agujeros circulares. Asaba carne sanguinolenta. . . y yo no quería ni probar. La tiró al fuego y en tono desafiante me dijo cuando muera vas a saber lo que es sufrir porque no podrás hallar ni arañando la tierra una imilla como yo. ¿Cuando mueras?, repetí con sorna, la verdad que nunca vas a morir y halagándola me la llevé a su pieza para el goce supremo. Cerca a la patilla que hacía de catre, en la pared de la cabecera, advertí que colgaba un phullu como cortina y le pregunté qué era lo que ocultaba allá. Y de un tirón descubrí un forado y una hoya profunda de aguas pútridas —baba del Diablo— que se la estaba comiendo a la casa. Desgracia, desgracia, tengo que repararla de inmediato, me dije, antes de que sea tarde, con tapiales y piedras. No puedes hacer nada porque es el Ukhupacha, el mundo subterráneo, me respondió mortificada. ¡Un hambriento Ukhupacha! ¿Te sientes mal?, la tomé de las manos que temblaban. No me dejes en el Ukhupacha y la escuché llorar como lloran las palomas en los tejados. Le acaricié el rostro, las mejillas, el mentón. No me dejes, Antoño, decía con voz sumisa, tengo miedo, no me dejes y encogiéndose como una apasanca asustada, como una araña trémula. Yaya Antoño, no me quiero morir. ¿María?, llamé incorporándome de inmediato. Me palpitaba el corazón. María, ¿me escuchas?, la reclamé dando codazos al aire, urpila, ¿dónde estoy? Pues no tardé en recordar que dormía en una mullida cama de la parroquia de la Santísima Virgen

de Cocharcas. Una pesadilla agorera me estaba robando el sueño de los ojos. Yo que había pensado descansar a pierna suelta para recobrar mis gastadas energías en la grupa de la mula atravesando quebradas y llanos, cuevas y barrancos, trapiches y cañaverales. Aqöyraki. Sueño de pesadilla, agorero sueño. Dios mío, qué lejos estaba de ser un exquisito sueño de amor. Intenté desentrañar sus significados a la luz de la ley que rige las costumbres. El fuego indica pena, la carne muerte. La túnica mortaja. A la vista del Ukhupacha decía no-me-dejes-no-me-dejes. En la amplia habitación de naturalezas muertas, intranquilo, excitado, sombrío, iba de un lado a otro con el deseo de despejar mis arrebatos. ¡La muerte andaba suelta esa noche! De morir todos tenemos que morir, pero que Dios nos llame a su debido tiempo y no intente cargarnos el Diablo apresurado. Debo salvar su alma, me ahogaba la ansiedad. Yo me despedí de María Cusilimay diciéndole en quechua sé fiel, espérame. Suyallaway. Y ella me miraba sin comprender nada. ¡En seguida vuelvo, suyallaway! Y nos quedamos un instante inmóviles, quizá temerosos del mundo. Quería escapar de la pieza monacal y en la cumbre del cerro encender fogatas de auxilio y contratar el caballo del mejor postillón para volar quinientas leguas. ¡Qué esperanza ser jinete! Recordé que estaba vedado a los Indios utilizar caballos. . . .

¿Y era realmente sensato abandonar la misión que me había encomendado el Ilustrísimo Obispo por una fracción de incertidumbre? ¿No habría comido en exceso? Sabedor de la fuga traicionera el Obispo no titubearía un instante en entregarme al Demonio. No tenía más perspectiva que proseguir la travesía que era ni más ni menos que una jornada de destierro. En ese momento, más que en ninguna otra ocasión, me convencí del injusto, malicioso y cruel extrañamiento de mi país. Viajar es una forma más de morir en el exilio. No se vive una sola vez en la muerte. Sobre el lomo de las bestias de carga mantenerse muerto-de-frío, muerto-de-hambre, muerto-de-dolor,

muerto-de-ansiedad dos, tres, cuatro meses confundido con el paisaje del cielo y de la tierra, a veces balanceándose en canastos con tensas fajas tendidas de cerro a cerro. Con lluvias torrenciales, con alqhamaris codiciosos, con peñascos abruptos, con altipanpa inmensurable, con sol caliente, con luna fría. Como sombras desamparadas comerciando los hombres y las mujeres hilando y tejiendo. Nacer, crecer y morir, nacer, crecer y morir. En todo ser humano hay un muerto en potencia. Noche de profundidades, sin poder conciliar el sueño me levanté y paseando de un lado a otro lloraba de impotencia. A través de la enrejada ventana se veía que en el oscuro cielo titilaban rutilantes las estrellas y recé con unción a la Santísima Virgen María, Madre de Dios. ¡Ten piedad, deja que viva María Cusilimay! ¡No le envíes la muerte! Y lloraba la luna como un camino abierto a mis ojos. Llamé también al Altísimo para que la protegiera. Yo soy tu Indio servidor, redimido de las idolatrías del Mundo Nuevo por tu Evangelio y quiero pedirte esta única gracia, el milagro que no puedes negarme. Protégela con tu poder y bondad de todos los peligros y desgracias y adversidades a mi amada que Tú la conoces y sabes que después de Ti, es lo único que tengo en este mundo. Dios mío, no dejes que te implore en vano... Y en aquel desamparo tomé la quena, carrizo de íntimas endechas, para tocar bajito. Y escuché que Él me respondía quién cree en mí vivirá eternamente. No quería de ninguna manera que los sacerdotes de la lejana Navarra que descansaban cerca repararan en mis desahogos. Me expresaba musicalmente como si llegasen las melodías de la voz del Cielo en forma de notas melancólicas y a impulsos del mismo abatimiento. Esa noche, en verdad, esa noche, fui advertido del infausto deceso de María Cusilimay. Me estaba llamando, inspirando mis tristes y dolorosas ansiedades.

CAPÍTULO III

De la visita que hace el padre Antonio al Ilustrísimo Obispo y de la persecución del recuerdo de la difunta a quien llama alma pequeña, errante y cariñosa.

¿Cómo está la vida en Lima?, le preguntó, dejando el báculo sobre el sillón que se encontraba a su diestra. Desde luego mejor que en la Villa, Ilustrísima, costoso el vestido y el menaje de casa que es de lucimiento, pero los artículos de uso indispensable baratos y no se advierte escasez ninguna, eso sí lo único que se precisa es dinero. Como en todas partes, dijo a tiempo de observar al cura Indiano cuyo cansancio y desvelo eran notorios. Una vaca cuesta siete pesos, una llama cuatro y un cordero dos. Vigoroso y pleno de salud el anciano Obispo le invitó vino, es de los viñedos de Luribay y no de los bautizados. Gracias, Ilustrísima, una botija de vino doce pesos, una vara de paño treinta. Y también le invitó exquisitos postres y dulces preparados en el Convento de las Enclaustradas. Ah, las pobrecitas, pensó, huérfanas con fortuna, desengañadas, malmaridadas o viudas, que por supuesto no son iguales a las Recogidas, culpables de excesos amorosos. Brindaron la primera copa llena. A vuestra salud, Ilustrísima. Gracias, padre Antonio de la Asunción. No hay de qué, Ilustrísima. Eso sí, el queso de Paria carísimo, doce reales. Depende del tamaño... Ni muy grande ni chiquito, Ilustrísima, más o menos

así, hizo un ademán con las dos manos. Sí, puede ser. No quiso referirse a las terribles contingencias que había soportado en la travesía. Las laderas peligrosas y las crecientes de los ríos que cruzó muchas veces cargado en las enflaquecidas espaldas de los Indios y a quienes colmó —justificadamente— de bendiciones e indulgencias a manos llenas. Soportan las mulas solamente dos o tres jornadas seguidas de cuatro leguas cada una y más tratándose de mulas viejas, cojas, tuertas o simplemente mañosas. ¡Andar con mulas mañosas es igual que andar a gatas! Cuando la noche llega y no se vislumbra en lontananza ningún tambo la idea de Dios golpea con fuerza la conciencia, el tributo de la advocación y fiado en el Altísimo no tiene uno más remedio que velar a la intemperie, embutido en un poncho como Chullpa pretérita. Y lo peor que le puede suceder en la soledad de las apachetas es buscar pasto y agua para la bestia o prepararse el sustento caliente para combatir el Sorojche, mal de puna, generalmente caldito de charqui y chalonga con bastante ají picante. O en el mejor de los casos, enfrentar una fría tormenta de agua y viento y arena. Reflexionó. No siempre se debería llegar con el rosario de aflicciones pasadas, éstas, que queden tan sólo en mi conciencia. El segundo brindis dedicaron a la misión coronada por el éxito. Gracias, Ilustrísima. No hay de qué, padre Antonio de la Asunción. Y dime ¿qué te impresionó del viaje? ¿De todo el viaje, Ilustrísima? A decir verdad, Conbapata, el país de los longevos, considerado el territorio más sano del Imperio del Perú. Sus habitantes ascienden a cien personas, aproximadamente, viven mínimo ciento cincuenta años y máximo doscientos cincuenta. Marcada diferencia con la gente de nuestra Villa que llega apenas a los cincuenta, esto sin referirse a los mitayos que no llegan ni a los treinta y cinco, pues debe ser cabecera de valle, país templado. Sí, Ilustrísima, tuve la suerte piadosa de presenciar el casamiento de una pareja en que el varón tenía ciento setenta y cinco y la mujer

ciento cuarenta y tres. Decían las chismosas que la novia se estaba quitando treinta años para aparentar menos edad. Y todos bailaron y cantaron y gastaron bromas como mozos. Se rieron Su Ilustrísima y el padre Antonio. Lloro por dentro y río por fuera, se dijo el clérigo suspirando. ¿Será que ella me necesita? *Anímula, vagula, blandula*, alma pequeña, errante y cariñosa. Los Españoles de Conbapata leen y escriben con bastante acierto y los Indios conservan su limitado talento sin novedad. Debe ser como en los pueblos de San Juan del Payo, en el Reino de Galicia, que se dan esta clase de longevos pero sin llegar a la ponderación de Conbapata. ¿Y Lima te agradó? Desde luego, Ilustrísima, pero yo me imaginaba hallar mayor grandeza por ser asiento del Virrey. Ciudad de cincuenta mil almas... Se advierte grandísima actividad en la Audiencia, en los Tribunales de Contaduría Mayor, en la Santa Inquisición, en la Universidad Pontificia, causa entusiasmo el Teatro de Comedias y sus hermosos paseos. ¿Y el ruido en las calles? Ay cómo recuerdo yo el ruido en las calles... Sí, Ilustrísima, bien trajeados los hijosdalgos en las puertas de las barberías diciendo latines a viva voz. ¡Eso! Limeños locuaces. Los coches y las calesas de dos ruedas tirados por caballos blancos. La locura de los trajes caros, les gusta a los señores el lucimiento. Y cómo visten los guardas de caballería, infantería y alabarderos que defienden la tranquilidad de la población. Hay mucho esplendor y prosperidad entre los marqueses y condes, encomenderos que viven de sus tierras y de sus Indios. Caballeros cruzados de las órdenes de Santiago y Calatrava mantienen en sus casas seis u ocho criados Naturales. No sé por qué se me antojó observar, Ilustrísima, que no les agrada adornar sus portadas con relieves de sus escudos heráldicos como en Chuquisaca, Cuzco, Potosí, Quito y otras importantes ciudades. Y en el tercer brindis surgió María Cusilimay ¡Yaya Antoño, abrázame hasta consumirme! fulgurante como la luz de una antorcha en noche cerrada. Amor

mío, te estoy viendo, exclamó para sí. ¡Yaya Antoño, no me quiero morir! Sírvete los postres y dulces, padre Antonio de la Asunción, ¿no te gustan? Gracias, muchas gracias, Ilustrísima. No me dirás que estás lleno, que comiste mucho. En verdad hoy no comí, Ilustrísima, porque no tengo apetito, le temblaba la voz, no apetezco nada. ¿Y eso?, hum, presumo que estás cansado, desconcertado veía el viejo Prelado cómo empalidecía el sacerdote, ¿te subió el vino?, estás débil sin duda por el largo y enfadoso viaje. ¿Qué hago aquí sin ti, María, criatura de Dios, warmi que cantas en mi corazón? Debo retirarme, Ilustrísima, no me siento bien. Espérame en casa, urpila, palomita mía, voy ahora mismo. Sí, Ilustrísima, se irguió rápidamente, me encuentro descompuesto y tengo que irme con premura. Alguien en la puerta de la Iglesia Matriz le pidió una limosnita por amor a Dios para un pobre ciego. En las calles del barrio de los Juandedianos, padre Antoño, le saludaron los vecinos, qué gusto verlo de nuevo entre nosotros y las beatas de la Plazuela de Aranzazú, nos alegra su buena llegada, padrecito, sentadas en las puertas de sus casas. También el Ermitaño de la Calavera le saludó atentamente. Y el doloroso desengaño: no estaba esperándole María Cusilimay como presumía. La buscó por los patios y las habitaciones, por el cuarto de los duendes. Y nada. María terrenal, sumaj María, ¿dónde estás? Es cierto que habían finado las gallinas, los patos, los coys. Y proliferado las repugnantes arañas. Y las jucuchas, desprejuiciadas y voraces roedoras. Siniestro abandono, terrible pesar, como el silencio gris de una capilla desamparada. Ni ociosa ni indolente lavando, planchando y zurciendo, echando puñadas de maíz de cuarenta especies a las gallinas Criollas que tardaban años en aovar o atendiendo solícita con cebada verde a los conejos hambrientos, María Cusilimay daba vida a la casa. La llenaba de ruidos gratos con sus pasitos moderados. Iba y venía de la cocina al comedor y de allí ascendía al dormitorio. Incansable y voluntariosa,

leal en sus afanes domésticos. Ahora estaba terriblemente ausente. ¿Sajra wayrachu apacapun?, se preguntó. Desanimado, sin esperanzas, comenzó a desempacar su maleta. ¿Qué viento maligno se la ha llevado?, insistió en la pregunta que no tenía respuesta. Libros y vestidos. Las ropas sucias del viaje y las limpias adquiridas en Lima para estrenarlas en la Villa el domingo. ¿Ahora quién me lavará las camisas? ¿Quién los hábitos? Pasada la hora del rosario y enfundados en sus gruesas capas le visitaron sus amigos. Tuvo el cuidado de esconder debajo de la cama el ropaje íntimo de la difunta. Hemos venido a saludarte, padre Antonio, le dijo el Pintor Albino de enmarañados cabellos. Le acompañaban Pedro el Escultor y un joven que dijo llamarse Quintino, dedicado a registrar los hechos más sobresalientes de la ciudad. Ah, como Arzanz de Orsúa y Vela, ¿lo conoces?, autor de *Historia de la Villa Imperial de Potosí*. Sí, padre Antonio, cómo no conocerlo a este eminente patriarca del arte de la escritura; no sé si sería apropiado llamarme yo Cronista, Observador o Testigo de Historias. . . Mejor Observador de Casos Memorables, intervino Pedro el Escultor. ¡Eso mismo! Ocuparon las sillas que les ofreció. Os invitaré, caballeros, un pisco Cuzqueño para combatir el frío, lágrimas de Indio. Quiso aclararles que no les convidaba té con aguardiente majuelo porque murió la criada. ¿La recordaban? La que siempre los atendía con gran comedimiento; desmemoriados, malagradecidos. Cómo me sorprende que ni pregunten por ella que tenía un corazón de miel. Y prefirió esconder su pensamiento. ¿En Lima hace frío como en Potosí, padre? Desde luego, un frío detestable, húmedo, penetrante, malo para reumas y fluxiones. Mis pies se han hinchado durante mi estancia. Nuestro frío Potosino es pues saludable, seco, tolerante yo diría, con un buen té-con-té todos los achaques desaparecen. Se ve mucha gente con gotacoral y también torcida la boca hasta llegar a la oreja. El mayor auxilio en las noches heladas es cubrirse con las capas

para evitar el golpe-de-aire. . . ¡Una buena capa todo lo tapa! Hay muchísimas enfermedades pero el dolor de costado es tradicional. Circulan mucho las jeringas y me dieron un recetario de uso común, nueve remedios para curar almorranas. Estimo que el frío húmedo se debe a que el mar está cercano. En efecto, el viento reparte la atmósfera empapada sobre la ciudad. Caminando por el tajamar, allí llaman malecón, uno advierte que, mientras las olas batidas por el viento se elevan embravecidas y espumantes varios metros de altura, los labios se cubren de sal por la brisa mojada. Debe ser muy bella aquella ciudad, padre Antonio, porque alguien dijo para escribir sobre Lima hay que hacerlo con plumas de cisne. Sí, hermosa y profundamente mística, gran generadora de Santos y Santas. No es mera casualidad que allá se haya consagrado nuestra Santa Rosa. Isabel Rosa, Rosa de Santa María, nacida en Porco, hija de una madre de ocho párvulos tenía la belleza de las Ñustas del Tawantinsuyu. Quién sabe si, como María Cusilimay, pensó, racimo de soles y cofre de estrellas. Sírvanse a vuestro gusto, yo por ahora quiero abstenerme de beber, me sube muy pronto, esta tarde casi pierdo la cabeza. Pero, padre Antonio, le encarecieron, por lo menos acompañen en un brindis por su buena llegada. ¡No, no beberé una gota de pisco! Jesús mío, no quiero ni pensar en esa posibilidad, es inútil, me resisto a decir *Dominus dedit, Dominus abstulit; sit nomen Domini benedictum*, el Señor me lo dio, el Señor me lo quitó; bendito sea su Nombre. Dondequiera que te encuentres, mujer, amada mía, te buscaré y encontraré para amarte y mimarte. . . Sírvanse, sírvanse, haréis bien. Dime tú, dirigiéndose al Pintor Albino, trabajabas en *El triunfo de la Iglesia*. . . Ya concluí, padre Antonio, ahora estoy en *Cristo en el Calvario*. . . Siempre con el tema de los martirios cristianos, dijo Quintino, negros castigos para los malos y celestiales recompensas para los buenos. ¿Podía ver tus últimos trabajos? Sí, desde luego, no faltaba más, cualquier instante pue-

do ser honrado con la visita de todos vosotros. . . Tenía fama el Pintor Albino de ser fervoroso místico, huraño, adusto, auto-marginado de compromisos sociales. Con una visión supraterrrena de almas y cuerpos, amaba con delectación de poseído la soledad de la creación artística. ¿Sigues pintando en vigiliass forzosas? Desde luego, no puedo trabajar de día, la luz natural me irrita los ojos. ¿Y si de noche pinta, maestro, qué luz guía sus pinceles?, preguntó Pedro. Con ayuda de Dios tengo la luz de los mecheros de sebo o de resinas vegetales. ¿Y esos libros, padre Antonio? Los he traído recién. *Diccionario aymara* de Ludovico Bertonio, impreso en una imprenta jesuita de Juli. ¿Juli? Pertenece al Obispado de La Paz, a orillas del Lago Titicaca. ¿Y estotro? *Vocabulario quechua* del padre Olguín, impreso en Lima en 1614. Por supuesto se cuidó de mostrarles las novelas de caballerías y obras de teatro cuyas fascinantes comedias avivaban la imaginación. Como la de Calderón de la Barca, *La aurora en Copacabana*, que había adquirido de contrabando. Y éste, qué me dicen de éste. ¿Se puede saber qué libro es? La autobiografía del insigne escultor de la Milagrosa Virgen de la Candelaria que se venera en el Santuario de Copacabana. ¡Tito Yupanqui! El mismísimo descendiente de Tupaj Yupanqui Inca, nacido en 1550 y muerto en 1602. ¿Son datos fidedignos, padre Antonio?, pregunto porque tanto se ha hablado de este Indio que uno no sabe a qué atenerse. Pertenece a la dinastía de los Janan-sayas de Copacabana y se habilitó de tallador y escultor aquí en la Villa Imperial. . . Escuchen lo que él mismo dice de su vida. Dispois di cuando lo sabibamos on poco di algo di intalladora, mi lo fui a donde istaba con il mi hirmano Don Alonso Wiracocha Inca, y dispois desto lo deajo, que lo es oficio facil que yo lo intiendo, que lo impisaría on hechora del Vergen, lo deajo me hirmano que mocho ni hora de bueno, y qui fueros todos los Natorales a ver hechoras del Vergen para sacallo di alli pareciendo bueno, y lo andobimos merando

los Eclisias ono para ono, y dispois acertabamos en la Eclisia del Santo Domingo, y con ona hechora dista Vergen del propia sorte dil ropaje y dil Neño, y de so grandora con so candela, y dil mesma manera li traemos, e dispois lo tornamos a facer y se tornaba a quibrar, e otra ves lo facemos, e asi se facia mas de tres o coatro veces, y asi nos pesaba mocho, yo lo rogaba a Dios con el Vergen, y nos encomendabamos para que ista hechora se sallese bueno, lo mando a decer on Mesa de Santisima Tredad, para que se sallese buena esta hechora...

CAPÍTULO IV

En que se reproduce la Crónica de Don Bartolomé Arzanz de Orsúa y Vela sobre la verídica furia de Dios contra la Villa Imperial de Potosí mediante despiadado cataclismo de agua y lodo.

Este fue el segundo y general azote, que descargó Dios en Potosí con inundación de la laguna de Karikari, la cual reventó el 15 de Marzo, tercer domingo de Cuaresma, a la una y media del día y salió una tercia de agua; lo particular de esta tragedia y circunstancia se verá en las Historias Potosinas, y en la que yo tengo prometido, que en esta cortedad no puedo decir más que ciento veinte cabezas de Ingenios quedaron arrasadas; cincuenta y ocho cuadras donde habitaban los Españoles quedaron asimismo arrasadas, y cincuenta y dos de Indios; cuatro millones se perdieron en piñas y plata sellada, que con el valor de las joyas, pasaron de ocho millones; poco menos de cuatro mil vecinos se ahogaron de ambos sexos y edades, así Españoles como Indios; muchos admirables casos sucedieron en esta inundación; estando en la esquina, arriba de San Agustín, en un cuarto alto, un hombre con sus hermanas y familia, al ruido se asomó a la ventana una de las señoras y volviéndose adentro toda asombrada dijo: "¡Jesús, Jesús, sabéis que viene un gigante muy grande con una espada, que parece de fuego en la mano, y tras él viene un río de agua!"; horrorizándose todos cerraron las puertas y comenzaron a hacer

actos de contrición; llegó el agua, llevóse el cuarto sin derribarlo, hasta una cuadra más abajo donde cayó, y se ahogaron veinte personas; el hermano fue nadando hasta media legua abajo, y dándole el agua contra una piedra, le echó los sesos; una gran pecadora que aquel día de la inundación había convidado a un banquete a su casa, que era en los Arquillos, y se hallaban veinte hombres en ella y dieciocho mujeres, festejando aquella insistidora y maldita hembra todavía sus abominables carnestolendas, siendo tercer Domingo de Cuaresma; a las doce del día cerraron las puertas de aquella casa, pusieron llave sobre un bufete a la vista, y apenas la hubieron cerrado, cuando, sin haber salido el agua de la laguna, oyeron sólo ellos, unas voces que decían: "Las lagunas revientan"; alborotándose los que dentro estaban, acudieron a coger la llave, para abrir y salir a la calle que con cien pasos, que se hubieran retirado a cualquier lado, hubieran escapado; pero por castigo de Dios, no pareció la llave, ocupando media hora en buscarla y buscar modo por donde salir, o con que derribar las puertas, que en todo hubo imposibles; llegó el agua, y destruyendo la casa, se ahogaron todos, sin escapar ninguno; el sábado antes de la inundación, un caballero azoguero, que tenía su Ingenio abajo de Munaypata, riñendo con un venerable sacerdote clérigo, le dio en el rostro una gran bofetada, que con la gran violencia, lo arrojó y metió de cabeza dentro de una tina, que allí estaba llena de agua; al día siguiente, siendo hora de comer, y estando para comer en su casa, arriba de la calle, por medio del noviciado de San Francisco, llegó el agua, aniquiló su descomulgada casa, y se llevó al desventurado azoguero con toda su familia; pasado aquel día ¡caso raro! le hallaron en su Ingenio metido de cabeza en la misma tina, en la que él arrojó al buen sacerdote, habiéndole traído el agua para ahogarle allí más de un cuarto de legua; en el puente de San Francisco, a espaldas del noviciado, estaba un gran usurero, enemigo de los pobres,

el cual tenía trato grueso de panadería; dos días antes de la inundación, entró a su casa un pobre; pidió, por amor de Dios, una limosna; y viendo, que nadie le respondía, se entró hasta la sala principal; y viéndolo el usurero, salió todo furioso; tomó una piedra y con gran impiedad, le dió con ella al pobre en el rostro, diciéndole mil baldones; cogió el pobre la piedra y arrojándola al patio dijo: "Por el agravio que se me ha hecho así como rueda esta piedra, rodará esta casa, sin que quede piedra en cimiento"; así fue; llegó el agua y lo arruinó de tal suerte que después que pasó no se supo distinguir dónde habían estado los cimientos; perdiéronse en ella ciento ochenta mil pesos de a ocho reales, que en sus cajas tenía, sin lo que guardaba en las despensas y cuartos, en harinas, alhajas y adornos; ahogáronse con el avariento setenta y seis personas, que en la casa estaban; poco antes de la inundación, una cruel madre, aunque agraviada, echó mil maldiciones a un hijo desobediente que tenía; la última de ellas fue: "Que pluguiese a Dios lo viese ahogarse a sus ojos con aquel caballo, en que había gastado el hijo"; echóle muchas otras maldiciones, diciéndole "ser su culpa y motivo de que su hermana escandalizase con sus pecados al pueblo"; la hija toda furiosa le dijo a entrambos: "Malditos seáis de Dios condenados, que yo espero en su Majestad, que vosotros y yo hemos de ir a estar en perpetua deuda en los Infiernos, y para eso plegue a Dios, que a un mismo tiempo nos quite la vida a los tres"; así sucedió; pues el día de la inundación llegó el agua a casa de estas mujeres; cargó con ellas, y asida la hija de la madre, llegaron vivas a la esquina del cementerio de San Francisco, donde la divina justicia tenía ya hecha aquella profunda zanja que la misma agua había abierto, y donde perecieron muchísimos, a quienes les parecía no estar profunda; pasaban huyendo en cabalgaduras o a pie; y todos se ahogaron en profundidad, la cual pasando al estrado, se halló, midiéndola, tenía dos picas de altura, y cinco varas de ancho; aquí pues llegaron vivas

las mujeres, a tiempo que el mozo acudió en su caballo a socorrerlas; pero en un instante él y ellas se ahogaron; en el paraje de los Arquillos, se escapó Juan de Solís de la furiosa corriente a los pies de un Santo Cristo, en donde estaban en oración, habiéndose llevado el agua toda la casa y quedado solamente un pedazo de pared en forma de cruz, donde estaba el Santo Cristo; Juan Mirador, Síndico de N. P. San Francisco y mayordomo del Santo Cristo de la Vera Cruz, estaba enfermo de tullimiento y vivía enfrente de la Iglesia de San Francisco; aquel día de la inundación, durmiendo la siesta, soñó que le decía el Santo Cristo: "Levántate, anda a mi capilla si no quieres ahogarte"; levantóse bueno y sano; entró con su familia a la capilla del Santo Cristo, y al punto cargó el agua con su casa; en el paraje llamado Cuti Ingenio, casa del capitán Francisco Oyanume, estando este caballero actualmente dando de comer a doce pobres, lo que siempre hacía los domingos, llegó el agua, inundándolo todo, y sólo se salvó este caballero en un cuarto alto con los doce pobres; Don Iñigo de Cabrera, estando también dando limosna a unos pobres, llegó el agua, y dejó como la isla su almacén donde actualmente estaba; y en él seiscientos mil pesos de a ocho; y quedó arrasado todo lo demás de la casa; Laurencia Guerrero doncella muy virtuosa había huido del agua hasta Cantumarca, al tiempo que la alcanzaba, le deparó Dios una gran piedra, y pidiendo favor a la Virgen del Rosario, milagrosamente se halló encima, y no la ofendió el agua; a la Iglesia de la parroquia de la Purísima Concepción, no la hizo daño por milagro, aunque se llevó parte del cementerio; a la Iglesia y Convento de San Francisco los dejó el agua como en isla, aunque se llevó el noviciado por la parte de atrás; y arrimándose el agua a la capilla del Santo Cristo, donde se habían amparado innumerables personas, no la hizo ningún daño; la Iglesia y Convento de Nuestro Padre Santo Domingo, también escapó de milagro.

CAPÍTULO V

En que el fraile conversa con el alma de la difunta reprochándola de su desamorada actitud de dejarlo en un mundo de tristezas y pesares y conoce en el panteón la tumba donde se encuentra alojada.

Despertó murmurando el nombre de la mujer amada. Alguien le decía amante al fin y al cabo, ven, hermano mío, ven. ¿Quién, quién? Se había quedado dormido sobre la cama, sin desvestirse. Insistió en la penumbra preguntando pítaj, quién, pítaj ari, quién eres, pues, en su desconcierto desvelado. Y escuchó aquella voz que había pretendido oír al principio. Yo no me he ido lejos, yaya Antoño, estoy aquí, cerca, esperándote con el valor de aguantarme todo. Conservando tu recuerdo por entre todos los peligros. ¿Pero en verdad eres tú? Se sentó lentamente para decirle por qué has venido, de dónde, no puedo creer en tu probidad. Ignoro si eres un espíritu generoso o malvado que viene hacia mí en caprichosa terquedad para hacer el bien o el mal. Si eres ciertamente un alma benigna apiádate del dolor que me embarga. . .

Y la respuesta:

—¿Cómo puedes pensar, yaya Antoño, que yo, tu dulce y adorada urpi, podía ser el espíritu del mal? Me extraña profundamente tu pensamiento injusto. No creí que estuvieras tan soberbio, ni tu corazón tan arrogante.

—No tomes a mal mis palabras, María, porque son las de

un hombre que tiene el alma abatida, que no puede tornar sobre sus pasos. Perdóname, amor mío. Te preguntaba para saber si podía hacer algo por devolver la paz a tu espíritu. Por ejemplo, invocar al Cielo para que te proteja. . .

—Te estás abandonando a tu propia desventura, yaya Antoño.

—Quiero saber los motivos por los cuales has abandonado el Ukhupacha, el mundo imaginario. . .

Algo le respondió que él no pudo percibir. Se quejaba de su soledad. No te oigo, habla con fuerza. ¿Que, qué dices?, reclamó desesperado, con los ojos oteando en las tinieblas. Sin darse cuenta si salía del sueño o retornaba a él. Permite, Dios mío, que respire. Me encuentro lejos, no oigo. ¡Tinieblas, tinieblas! Encerrado en una pieza oscura sin puertas ni ventanas, sin paredes, no te escucho. Parecía aquella voz emerger de una boca recóndita, no te entiendo, llena de obstáculos abismales, repito, no te escucho. Y luego un largo e implacable silencio. Me han asegurado, rompió el mutismo, que estás muerta, ¿me oyes?, no sé si lo han hecho por mala fe o quién sabe por qué clase de motivos. Creo que me toman por necio. . . Y la respuesta de ultratumba:

—Injusto eres, yaya Antoño, al creer lo que dice la gente, cuyo corazón no es más que un nido de alacranes, yo no he muerto, si alguna vez llegara a morir, moriría contigo.

—Te has burlado de mí dejándome en este mundo de crueles pesares y se me hace que estás viniendo ahora de la otra vida como castigo para martirizarme con los recuerdos. ¡El corazón se me hace pedazos! Tu injusto deceso está convirtiéndose en un injusto sufrimiento. Y todo por haberte amado con devoción febril, ¿no es cierto?

—No llores, no desesperes, yaya Antoño, ten valor. Me uniré contigo a pesar de los pesares. . .

Rápido como el relámpago estéril se lanzó a romper la irrealidad y chocó violentamente contra la compacta pared de

piedra y adobe. ¡Ay! Cayó de bruces. Se levantó pronto, afuera una fuerte brisa le abofeteó el rostro. No había nadie pero la escalera crujía como si alguien se alejase en precipitada fuga. ¿Será posible, María, que tú tengas que huir de mi presencia? Bajó al cuarto de los duendes. No te escondas, no tengas miedo. Y le recorrió por el cuerpo un estremecimiento poco menos que grato. ¿Por qué te quedas muda? Y ella no decía nada. No te haré daño. Le esperaba con la respiración entrecortada, mordiéndose las trenzas, sobre las bolsas de maíz y chuño y quinua y tunta. Palpando tinieblas se acercó ¿Qöya Cusilimay? y ella en estado de gracia se entregó sin protestas, resistencias y dolores. No era virgen es cierto, ni le importaba serlo. Para sus predecesoras no habían prejuicios de virginidad. Quién sabe si eran como las mujeres de Alejandría, para quienes la virginidad venía en mengua y se preservaban estregándose a los Extranjeros en el zaguán de sus templos. Diferencia notable con las Españolas puntillosas, esclavas del celo y de la honra, que al día siguiente del matrimonio tenían que exhibir las sábanas de la cama con las manchas del holocausto virginal. Te llamarás María, hermosa urpila, le dijo después de haber logrado espantar a los duendes. Prefiero, tata Antoño, respondió, seguir llamándome Qöya que quiere decir Reina. Lo sé muy bien pero sucede que la única Reina en el mundo es la Madre de Dios. *O dulcis Virgo Maria*, Virgen antes y después del parto. ¡Yo te mando que desde este momento tú te llares María Cusilimay y amén! Y no me dirás tampoco tata Antoño sino simplemente Antoño. Y le obsequió un escapulario negro. La virtud de la Reina había sido conculcada y en el rostro de la joven Indígena —cuyas mejillas coquetas se hallaban pintarrajeadas— se dibujó una dulce sonrisa de triunfo. Dios te lo pague, yaya Antoño. ¡Recién se producía el milagro de la sonrisa! Sumaj María, María bonita. Se lo ha tragado la noche. María, ¿por qué huyes de mí? ¿Por qué te quedas callada? En el oscuro cuarto de los duen-

des las jucuchas roedoras se asustaron de su presencia y escaparon despavoridas. A lo lejos, con quejidos de wawa enferma aullaba un perro como si viera llegar a la muerte. Al salir desalentado vio que alguien desaparecía por la puerta de la pieza del fondo. ¡Ahora sí que la tengo en mis manos! Pero encontró la puerta cerrada y no quería ceder ante sus porfiados empujes. ¡Por favor, María, ábre! Y recién cedió ante un descomunal empujón. Y otra vez las súplicas llorosas. ¿Dónde estás, amada mía, que no te veo? No te ocultes, aparece mi cariñito, no me atormentes. . . La cama desordenada aún tenía su calor y olor íntimos. María, estalló en una protesta desahogada, estuviste acá y no puedes ya negarlo, con el corazón colmado de intranquilidad. ¿Kikin pay llanthuykuwanchu, waqayníypaj ayphullanchu? Cubriéndose con un phullu de lana quedó aguardándola, ella está cerca y no tardará en retornar, alimentaba la esperanza de su repentina presencia. ¿Es María Cusilimay quien me da su sombra en el camino o es sólo el dosel de mis lágrimas? Lentamente las horas resbalaban. Apagáronse una por una las últimas estrellas colgadas en el aire. El paisaje del alba aurífero relucía. Tiritaba por el malvado tormento de aquel clima gélido. Las campanas de Santo Domingo —como si tocaran a muerto— invitaban a los fieles a asistir a la primera escena del día. Con el alma saturada por la pena se dirigió hacia el panteón en demanda de socorro, naturalmente evitando pasar por el Palacio Encantado que daba al lado del templo de Santiago. Los tísicos y esqueletizados mitayos ¡Buen día de Dios tengas tata Antofño! recién salidos de su encierro, desaparecían tragados por las congeladas y estrechas calles. Oh bendita aurora transparente. En el camposanto hubo de hacerlo despertar al panteonero que envuelto en trapos oscuros dormía sentado en un sillón de dura consistencia creyendo en la paz de los sepulcros.

—La que en vida fue María Cusilimay, sobria y leal criada mía, más que madre, más que hermana y más que amiga, ha

venido a decirme esta noche que no es evidente que esté muerta.

—No puede ser, padre Antonio.

—Entonces qué. ¡En nombre del Cielo exijo que me digas la verdad!

—Pienso que hay una confusión. . .

—No puede haber confusión posible —respondió con una rabia fría, los ojos enrojecidos por la falta de sueño—, fue ella la que rectificó la innoble especie y de ahí que voy siguiendo su rastro, voy buscando su sombra. Purisqán pallani, llanthunta maskkani. . .

—Ah, ya te entiendo —respondió, le brillaban sus ojos maliciosos—. El alma de esa pobre imilla está penando y su imagen nocturna obsesiona tus días. Transita por todos los lugares que antes en vida había caminado. Purisqán pallani. . . Eso es muy común y normal en toda alma entristecida. Y debo decirte también que el panteón inspira a los vivos ideas melancólicas. Con tu buena llegada, quiero decir con tu nueva presencia, excitaste su alma que necesita sosiego para enfrentar el juicio del Cielo. Por lo demás no es como para afligirse ni preocuparse, ya se va a cansar en sus excesos de caminanta y descansar. Deja a Dios trabajar en silencio, padre Antonio. Está precisando el ánimo de la imilla aliviarle sus penas con una Misa. Nunca hay que dejar de rogar por las almas del Purgatorio. Y en el caso de María Cusilimay tú eres el más indicado en darle una Misa de limosna. . . ¡Pobre alma bendita!

—Yo no puedo decir ningún oficio religioso por quien no tengo la convicción de que ha fallecido. Quiero guiarme de la evidente realidad y no de la ficticia. Dime, portero del panteón, di ¿quién o quiénes se atrevieron a inventar tamaña historia? ¿Y alentando qué fines? ¿O tú también estás en condiciones de asegurarme que María Cusilimay está muerta?

Como toda respuesta, el panteonero que ya había desper-

tado del todo, limpiándose las lagañas con su bufanda, le mostró un promontorio de tierra, en un desolado rincón, cerca del derruido muro de tapiales humedecidos por la lluvia. Esta es su tumba, le dijo con un rictus desdeñoso, que parecía sonrisa, aquí descansa la pobre imilla que tanto parece preocuparte, condenada a una ausencia sin retorno. Y observándole de reojo añadió pues la enterramos por caridad. Con el rostro demudado y tartamudeante de emoción se dispuso a rezar Padre-Nuestro-que-estás-en-los-cielos, porque no podía hacer otra cosa, santificado-sea-tu-nombre, hubiese anhelado abrazar de largo a largo aquel túmulo desamparado que ni siquiera tenía una Cruz, así-en-la-tierra-como-en-el-cielo, pidiendo a gritos que la India retorne a la vida.

CAPÍTULO VI

Que trata de la importante y trascendental resolución del Obispo y la manera cómo le fue comunicada a la que en vida fuera dulce concubina del sacerdote.

Antes de caer de rodillas se persignaron y recitaron con devoción un Padrenuestro como saludo fervoroso a la Casa de Dios. Ataviado con su nivea vestimenta litúrgica y perseguido de cerca por el monaguillo que agitaba un pesado incensario de plata sujeto por cadenillas dio comienzo al oficio religioso, a petición de la familia de los Potocos de bien ganada fama chichera. Atribulado pensaba que algo no marchaba bien. Creyó entrever intrigas e infidencias de gentes engoladas e insinceras. Como todos los clérigos de raíz Nativa cumplía con creces los dictados de la Santa Madre Iglesia y ahora ser requerido con premura por el Ilustrísimo Obispo de la Diócesis no era precisamente para sentirse tranquilo. ¡Yo que vivo con el alma en Dios y la plegaria en los labios! Con discernimiento que me ha obsequiado el Altísimo llego diestramente al corazón de mis hermanos Indios para persuadirlos en la verdad de la Doctrina que aborrece la idolatría y el paganismo. Los esforzados doctrineros saben y comprenden cuán importante es catequizar llegando al corazón de los Naturales en su propia lengua. Pero ahora debe haber algo de lo cual está advertido el Supremo Prelado. ¿Un error en mi ministerio?

¿Un desliz? Y pensó de pronto si no sería por María Cusilimay. Las malvadas perseguidoras del género humano llamadas Desdichas, emparentadas con el Demonio, estaban anunciando visitar el negocio para introducir infortunios. Y quién sabe si no la muerte misma. No otra cosa significaba la extraña e inusual aparición de una chicha enturbiada y agusanada, pese a que en su proceso se mantenía la prolijidad tradicional. Las Cholas dicharacheras, de corazón melancólico, que mascaban el maíz para hacer bolos de muku eran doncellas a toda prueba o casadas prohibidas de mantener relaciones íntimas con sus amantes, generalmente Vascos. No obstante, la suciedad seguía rebotando a la superficie de los puytus. Y el arrope amargo cual limón silvestre. En vano añadían cabezas de bueyes o corderos desollados, gallinas o pichones para que tenga recia estabilidad, color áureo y sea agradable al paladar. Aseveraban los Potocos que sus enemistades habían echado mano de oscuros mandatos perturbadores —el terrible mal de ojo— y consultaron esta vez no a los hechiceros Indios sino a los curas de la Iglesia Matriz. Y éstos dieron en mostrarles a los Santos más señeros de las treinta y tres Iglesias de la Villa que por dádivas piadosas —joyas, misas, construcción de capillas, altares y templos suburbanos— podían desbaratar los maleficios del Diablo y asegurar milagrosas prosperidades. Para los chicheros el más grande era San Nicolás de Tolentino y acordaron bajo sus auspicios tomar una Misa de Salud en la Iglesia de San Ildefonso. ¡No puedo soportar las sonrisas torcidas! Doméstica, cocinera, lavandera y ama de llaves, María Cusilimay era la mujer de la casa. La dulce concubina. ¡Sí, Jesús mío, no puedo negarlo, me es difícil! Ojalá Su Ilustrísima no me mire a los ojos porque soy incapaz de faltar a la verdad. Y también de darme plenamente. Tengo miedo, estoy temblando. Que Dios venga de inmediato para iluminarme. . . Si esto llegase a conocimiento del Santo Oficio que busca con fruición hechiceros, adúlteros y negadores de Dios, no tendría

miramiento alguno en conducirme a la pira funeraria de la Plazuela de Aranzazú. Yo no soy, no puedo ser como los Extranjeros que llegan como si nada a la depravación, sin exceptuar de ningún modo a frailes que hacen gala de sus veleidades sentimentales. ¡Ahí está el Bigardo atrapado por la garra del Diablo! Una oveja más en el cuerpo del rebaño impío. Soy pecador monógamo a sabiendas, humilde y no escandaloso. Sensitivo y no sensual. Conocí en este páramo de aflicciones a una sola mujer-compañera, mujer-hermana, con la cual me basta y sobra. Prometí serle fiel, leal toda la vida, aunque ella no comprende o no quiera comprender. Es tan sumisa, tan callada, tan indiferente, tan sin pleitos que no sé qué pensar. Antes de dar por concluida la Misa de Salud, el religioso se dirigió hacia los Potocos —petisos rechonchos— para darles la bendición. El monaguillo movía el pesado incensario como una campana cansada. Colocó el manípulo sobre sus cabezas y habló en latín mirando el cielo de la Iglesia. Se retiró a la sacristía para dejar los ornamentos mientras el monaguillo apagaba las velas encendidas. Se unió al cortejo de fieles en la puerta ¡Adelante el tata Antoño! que presenciaba el estallido de cohetes y camaretas. ¡Sí, por delante que vaya el tata Antoño! La banda de músicos ejecutaba chirimías, tonadas, tiranas y fandangos. Pegados al edificio de la Iglesia una veintena de mendigos desarrapados que trabajaban en las puertas de la Iglesia Matriz, devotos de Justo Juez, sonreían con las manos extendidas. El escuálido Ermitaño de la Calavera pedía tened cuidado con los rapabolsas. Sortilegio de identidad, estaban los Indios aguadores y cargadores del Cerro Rico. Por los barrios de Vascongados y Andaluces y cruzando la calle de las Siete Vueltas desembocaron en la Plazuela de Pumacancha, donde el fontanar de la esquina era lugar de perdición de las mozas. Arribaron a la chichería convertida en colmenar rumoroso. Frente a la Imagen de San Nicolás de Tolentino, homenajeadas con flores siemprevivas, cintas de seda

y cirios encendidos, el sacerdote hizo el Signo de la Cruz y diciendo se-comience-en-buena-hora levantó los taponés de los cántaros. Ansiosos, en sendas tutumas, sacaron el líquido áureo. ¡Milagro, milagro!, cayeron de hinojos mientras la chichera, tirando atrás su mantón de Manila, le humedecía con gotitas los labios del Santo. El murmullo de voces admiradas de mukadoras y chajeras se fundía con el de los invitados. El primer tutumazo le fue ofrecido al clérigo. Los músicos se posesionaron de los pórticos de estilo ojival. Salud, que sea en buena hora la consumisión, Dios mediante. Su Ilustrísima le invitó al desayuno. Se trataba de un succulento chocolate servido en taza grande con bizcochuelos, pastas y misteles de ámbar, vainilla y néctar de siete leches preparado por las monjas del Convento de Santa Teresa. Envejecido cómodamente, el Ilustre Prelado parecía encontrarse de buen humor. Gastó bromas y le habló con fervor de su lejana tierra natal. En el Puerto de Santa María, en el Puerto de San Fernando y en el Puerto Real, eslabones de una sola cadena que es Cádiz, los mozos de cordel ganan monedas de oro regaladas por marineros de majestuosos bergantines con henchidas velas blancas que llegan procedentes de Indias. Pocos carruajes transitan las calles y en las plazas los niños juegan y las mujeres lavan ropa. Ah niñas gaditanas, simpáticas y cautivadoras, de cabelleras largas, cuerpos gráciles y pies pequeños. Viejo achacoso, como el sol que declina en el poniente, no puedo hacer otra cosa que vivir santamente de las reminiscencias. En efecto, Ilustrísima. Da gusto ver pasar por las calles hileras de campesinos vestidos a la Andaluza con dirección al mercado de verduras, sus animales preferidos son los burros de carga. Población pacífica, de delicadas costumbres, respetuosa de los Extranjeros y con la barriga llena del cotidiano gazpacho puede estarse días íntegros sentada en los bancos de piedra, frente al mar, viendo pasar la vida sin afectación ninguna. Sin pensar, apenas contemplando cómo las aguas irrumpen contra los

muros de Cádiz. Sí, Ilustrísima. De buen apetito, el viejo Obispo repitió otra taza de chocolate y agotó los bizcochuelos, pastas y misteles. ¿Ves que también se alimenta el Vicario, padre Antonio de la Asunción? Desde luego, Ilustrísima. Quedóse largo rato mirando al vacío con ojos tiernos. Después, repantigándose en el diván le dijo ansioso de conocer los motivos de la audiencia, ¿verdad? Sí, Ilustrísima, audiencia que honra profundamente a un humilde Indiano, leal siervo del Señor. Sí, desde luego no había olvidado su condición de Indio bueno. Pómulos salientes, nariz corva y orejas pequeñas. Ah, y frente estrecha y tres pelos de bigote. Le habló de una misión irrecusable que debía cumplir de inmediato. Y él respondió dispuesto estoy a lo que Su Ilustrísima quisiere mandar. Mientras los músicos desgranaban chirimías dando fervor al regocijo de los chicheros, las mukudoras solteras que habían asumido su papel de llamadoras colgaban en la puerta que daba a la calle un muñeco amarillo como alentadora noticia de buena chicha. ¡Ya no pondremos pendón escarlata, niñitay! El vino de maíz, divinizado por los Incas, circulaba abundante entre la concurrencia eufórica y charladora. ¡Salud, salud! En una sala especial de piso de tierra —mojada con el licor ofrendado a la inolvidable Pachamama— armaron una mesa larga para regalar a los invitados una sajta de coys con ají picante. Recordando a Guamán Poma de Ayala el fraile dijo una copla en quechua. Si el campo es campo de ají, / imitando el ají yo vendré. / Si el campo es campo de flores, / imitando las flores yo vendré. Estimulante poderoso, los convidados solicitaban más y más la ambrosía que los embriagaba. Estamos bebiendo oscuridad en el áureo líquido luminoso. ¿Viajar a Lima, Ilustrísima? Sí, por un lapso no menor de diez u once meses, desde luego pierdo un excelente servidor pero en cambio gano la certeza de que la merced será a bien. Los postillones utilizan corceles ligeros para sus diligencias urgentes. Con esto quiero significar que no necesitas

correr ni volar para nada, viajarás con una buena mula de alquiler y una petaca de dos tapas para que caminen ajustados los efectos que lleves. Sacerdote de buen entendimiento habían de hacerle buena impresión aquellos razonamientos, pero después ¿cómo transmitirle la noticia a María? En la noche se encerró en el dormitorio para ordenar sus papeles y libros — teología doméstica, resúmenes de sermones, costumbres y leyendas Incaicas, cantos melódicos. Tengo dos días, mañana temprano oficiaré la Misa de Salud. Sonrió al releer sus manuscritos, versos en lengua quechua. Le agradaba componer Jaillis, poemas cantados en diversos estilos de composición. También Yarawis, Wawakis y Takis. Danzas en géneros de Wayñu, Samakuka, Qhasua y Kaluyo. Y para declamar Aranway y Wanca. Calculó la hora, me está esperando María, se dijo. Los Mestizos bailaban con las Cholas llamadoras de cimbreantes cinturas consideradas por su insinuante garbo prolongación de Andalucía. Mostrábanse cada vez más intrépidas por el calor de su sangre, agitando sus chales y polleras cortas de seda. La plasticidad de sus pantorrillas estaba realzada por finas medias y zapateaban con botas de elegante tafilete. Empero, ninguna, pensó el clérigo, llega a las plantas de mi María. India es, mas no Chola, nada que ver con estas féminas de axilas oscuras que hechizan y seducen a cuantos las tratan. Quiéreme porque sufro, porque lloro, cantaba un Andaluz con acompañamiento de guitarra. ¡Siento vértigo! Se despidió de los chicheros, quienes en exaltación de gratitud le besaron los pies y las manos. En la casa la imilla María Cusilimay advirtió que había bebido la chicha de los Potocos. ¿Quieres almorzar, yaya Antoño? No, ya comí, mamita. ¿Ni siquiera un poquito?, preparé lagua de chuño con charqui y chalonga, como te gusta. Quiero descansar, le tendió la mano, estuve viendo muchas mujeres y como tú, dejaron la cocina, ninguna, y ascendieron por la gradería que rechinaba. La ventana estaba abierta y la India decidió clau-

surar el paisaje que daba a la Montaña Excelsa. ¿Qué tienes, por qué estás llorando, te sucede algo? Te amo, se arrojó a sus pies, eres una mujer excepcional, encantadora. . . Pero, yaya Antoño, no por eso tienes que llorar, pareces wawa, levántate. Voy a viajar mañana, no pudo ese momento la imilla medir la magnitud de la noticia, y puede ser por mucho tiempo. Tomó la vinajera que se hallaba sobre la mesa, sirvió un vaso de tinto y bebió de un sorbo. Saldré mañana de madrugada, añadió limpiándose las lágrimas del rostro. Entonces acuéstate temprano, descansa, ya te pondrás bien. Arreglándose las trenzas María Cusilimay se dirigió hacia la cocina y encendió el fogón de los siete agujeros para calentar agua. Viajaría mañana. . . Al levantar la vasija de barro se le resbaló de las manos y vio los restos como chispas de un rayo regados por el suelo. Contra los espíritus de la discordia los mojó con agua sucia, después los tiraría al basurero. Reunió camisetas y calzoncillos largos, especiales para el frío altiplánico, medias de lana y pañuelos. Aunque no parecía estar sucio el hábito negro también entró al agua. Llegó la noche cuando planchaba. Retornó al dormitorio después de preparar el kokawí, la ración seca de tostado de habas con queso, las diminutas flores de pasancalla —saliva de la Virgen de Copacabana, alimento de festividades—, ocas, papas y camotes congelados, thayas, chuño negro y tunta blanca, pito de cañawa, plátanos cocidos con llajua y hasta los caramelos Tetitas de Monja y Tablitas del Señor del Negro Bienvenido Catanga. Ya había despertado el sacerdote y alumbrado por una vela de pabilo grueso leía un breviario recostado contra las almohadas. Y no se sorprendió para nada cuando vio que la imilla venía hacia él con el rostro encendido y los pies descalzos, ¿Yaya Antoño?, cubierta con una túnica blanca cuya larguísima cola arrastraba por el suelo, al estilo de los camisones de las damas Españolas con la plegadura acuchillada en el lugar del vientre. Te esperaba, palomita mía, le dijo

sonriendo, urpila. Las mejillas las tenía pintarrajeadas con sangre como demostración del intenso amor que le profesaba. Sonreía más linda que nunca. La tierra estaba a sus pies.

CAPÍTULO VII

De la manera como por primera vez perdió el alma imilla Qöya Cusilimay y Ñauparruna fue en su auxilio.

Llegó embozado en un poncho largo y un chullu que le tapaba las orejas, con ojotas de caminante empedernido y morral de su arte mágica. Parecía un callawayá de eruditos conocimientos médicos. Y abuelos y nietos lo recibieron con el supremo respeto de su jerarquía. Había transmigrado desde los silencios errantes del Gran Imperio. Ingresó con parsimoniosa solemnidad a la choza y miró hacia todos lados con ojos solícitos, especialmente a la enferma que yacía en el lecho. Yo no soy un hechicero de los Andes, aclaró, sino el testigo de los tiempos. Curandero janpiri no, más bien filósofo Amauta. Nosotros, noble y animoso sabio, le dijeron, somos Janansayas de arriba. No me interesa si son Janansayas de arriba o Urinsayas de abajo, si yo a los enfermos les devuelvo la salud restablecida es por ayudar a mi pueblo, a mi raza escarnecida, ¿wallejlla?, reclamó el asentimiento, ¿está bien? Sí, respondieron los abuelos y nietos, está muy bien, ari. En medio de la habitación extendió su poncho y depositó encima el morral. Le invitaron una tutuma de chicha de maíz. Sírvete el licor de nuestros antepasados. Con gran respeto tomó en sus manos la tutuma y comenzó el ritual. Balbuciendo oraciones secretas

de los Dioses tutelares regó las cuatro esquinas como ofrenda a la Pachamama que había sobrevivido al derrumbe de todas las divinidades. El resto se lo bebió de un sorbo. Sentado en el suelo con las piernas recogidas les invitó a acullicar coca. Le dijeron que Qöya Cusilimay se hallaba mucho tiempo prostrada por una enfermedad nada común. La hemos tratado con todos los remedios naturales que conocemos y sin lograr ningún resultado. Formando pequeños muñecos de unto de vicuña, con las semejanzas nítidas de la imilla, varias veces hemos quemado delante de las sagradas Konopas y Wacas. Es posible que el terrible Junphurruna, genio de las tinieblas, se halle merodeando por estos países de desolación y tomando la forma de Chuseqa, de vampiro invisible, le esté consumiendo la sangre. Si tuviera un desenlace fatal lloraríamos mucho porque ella es abnegada, dulce y bondadosa. Como último recurso pensamos en ti, noble y sabio filósofo Amauta, recóndito testigo de los tiempos, amigo y hermano de Janansayas y Urinsayas. . . Mientras hablaban los abuelos, miró de reojo nuevamente a la enferma. Poderoso e inmortal, el hombre antiguo había nacido en los tiempos remotos de la Creación del mundo Incaico. Pertenecía a la raza de los gigantes primigenios —seis varas de estatura—, feroces y sanguinarios cada vez que sojuzgaban pueblos y naciones. Industriosos y fuertes levantaban edificios de magnitud, templos, cuarteles, viviendas. En sus conquistas no llevaban a sus mujeres, practicaban el ominoso pecado del amor de-hombre-a-hombre. Indignado Qhön Tijsi Wiraqöcha no permitió la corrupción indigna y los exterminó mediante una lluvia de fuego que cayó desde las alturas durante tres días y tres noches. Y él, que había escapado del aluvión de incandescencia, se transformó en hombre de estatura normal. Por determinación del Altísimo Creador Supremo estaba destinado a ser el génesis testimonial de la prodigiosa aventura del hombre. En quinientos cincuenta años conoció personalmente a los diecisiete venerables sobe-

ranos que gobernaron desde el Palacio de las Serpientes. Feriente admirador de Wayna Qhapaj Inca, percibió sus desvelos de gobernante piadoso, justo y equilibrado como ninguno. Cuando entregó su alma a Pachacámaj corrieron mares de sangre de aquellos que se inmolaron al pie de los Wacaqaray, divinidades del sacrificio, para acompañarlo al más allá. Y cuando él también se disponía a seguir al difunto, la voz imperativa del Altísimo Pachacámaj le reafirmó que él continuaría siendo testigo de los acontecimientos y así sobrevivió. No era un Indio corriente, ni un Llayqa recitador de fórmulas mágicas y menos un oscuro funcionario de los sacrificios. Vio dividirse el Imperio por influjo de los Quiteños de Atawallpa —engendrado por Wayna Qhapaj en una princesa del Reino de Quito conquistado por Tupaj Yupanqui— y de los Cuzqueños de Wascar —engendrado por el mismo Wayna Qhapaj en su segunda esposa legítima, Mama Qöya Rawa Ujllu. Ejércitos arrogantes se habían desplazado hacia el sud comandados por los generales Rumiñawi, Quízquiz, Challcuchima y Quilliscacha. Prisionero el Inca Wascar fue encerrado en el pucara del Cauca con vigilancia permanente. El objetivo de Atawallpa era avasallar el Imperio de las Cuatro Regiones —el Tawantinsuyu—: exterminar a la realeza Incaica para imponer el dominio de su aristocracia. Y otra vez al pie de los Wacaqaray los muertos. En el rito majestuoso del sacrificio —esta vez involuntario— oficiaban de laboriosos verdugos los jefes militares que —enardecidos— no cejaban de matar. Enfermaron de Yawar onqho. Convocados en Cuzco los inmediatos descendientes de Wayna Qhapaj que moraban en los Cuatro Distritos, fueron degollados en el Palacio de las Serpientes. Gobernadores y ministros, capitanes y soldados. En Yawar panpa, infinita llanura de lágrimas, delante del Inca cautivo mataron con hachas y chanpis a hermanas, tías, sobrinas y primas del mismo Atawallpa emparentadas con Wascar. La muerte con su desolación enlutaba el Gran Imperio. La anciana viuda de Wayna Qhapaj Inca y ma-

dre de Wascar, Mama Qöya Ujllu, murió colgada de un árbol maldiciendo la culpa del bastardo. En la fatídica época, el hombre antiguo observó que andaba suelto Junphurruna con sus malignas argucias de engendrar el mal para obtener el bien. Wallejlla, expresó, wallejlla qasian, es suficiente indagatoria. Regó otra vez el suelo con chicha. Y pidió que se extendiera la vestimenta más vieja de Qöya Cusilimay para esparcir sobre ella la coca. ¿La túnica de todos los días puede ser? Está bien, la ropa usada encierra secretos y es el mejor nexo entre el cuerpo y el alma. Y la coca habló de la altipanpa insondable circundada por cerros de riscos elevados. Una y otra vez recogió y desparramó atento a su visión agorera. ¡Qöya Cusilimay ha extraviado su alma en la soledad de la montaña!, dictaminó. El auditorio de abuelos y nietos quedó anonadado. Huyendo del mundo material se había convertido en Ajayu llakipakuy, alma en pena. ¿Y ahora indefensa será víctima de la muerte? Ari, extenuado su cuerpo, tullida, nátaj-nátaj-suchu, si no la salvamos a tiempo. Hay que atrapar el alma en el momento que abandona el cuerpo. . . ¡salgamos de inmediato! ¿Adónde, sabio Amauta? Al territorio de los ultrajes donde sacrificada a la salacidad de los alqörrunas fue arrojada al precipicio. ¡Malditos hombres perros! Asesinos de su sangre, los corazones se habían endurecido como las montañas de los Andes. Y cuando celebraban la victoria de los sacrificios ante los Wacaqaray, ingresaron por Túmbez, territorio del Kuntisuyu, a este trágico reino de aflicciones, seres sorprendentes, blancos y barbudos, sentados en wachu-centauros, tinti-caballos jamás vistos y con jauría de alqö-perros de firme dentellada y armados de cañones, mosquetes y arcabuces que vomitaban fuego. Ballestas y espadas. Instrumentos de verdugos que hieren, desmiembran y matan. Eran los semidioses augurales que llegaban con la furia del relámpago ¡A ellos, a ellos, Santiago, coño! a un pueblo de pie, que miraba lleno de interrogantes, ávido de respuestas; que tomaba por divinidades las altas montañas, las grandes

peñas y las recónditas cuevas y ¡A ellos, Santiago! rendía pleitesía a los árboles, a las flores, a los matorrales, a las piedrecitas de diversos colores. . . Aquellos Extranjeros vestidos de apodos caminando cual sonámbulos, acorralados por el silencio en la inmensidad del Imperio, tras soportar en su lejana tierra siglos de dominación, de pronto sorprendidos oíanse nombrar Enviados de los Dioses. ¡Wiraqöchas! Era el perfume del encanto. El prodigio cristiano, milagro de la Fe. Su origen era el Cielo y Dios les regalaba un Mundo Nuevo, con seres extraños, generosos y bárbaros, que ni siquiera la Biblia se había ocupado de ellos. De sus sacrificios y de su meditación. De su mortificación. Entre los cuales también había rebeldes y malvados, parecidos a los Moros, que los reputaban de enemigos blancos. Yuraj auqa. Pero otro milagro más: ningún Indio quería seguir a esa minoría de iluminados por la cólera, todos los bárbaros —puros, omniscientes, ingenuos—, que extendían sus manos pacíficas ofreciendo las riquezas del Imperio, parecían cautivados por la presencia Conquistadora. Ni los sagrados y feroces animales que arrojaron contra ellos quisieron atacarlos. Pachacámaj había enmudecido. Noche exultante. Por las montañas recortadas contra el cielo se desplazaron, como sombras furtivas, en busca del alma en fuga de Qöya Cusilimay. Quebraban los vientos fríos de la desgracia que se empeñaba en hacerlos retroceder. Gritaba sus letanías Nauparruna: ¡Ven Ajayu llakipakuy de Qöya Cusilimay! Quería atrapar a su alma asilada en las grietas de los cerros inaccesibles. Amenazados por riesgosos precipicios arribaron al territorio de los ultrajes, donde se atrincheraban los soberbios Achachilas. El filósofo y testigo de los tiempos dijo aquí está el alma extraviada. Abuelos y nietos depositaron en el suelo las ofrendas de comida y bebida. ¡Espantoso Junphurruna deja ya tus maldades pertinaces! Agitando la ropa al viento, como wiphala guerrera, clamó con altiva dignidad. Ven espíritu de Qöya Cusilimay, no te escapes, ven alma piadosa, no trates de esconderte. Nosotros no queremos

hacerte daño, no abandones tu cuerpo que te espera. ¡Vuelve a ti Qöya Cusilimay! ¡Aquí ya no gobierna Junphurruna! Del horizonte se oía el eco de las súplicas, alguien respondía, como en su postrer queja un moribundo. Sí, waway, chunku, ven Ajayu nuestro, Qöya Cusilimay ven, ven. . . Te imploramos de corazón que vuelvas de inmediato. Dejó de agitar el vestido. Qöya Cusilimay está sana y salva y puede levantarse mañana. Dieron de comer y beber a la Pachamama. Durante el sueño se animará. . . ¡Ha reencontrado su alma! Levantó el morral de su arte mágica y tirándoselo a la espalda como médico callawaya les dijo ahora me voy con dirección al naciente. Su mirada fija en la meta lejana. ¿Y dónde residirás, noble y caritativo Ñauparruna? Yo estoy por todas partes, si me precisan con urgencia vayan al Machaykatari. ¿Dónde? A la Gruta de la Serpiente. Muerto Wascar en la fortaleza del Cauca, nadie desentrañó el misterio de su asesinato cruel. ¿Quién era el culpable? ¿Atawallpa celoso de que los Wiraqöchas lo liberaran de su encierro y le entregaran el cetro del poder? ¿O Pizarro para después justificar el suplicio de Atawallpa? ¿O el joven Manco Qhapaj II que buscaba el enfrentamiento armado con los Yuraj auqa? Atawallpa puso en manos de Pizarro no sólo el oro del Imperio saqueando los templos del Sol sino hasta a su hija —hermosa princesa Ñusta— para aplacar sus furioses. Igual que las llamas —lentas y reposadas rumiantes— llegaban a Cajamarca recuas de Indios cargando vajillas de oro. No obstante fue condenado a morir en una hoguera funeraria, celebrando la noche de San Juan, como en España. ¡San Juan Bautista decapitado por orden de Herodes para complacer a su hija! Aqöyraki, adversidad de adversidades. No olvidaría Ñauparruna por los siglos de los siglos el tiempo de los chacales en el reino de los hombres probos, rectos, dulces. Dos horas después de la caída del sol aparecieron los barbudos con antorchas encendidas para romper las tinieblas. Y salió el Empeador al encuentro de la hoguera con una cadena en el pescuezo

y arrastrando en los pies pesados grillos. Tratando de conjurar su destino había pasado sus últimos días de cautiverio en Ayuno y Meditación. Vestía un sencillo traje de pelo de vicuña, ya no llevaba el llautu o cinta de mando en la cabeza. Bajo el afligido relente de la noche, el clérigo le pidió públicamente que abominara del Dios de los Incas, Pachayachachij, que lo había abandonado. ¡Abraza la Santa Cruz de la Iglesia de Cristo y déjate bautizar! Le prometió en reciprocidad que se le conmutaría el tormento de la hoguera por la pena del garrote vil. Y el Monarca con aire tranquilo e indefenso les encareció que no ensangrentasen sus manos en quien jamás les ofendió y que los hizo ricos. ¡Te llamarás Juan! Y lo mataron ahogado a un palo con voz de pregonero. Se temía la furia de los elementos, un huracán, un terremoto, un cataclismo, el desborde mortal de las pesadas aguas del Titicaca. Y no pasó nada en el Gran Imperio del Sol. Mientras los Extranjeros buscaban con avidez los tesoros soñados, arribaron los guerreros del Inca a Cajamarca, desenterraron el cadáver del mártir y enardecidos por la afrenta no dejaron piedra sobre piedra. Trasladado a Quito, donde lo esperaban los generales Rumiñawi, Quizquiz, Quilliscacha y Challechuma, durante quince días le rindieron honores máximos. ¡Perdimos el brillo y el realce del Sol pero llegará el supremo día en que escucharemos nuevamente la palabra sabia y esclarecida del Inca retornante! Mujeres y hombres se inmolaron ante sus despojos embalsamados como Chullpa Sagrada. El volcán Tungurawa explotó. Rumiñawi, hermano del mártir, proclamado heredero de la dinastía Atau Pillawasu II fue el primero en caer bajo la vorágine guerrera. Las cosas parecían encausadas para que el indómito Manco Qhapaj Inca II cumpliera su sino de violencia. Posesionado en el territorio libre y sagrado de Willcabanba —nido de cóndores— mandó a sus seguidores con pututus inflamados por los Cuatro Suyus convocando al Auqanákuy, a la guerra sin cuartel. Mutilaban las cabezas de los caballos secuestrados para mostrar

que era falsa la inmortalidad de los enemigos. El terrible Auqanákuy contó con la adhesión de los guerreros más connotados del Imperio. Los mosquetes cristianos despedían fuego contra los cuerpos desnudos de los Indios armados de garrotes y waraqa lanzapiedras. Invocando a Santiago ¡A ellos, a ellos, coño! los Españoles con sus alqö-perros y tinti-caballos arremetían contra las multitudes de mujeres y niños combatientes que sudaban sangre. Pueblos íntegros machucados por pezuñas de hierro y entonando himnos de amor y odio emprendieron éxodos penosos a territorios desconocidos. Siguiendo la confluencia de los ríos Amaybanba y Willacamayu hallaron las ciudadelas de Picchu, Machu Picchu y Wayna Picchu. Murió Quilliscacha en la guerra, Quizquiz asesinado por sus propios hombres. Derrotada la rebelión Challcuchima pagó con su vida en la hoguera, sin aceptar ser bautizado. El Inca insurrecto se retiró a las alturas de Willcabanba donde moriría traicionado por dos soldados Españoles. ¡Con un Manco Qhapaj había comenzado el Imperio de los Incas y con otro Manco Qhapaj desaparecía! Una a una las wiphalas del Auqanákuy se replegaron a sus escondidos pucaras. Dueños y señores del Imperio donde no se ponía el Sol, se lanzaron los Conquistadores al saqueo despiadado. Comenzando por la Tiana, el trono de oro macizo y prosiguiendo con los templos revestidos de oro. Y las Wacas y los tapices y los vasos y las ánforas. Había llegado el tiempo de la pesadilla perpetua, atimusqöy del terror organizado. Tembladeral de huesos y crujir de dientes. Eras del silencio de sequía y piedra. La tiranía de los espantos. Los caballos volaban en las tinieblas. ¡Oro, oro, qöri, qöri! Mordían el metal. ¡Oro bueno, sumaj qöri! Y Ñauparruna lloraba en las derruidas paredes de los templos, en los destrozados salones y jardines del Palacio de las Serpientes. Todo en escombros. Pues nacía un mundo distinto y extraño. Difícil. Al día siguiente Qöya Cusilimay, tal como lo predijera el hombre antiguo, se levantó sana y salva. Había concluido su postración. Entusiasmada como antes

por los quehaceres domésticos, cuando se disponía al yugo, sus abuelos que habían deliberado sobre su destino le dijeron ya no queremos tenerte aquí, Qöya, te irás a la ciudad del cerro Qölke Wacay y vivirás con tu padre, quien velará por ti. Hace mucho tiempo que él se encuentra allá, muy joven se lo llevaron los Wiraqöchas como Servidor del Rey, mitayo de mina. Y sabemos con certeza que ha sobrevivido a la prolongada noche de los socavones y viejo y achacoso, pero sin echar sudor de sangre por la boca, trabaja de carbonero arreando mulas tuertas.

CAPÍTULO VIII

Donde se verá cómo aprovechando las tinieblas de la noche el padre Antonio va en busca del cadáver de la joven India para exhumarla y su singular tropiezo en la calle de las Siete Vueltas.

Iría al Ukhupacha, estaba decidido. En este momento grave, plagado de enormes riesgos, no claudicaré, me mantendré firme, aseguró. Habían despertado los impulsos ancestrales que dormían en él. El prodigio después se vería. De cuando en cuando columbraba los destemplados gritos de algún palafrenero y el redoble de los cascos de agotados corceles. La muerte es una hipótesis, se dijo categórico, una abstracción de nuestros empobrecidos sentidos. Espiando desde el balcón de madera tallada que ya no tenía claveles, rosas ni kantutas esperaba que llegase la noche. Mosqochakús muchaykuni, la beso en mis sueños. . . Y la noche perezosa parecía bajar a tientas de la alta cumbre del Sumaj Orqho. De tanto desearla la soñaba. Quiero verla, oírla, compartir su destino. Nunca había esperado con tal ansiedad que pasaran las horas, ni en aquellos momentos íntimos en que ascendiendo por la escalera de los ruidos llegaba —embutida en una larga túnica— tiritando de frío. Apagaban la luz y conversaban en la oscuridad. Deliraba thukuni chay, rimaykuwan, en mi congoja ella acude y me habla. ¡Me habla! Desde la dramática muerte de Atawallpa los Indios habían perdido el uso y la costumbre de conversar de día. A la luz del sol

pronunciaban solamente monosílabos ari-si, mana-no, jisa-si, janiwa-no por razones ineludibles. Y en la Ilaqhatuta, es decir en la ilegalidad de la noche oscura, se manifestaban espontáneos y locuaces, riendo y comentando a viva voz hasta que otra vez las primeras luces de la aurora los volvía a la irrealidad del mundo. Y enmudecían. Cabizbaja, con los ojos pegados a la tierra, María Cusilimay apenas era percibida de día pero después cubierta por el oscuro lienzo de la noche se transformaba. En la cama cambiaba confidencias, bromas, cuchicheos, risas, afectos. Qanmi kanki ñuqay Intiy, le decía, para mí tú significas mi dicha, mi sol. Se acariciaban, se besaban, se desnudaban. La Killa es hermana y esposa del Inti, ¿verdad, yaya Antoño? Sí, mi bien. Entonces yo soy la Luna y tú eres el Sol. Y al toque de ánimas otra vez el misterioso ruido de pasos que ascendían y descendían por la escalera crujiente. Era el Ajayu que corría de la mano de Dios. Alma indivisible, permanente, única, inmortal. Últimamente con la túnica blanca cuya larguísima cola arrastraba por el suelo y el rostro bondadoso de muchacha buena, imilla santa, había aparecido al pie del lecho siete veces seguidas. Hacía esfuerzos por hablar, movía los labios y las palabras no lograban salir de la garganta. Algo tenía que decirle y no decía nada. No podía. Musphani ichás, pay rikuni, khanchasqaj phawaykamawan, en mis horas de confusión la veo pero en un haz de luz se me vuela y desaparece. Creyente apasionado de la doctrina de la inmortalidad del alma, que coincidía plenamente con la sabia concepción de sus antepasados, había llegado al convencimiento de que retornando el alma al cuerpo se recobra la vida. Para la voluntad omnipotente del amor no hay obstáculos, tengo que liberarla del Ukhupacha y el resto será sencillo. Cerraban los vecinos las pesadas puertas con zoquetes y cerrojos y llaves. No estaba definitivamente muerta porque su muerte era incompleta. El cuerpo bajo tierra y el alma rondando por la casa. Los puños desesperados de la difunta golpeaban los muros de la noche para persuadirlo de su auténtica y

tinieblas, inmovilizada en la silla de alto respaldo le esperaba su fiel y leal amada. Encendió la vela del candelabro de plata y escaparon asustadas las jucuchas que merodeaban alrededor de la muerta-viva. ¡Ratones malagüeros! Sentada a la mesa con el cuerpo ligeramente inclinado a su diestra y con una mueca corrompiéndole la boca, de cansancio o de asco. La observó. La India más bella del mundo con el rostro estragado por la vigilia eterna. Sin tus ojos, tu mirada, amor mío, no puedo vivir. Y . . . llevas tanto tiempo durmiendo que temo que ya no vuelvas a despertar. Prodigiosa María. Con ella, mujer-hermana-amante, había adquirido insospechables experiencias en la celebración de los misterios del ser. ¡Qué Chilena, ni qué cuatro cuartos! Creada a medida de sus deseos, le daba sabrosas sorpresas. De vientre incandescente gustaba acuclillarse y también asumir actitudes masculinas, más o menos como la jucucha hembra que trata de arrobar al macho. Ay María, panal de miel. En uno de aquellos memorables amaneceres, cuando la luz indiscreta se estaba filtrando por el balcón entreabierto, extrañada le dijo por qué no estás circuncidado como los Indios, pareces Español. Y él respondió que había también Españoles circuncisos, llamados Judíos. ¿Júdios? Tan herejes como los Luteranos o los Moros y se vio obligado a explicarle sucintamente el proceso histórico de la humanidad. No pudo establecer si le había comprendido. Como desfallecida miraba con sus ojos rasgados el cielo raso. ¡María, María, mi cariñito! La acomodó mejor, como a las imposturas de un paralítico y besó sus mejillas. Mimada y asistida en sus primordiales necesidades, aún vestía con las finas y elegantes sedas del Día de Todos los Santos desdoradas por sucias comidas y bebidas. Con los ojos abotagados por tanta vigilia en el sueño de su larga noche, parecía inquirirle qué había traído con tanto empeño. El Manchay Puytu, trató de chacotear, con el cual seré intransigente como la voluntad omnipotente y tenebrosa de Dios. Autor de la vida, después de

verídica situación. A tiempo de salir escondió bajo su vestido talar una chanpi filosa, a modo de partesana para cavar la tierra. Y en la calle chocó con la sombra seca del cierzo de las pulmonías. ¡Que Dios me valga! Muchas veces angustiado se había preguntado si estaba por acometer una idea demoníaca que por la fuerza de las circunstancias se le había introducido en su mente. El fraile sin ojos y sin rostro era sólo una conmovedora forma encapuchada. ¡Quién sabe si no la enterraron viva! Una luna opaca, distinta, de luz chamuscada resplandecía sobre el mutismo y la reticencia caudalosa de la Villa Imperial. Con el hábito sacudido por la fuerte ventisca que soplaba desde el cerro se internó en el dédalo de las callejuelas estilo toledanas, estrechas y frías, con faroles encendidos, tratando de no ser visto por las rondas de Corchetes y Alguaciles que —linternas en mano— vigilaban los descoloridos barrios. Si lo veían, él ya tenía meditado decir que seguía los pasos, por instrucciones de Su Ilustrísima, a ciertos fantasmas ensangrentados, condes o duques, asiduos visitantes de la casa de las mujeres enlutadas que no cesaban en su afán de causar inquietud pública. ¡Sin andar remoto la otra mañana, en el territorio que ya no era de Dios porque tenían afincado su señorío las cortesanas, apareció regado con sangre y varios pendencieros atravesados por espadas hasta el puño! Los ruidos de golpes de martillo que traía el viento desde el sector central de la Plaza del Regocijo denunciaban el levantamiento de un cadalso. Ah, para cumplir, se dijo, la última resolución del Santo Oficio. Pobre Bigardo, ocurrírsele someter a trescientas sesenta mujeres, debe ser un Andalúz hiperbólico y ponderativo. No le importó que las puertas del panteón —posada de los súbditos del tiempo— estuviesen cerradas, buscó el muro de tapias derruidos por atravesar. Como la otra noche de plenilunio —siniestra y helada— que se le dio en venir con los ojos abiertos y el corazón ardiendo. Pero sin una chanpi cooperadora. ¡Esta vez no tengo que fallar! Descubierta el sitio donde reposaban los despojos de su dulce amada

sus exasperadas manos cavaron la tierra. ¡Panpasqanniña juphíni, waqaspa paran paranta!, decía. ¡Voy arafiando el túmulo en que duerme mientras cae mi llanto como lluvia incontenible! Y no pudo llegar hasta ella para exhumarla del mundo subterráneo. Lloraba de abatimiento. Unuyanchus jallpha nini maskharqonáypaj uranta, con mis lágrimas ablandaré la tierra para hallarla en la intimidad del calado. Quien sabe si avergonzada huyó del cielo la luna y el lucero del alba —paqarijchaska— le sorprendió trasponiendo los límites del horror y se marchó de retorno como un sigiloso ayasúa, como un furtivo desenterrador de cadáveres. Percibió en el interior del camposanto amurallado el inmenso tedio de la noche. Hollando las abandonadas sepulturas, socavadas desde adentro por cadáveres refractarios, se hundían sus ojotas por la fuerza de sus pisadas atolondradas. Se detuvo frente a la tumba de María Cusilimay, arrinconada en el lugar más desolado del conventillo de difuntos. Ukhupacha, muerte que se disipa en oscuros páramos de tristeza. Esta vez no tenía la más remota intención de llorar a gritos abrazado a la tierra que generosamente acogía a la difunta. Ni tampoco de rezar, apenas dibujar el Signo de la Cruz en su rostro demudado. Nunca me ha faltado la Fe. . . ¡Dios mío, yo no he perdido la Fe! Y Jesús conmoviéndose otra vez en sí mismo, vino al sepulcro. Era una cueva, la cual tenía una piedra encima. Dice Jesús: Quitad la piedra, Marta, la hermana del que se había muerto, le dice: Señor, hiede ya, que es de cuatro días. Jesús le dice: ¿No te he dicho que, si creyeres, verás la gloria de Dios? Entonces quitaron la piedra de donde el muerto había sido puesto. De inmediato se dispuso a cavar la tierra con la chanpi convincente buscando como los mitayos vengeros de luz. Arrodillado fue extrayendo la tierra, le palpitaba el corazón. ¡Quiero ver, al fin, sonreír tus labios! Respiró hondo. Seco y duro el terreno se transformaba lentamente en blando, suave, fofo, como si el alma de la difunta le cooperase. Ya iba por las dos varas. En la Villa se enterraba

a los difuntos en agujeros profundos para evitar que los falcónidos alqhamaris y lekelekes se roben los cadáveres. ¡Ñuqan mayllapipis, jállpaj sonqönpipis, noqalla munakusqayki! ¡Dondequiera que te encuentres, así sea en el corazón mismo de la tierra, solamente yo he de acariciarte, mimarte y amarte! Sus activas manos, llagadas de esfuerzo delirante, hallaron un phullu veterano que tapaba los despojos de la joven imilla. Ukhu-pacha, oscuridad de la muerte. Y Jesús alzando los ojos arriba, dijo: Padre, gracias te doy que me has oído. Que yo sabía que siempre me oyes. Y habiendo dicho estas cosas, clamó a gran voz: ¡Lázaro, ven fuera! Con desnudo limpió la tierra humedecida para descubrirle todo el cuerpo. Ay, cubierta a puros jergones e impregnada de fetidez a flores descompuestas parecía una antorcha apagada que de pronto se enciende. ¡Oh alma mía, oh cuerpo mío! Tenía necesidad de verle el rostro, los grandes ojos rasgados de la más hermosa criatura que se ha visto jamás. Percibió que con su tierna voz idílica le decía ¿vienes a salvarme? ¿Y por qué, yaya Antoño? Sintió piedad por ella. ¡He ido tropezando sobre tu ausencia! Sus ojos no estaban cerrados: suspiraban sus ojos limpios. Embargado por la emoción la abrazó y besó en las mejillas carcomidas. En la lejanía resonaba el lúgubre ladrido de un perro. Y el que había estado muerto, salió, atadas las manos y los pies con vendas; y su rostro estaba envuelto en un sudario. Díceles Jesús: Desatadle y dejadle ir. Tienes los labios fríos, pobre compañera mía, los labios inertes. El feliz encuentro. ¡Mi palomita, urpilay, llegaste temprano a una muerte que no era la tuya! Lloraba el clérigo con exaltación muda. En el inmenso cielo la luna había decidido esconderse detrás de un oscuro promontorio de nubes, a lo lejos se advertía un emocionado parpadeo de estrellas. ¿Cómo es posible, mamita, que me esperaras así agraviada y ofendida? Blanda, flexible y con las mejillas sonrosadas había permanecido mucho tiempo en el mundo subterráneo. Y el clérigo hizo el sagrado juramento ante Dios de volverla a

la vida, era muy fuerte la ley de su voluntad. Pacientemente la difunta esperó que cubriera el túmulo abierto. Faltó tierra y tuvo que prestarse de las tumbas vecinas. Dejó la sepultura como la halló —intacta— convencido de que ni el mismo caritativo enterrador sospecharía el rapto del cadáver y menos el portero de ojos maliciosos. ¡Ahora ven conmigo, amor mío! Trasladarla a la casa no fue tarea fácil. Ganando subrepticamente las estrechas vías que le daban una extraña sensación de amparo, estaba muy lejos de imaginarse que al cruzar por la parte trasera de esa especie de castillo que era la Cárcel de los Mitayos —para ingresar por la calle de las Siete Vueltas— se daría de narices en dos individuos al parecer jaraneros rústicos, cuyos espantosos rostros recordaban la fealdad del pecado. Eran los Chalcas, ladrones que acometían de noche los ingenios de las minas del Sumaj Orqho y de día ofrecían el hurtado metal al Banco del Rescate que el Rey había mandado fundar para recuperar de manos de los piratas. ¡Un clérigo llevándose en brazos el cadáver de una mujer! No vieron nada más gracias a la afortunada agudeza de las luces en la sombra de los corredores. Y las ráfagas de viento sucio. ¡Dios nos ampare! Lanzaron en dúo un alarido estridente de escalofrío que agujereó el silencio y despertaron estremecidos los Andaluces de sueño ligero, quienes al abrir las puertas de sus ventanas adornadas de escudos heráldicos vieron en el suelo de la calle tirados bocarriba a los hombres de la medianoche, los sagaces Chalcas. ¿Eh, qué? Se hallaban con los ojos cerrados y nutrida sangre derramaban por las narices. En comunión, espantados, los alqö-perros del vecindario se dieron en aullar persistentes. Descollaban por su ausencia los Corchetes del Corregimiento. El padre Antonio de la Asunción había pasado a tropezones por encima de los piratas Potosinos.

LIBRO SEGUNDO

AYAMARQAY KILLA:
EL CULTO DE LOS MUERTOS

CAPÍTULO I

En que notificado de su próximo ajusticiamiento espontáneamente se confiesa el ilustre caballero Español que ha violado a trescientas sesenta mujeres Aborígenes.

Sí, padre, acaban de comunicarme que seré ejecutado mañana. Ya se encuentra levantado el cadalso en la Plaza del Regocijo y advertido el solemne populacho de Indios, Mestizos y Gallegos. También los mendigos, rateros y prostitutas. Lo único que puedo decirle en esta ocasión crítica es que no estoy arrepentido porque considero que no tengo de qué. Me siento como Adán a punto de ser arrojado del Paraíso, con la diferencia fundamental de que yo no me defiendo acusando a ninguna mujer ante Dios. Soy un Español en el vasto y riquísimo Imperio del Perú y, por ende, ilustre caballero, de familia hidalga por los cuatro costados. O como dicen las Aborígenes Wiraqöcha. Créame, padre, me duele el veredicto del Dignísimo Tribunal Ordinario del Santo Oficio porque no soy la cobarde mala semilla que pretenden. Por comenzar, es mejor que entiendan que con el mismo criterio serían iguales que yo, susceptibles de las peores sanciones, mis gloriosos hermanos del Descubrimiento y de la Conquista que impusieron con su valor y ciencia militar la reforma de las costumbres bárbaras para vivir en el estilo de vida Español. En condiciones legítimas tomaron para

Dios, para el Rey y para sí todos los tesoros. También los cuerpos y las almas de los Naturales. Yo tomé, padre, como un bienaventurado mortal, con todos sus fueros irrecusables, honor y loor, todo lo que me fue dado. En el país que estuviereis haz lo que viereis, dice el refrán y yo separé las piernas de todas las Indias que tuve a la mano, indagué por debajo de sus rotosas túnicas y recibí todo el gozo que anhelaba. En la política de meter el dos de bastos para sacar el as de oro, cogí lo que a mi criterio fue mejor. Y en esto sí puedo acusarme por orgullo y lujuria. La felicidad hace al hombre soberbio. Entre el vino, la varaja y la verija, la Triple Ve de la Conquista, no niego que hice culto por el dulce aliento de la verija lasciva y gentil. El mundo es carne e hijo de la carne. Rechacé las almas por los cuerpos y ahora no tardaré en unirme con aquellas en el Paraíso o en el Purgatorio pero nunca en el Infierno. ¿Sabe por qué, padre? Porque dicen las Escrituras yo he venido para que tengan vida los hombres y para que la tengan en abundancia. Veo en su rostro una extraña sonrisa. ¡No estoy diciendo blasfemias, padre! Las Indias nos aprecian y se hallan a gusto seducidas por la ardentía nuestra. Los hijos —cual duendes del espacio, feos y cobrizos— que nacen de esta incomparable aventura erótica llevan campanudos apellidos castellanos. Gómez de Ampuero, Zúñiga de Figueroa, Ponce de León, Garcilazo de la Vega, Díaz de Medina, López de Quiroga. Vuestra merced sabe mejor que yo que, en los primeros tiempos de la Conquista, los tiranos servidores del Inca exterminaban a las vírgenes de los Conventos de Escogidas, como nuestras monjas, por el solo hecho de que se estremecían ante la idea de ser violadas por los Wiraqöchas que habían aparecido llevando —notoriamente— el miembro viril encerrado en pequeñas casas. Y esa fue la placentera obsesión que cundió. Acostumbradas al yugo masculino eran poseídas por los Indios de la dinastía que además de una esposa legítima te-

nían de diez a veinte concubinas. ¿Conoce aquellos vasos de oro con figuras eróticas? Las Indias con sus Indios no compartían el placer genital. Hacían el amor por obligación, quién sabe si aburridas o indiferentes al acto en sí. Al parecer gozaban más con el deleite que daban que con el que recibían. Se casaban entre hermanos. Waukes, dicen ellos. El Inca a falta de hermana legítima podía tomar a la prima, a la sobrina o a la tía. En su religión la luna es hermana y esposa del sol. Por eso no eran fecundas, hasta que vinimos nosotros. Llegué yo, pecador empedernido, con ardorosa ansiedad carnal, que no halla sosiego hasta revolcarse con una hembra y maniobrando con astucia para hacerla gemir y llorar de contentamiento. Muchas veces montaba por sorpresa como los animales. Era un placer exquisito, digno de los Dioses. . . ¡Ay, padre, haríais bien en decirme que me calle! En verdad, recién la mujer del Nuevo Mundo encontró satisfacción en la cópula. Para la India el Peninsular es más que una extremidad de proporciones. Tiene el vientre flaco y se entrega al amor sin reservas, con toda la fuerza de sus instintos reprimidos. Por naturaleza dócil y entendimiento presto, aprehende todo lo que se le enseña, pasando sencillamente de los actos naturales a los de contranatura como si no fuese actitud reprobable. Tiene labios tiernos y no le agrada besar, desconoce el besuqueo, va directamente al asunto sin prólogos dilatorios. Ahora su amo absoluto ya no es el Indio-pagano sino el Español-cristiano, porque ella así lo quiere. Sólo hay que agarrarla y sujetarla y tumbarla. Sí, padre, a todas, como botín de guerra. En verdad que la mujer, conquistadora de gustos y corchete de voluntades, trátese de Española digna o no, India de la realeza o no, comunica confidencialmente sus experiencias íntimas. Esto es lo que cuentan y deshilvanando madejas de secretos reservados. Cuando se refiere a la impotencia de algún caballero es inmisericorde. Pero acontece igual, por contrapartida, cuan-

do tiene noticia de algún otro caballero que se distingue por sus duelos viriles. Tan naturalmente crece la fama que no hay más que echarse en cama diciendo Dios proveerá. El arte de fingir indiferencia. Yo había adquirido cierta aureola romántica y las Indias parecían percibir lo que anhelaba de ellas y confieso con hidalguía que nunca me negué a ninguna. Y así, padre, se fueron abriendo todos aquellos accesos a los cuales llamé. Me divierte el que tenga yo tamaño poder. De jóvenes a mayores y de niñas a adolescentes conocieron mi vitalidad llameante de Español de nobilísima estirpe. Ansiosas por las cosas extrañas y los frutos prohibidos del Paraíso yo era lo extraño y prohibido. ¡Blanco y con estupenda barba en el rostro y vellos rizados en el cuerpo! Y ellas de color canela, delicadas de rostro. En las trescientas sesenta Indígenas no encontré asomo de pelos en el vientre ni en los sobacos. Todas lampiñas. ¿Que si tuve una preferida? Déjeme pensar. ¿Warisa? ¿Pauqara? ¿Urpi? ¿Qöyllur? ¿Chipana? ¿Maraj? ¿Wira? ¿Qöya? ¿Takana? ¿Kururu? ¿Wayra? No, padre, son tantas. . . No amé particularmente a ninguna aunque siento profundo afecto y cariño por todas. Siempre decían que querían ser enterradas vivas a mi lado, estimo que de acuerdo con la religión primitiva de sus padres, adoradores de ídolos. Yo no soy un hermoso y elegante y robusto mozo, véame bien, quizás espigado y flaco, maduro, un poco encorvado pero muy espiritual, a Dios gracias. Cuando hablaba me escuchaban embelesadas, más si estaba matizada con la lengua bárbara. Manancanchu júchuy wawa, no hay ningún niño menor, manancanchu wajcha torito, no hay ningún torito huérfano. Somos Conquistadores por virtud divina, ¿no es cierto, padre?, pero andan diciendo por ahí los envidiosos del Viejo Mundo —los intolerables Ingleses, Holandeses y Franceses— que somos una taifa de pillos, no obstante que estos piratas se llevan de la Conquista la parte del león. En la aventura del coraje somos los grandes triunfadores de la

historia y por supuesto concitamos la envidia general. En efecto, esta tierra no es nuestra. Es de los Indios, señores Naturales de ella, que idolatraban las culebras, sapos, lagartijas y murciélagos y reverenciaban los animales feroces ¡es para reírse! arrodillándose felices para dejarse comer por los tigres y jaguares. . . Y tarde o temprano la dejaremos como se dejan los objetos ajenos. Los Romanos y Moros y Turcos nos sometieron por varios siglos y yo me pregunto ¿en la historia de la humanidad qué importancia pueden llegar a tener cuatro, seis u ocho siglos? Los Extranjeros salieron de la Patria después de haberse recreado hasta el hartazgo con todas las mujeres que desearon. Y de ahí que somos muchos los que llevamos el estigma en los ojos. Nosotros también saldremos de este valle de lágrimas, de estos destierros bárbaros, mágicos y desconcertantes. ¡Loado sea el Señor! Después de habernos holgado a plenitud, de haber hecho el papel de toros eróticos, bravíos sementales de raza, montando y rompiendo auroras por doquier. Por eso, padre, no crea que yo esté acobardado por la extrema determinación del Ilustrísimo Tribunal del Santo Oficio. No siento apego por la sangre ni tampoco me causa pavor. Yo cumplí cabalmente con el deber que me asignó el Cielo. En este momento me considero simplemente como un niño regañado por sus mayores y, por lo mismo, caprichoso. Por eso cuando recién me preguntaron cuál era mi última voluntad les respondí muy calmo, sin ningún remordimiento, violarme una India virgen y joven. ¡Una nueva Taski! No sé si la Inquisición aceptará esta mi última voluntad. Padre, yo le agradezco infinitamente sus bendiciones y rezos porque no niego mi condición de Católico Apostólico Romano, no he arriado en ningún momento el estandarte de mi Fe, estoy al servicio de Dios, del Rey y de la Patria. Y no me mire con ese rostro de pena porque todos los hombres somos vulnerables. ¿Mortales? No, padre, no me ha entendido, vulnerables dije. Fue una vida prodigiosa la que viví,

soñando despierto en la lucha sin reposo y anhelando siempre la próxima confrontación. Por todo lo que gocé me siento responsable, orgulloso y feliz. Esa sería mi confesión personal, padre, y que Dios Nuestro Señor no me perdone si la hice con malicia.

CAPÍTULO II

Donde se verá que el padre Antonio de la Asunción estimándose el ser más afortunado de la especie humana lava y perfuma el cuerpo de la difunta y le hace el amor prometiendo devolverle la vida.

La muerte sería vencida. Rezó el clérigo por el alma de la imilla que no tardaría en retornar a la vida. Warmíchay, mi mujercita. Sentía que era el hombre más afortunado de la Creación, tal como la alegría de Dios vestida de amarguras. ¡La había rescatado antes de ser comida por los gusanos! Bullía en su corazón la inmensa felicidad de la ciudad y del mundo. La mujer de su vida y de sus sueños estaba junto a él. No me bastan los recuerdos, le decía, quiero estar a tu lado, sentir tu cuerpo, tu aliento, tu descanso. . . Cuando te sacaba de la sepultura tuve el peregrino recelo que me dirías ¿quién eres? ¡Qué quieres de mí? Al entrar a la casa —las puertas abiertas en actitud de espera— no había tenido ningún problema, los vecinos dormían el sueño de los justos. Alumbrándose con la vela del pesado candelabro de plata la examinó embelesado por largo tiempo. ¡Mi pobre urpi! Enflaquecida, seca, magra, le habían crecido las uñas y el pelo le llegaba hasta las rodillas. No obstante, se mantenía tan hermosa, serena y delicada como siempre. ¿Sus ojos? Abiertos como dos esmeraldas luminosas no eran columbres de extinta. ¡Todos los que la creen muerta deberían ver estos ojos vivos!

Adormecida en el dulce reposo tenía las manos recogidas sobre el pecho en actitud piadosa. ¡Ya despertarás sumaj thika, sumaj chujcha, luciendo tu hermoso pelo como un manojo de primorosas flores! La abrazó y besó con atrevido entusiasmo. Tú no has muerto, María, ¿entiendes lo que digo? El intenso hedor que despedía el cuerpo putrefacto, moho acumulado, no era como para dejarlo indiferente. Bajó a la cocina y en el fogón de los siete agujeros circulares calentó agua para bañarla. Un viento fuerte y helado comenzaba a alzarse en la Villa. Le arrancó los sucios y mezquinos andrajos de bayeta —también el escapulario negro— y totalmente desnuda —el esplendor de su cuerpo no había sufrido desmedro alguno— la sumergió en una batea de dura madera en silencioso tributo al agua y al jabón. Estoy pecando sin duda, pensó, yo mismo he predicado que es prohibido, so pena de excomunión, lavar con agua caliente los cadáveres. Qué entusiasmo ponía antes en condenar pecados ajenos ¿y ahora? Pero, no importa, mañana encenderé cirios al Señor y pasado me confesaré en el Convento de Santo Domingo acompañado de María Cusilimay, quien ya estará resucitada, radiante, llena de vida nueva. La tierra untuosa fue desprendiéndose con facilidad de su cuerpo de carne y huesos compactos. Los ñuñus duros, pezones de bronce. Por todas partes la tierra había conseguido penetrarla. Pequeños bichos anidaban en las orejas, en las axilas y en las entrepiernas. En los cabellos piojos. Cuánto agradecería a las viejas Indias sacárselos. Había tanta agua que en la pieza se formó un charco pringoso. La enjuagó y secó como a una gigantesca marioneta, con veneración y respeto. Soltó su cabello, lo perfumó y peinó. La próxima vez te lavaré con killay. ¿O prefieres orines-podridos? María, has recuperado el lustre de tu cuerpo inmaculado, le dijo en el oído y ella sonreía con la boca entreabierta y los ojos de par en par, ardiente e irónica, adornados con multitud de fantasías, como diciendo sé que no podría extin-

guirme sin ti. Escurridos los humores y perfumada con bálsamos aromáticos le puso el camisón largo que tenía una grandísima plegadura. Le empolvó la cara y pintó las mejillas. La India había recobrado su esplendor glorioso. Arropada en el lecho le dijo tengo ahora que recortarte las uñas. ¿Recuerdas la primera vez que pasamos la noche? El cadáver que iba reconstruyendo para la vida tenía la despiadada lasitud de los seres manuales. María Cusilimay era su nuevo nombre. Cuando aferró sus santas y venerables manos no dijo nada, obstinada en su espíritu melancólico. Con voz entrecortada por la ternura el fraile preguntó si lo que había sucedido entre los dos, en el cuarto de los duendes, le parecía bien. ¿Wallejlla, wallejllachu? Con la vista fija en el suelo y una sonrisa cariacontecida asintió, en lo íntimo seguramente más alegre que una Pascua de Flores. No pudimos evitar hundirnos en la sima del abismo, fue el balbuceo quechua que percibió, perdóname yaya Antoño y se arrodilló para besarle los pies como una Magdalena arrepentida. No tengo de qué perdonarte, urpilay, me diste tu amor y yo te di el mío. Hacía mucho que, como el agua que horada la piedra, su devoción por la imilla había nacido y perdurado en secreto. Los suspiros de los dos se confundían. Lucía grandes trenzas y solía verla soltárselas y lavarse frente al sol. Paulatinamente se había iniciado aquel romance y fue tan inevitable que ahora ella lo reconocía justamente así. Se había dado cuenta que a Qöya Cusilimay la embargaba el mismo afecto abrasador que a él cuando aparecía con las mejillas pintarrajeadas con sangre viva, extraída del corte de sus dedos. Y temblaba delante de él. No podía resistir su modo de mirar: ensimismada la India parecía una Virgen esculpida por Tito Yupanqui. Y acompañada por un coro de Ángeles lo siguió mansa y humilde cual corderita dispuesta al sacrificio. Sin pecado, sin ojos. Trémula. Ascendió por la escalera apoyándose en el pasamano e ingresó al aposento íntimo al cual tenía libre acceso a

cualquier hora para cumplir con sus obligaciones domésticas. Lo mismo que en la cocina donde adivinó el miedo y advirtió la sumisión. ¡Bendita sumisión de lavar ropa, cocinar, bruñir ollas, bordar, tejer y recoser para yaya Antoño! Ya en la cama el sacerdote le dijo que sus uñas lo lastimaban y le explicó que Don Francisco de Toledo, quinto Virrey del Imperio del Perú, había decretado la obligatoriedad para todos los habitantes, particularmente Indios, de cortarse las uñas de manos y pies, porque había observado que solamente se desgastaban por el uso. ¿Y las uñas de tus manos cómo se encuentran?, preguntó burlón. Avergonzada las ocultó. Yo ya las vi en el patio, cuando peinabas tus trenzas. . . Destapó la frazada y con una pesada tijera comenzó su labor. ¡Qué manitas cortas, qué pies tan pequeños! Le mostró a la difunta que sonreía los enojados vestidos de brocado de Damasco y muselinas de la India. Los caracoles anaranjados para que escuchase los rumores del mar. Le puso anillos de brillantes en los dedos. Y te decía recuperaremos después el tiempo perdido, el mundo no se está acabando, ¿recuerdas? Yo tenía que madrugar para celebrar la Misa del alba. ¡Alabado sea el Santísimo Sacramento en este nuevo día! Y te he traído también estos vestidos finísimos, los mejores, para que los luzcas en la corrida de toros de la Plaza del Regocijo. La otra noche soñé con un Ángel exterminador, no sé por qué pensaba en el fuego que purga los pecados. Parecería que nuestro destino está sellado. . . La cólera intemporal del viento golpeaba las puertas y ventanas de la casa. El padre Antonio comenzó a desnudarse lentamente, doblando el hábito con prolijidad lo depositó en la silla de alto respaldo. Levantó las sábanas y frazadas y se deslizó adentro. Acostado cuerpo a cuerpo advirtió que la difunta estaba congelada mientras él ardía majestuoso como un puma en celo. Allallau, tus manos están frías, tus pies. . . La abrazó para darle calor. ¡Qué plenitud en mi dulce congoja! ¿De qué se alimenta el alma?

De fe, esperanza y caridad. Sí, todo eso te daré con creces, María bonita. ¡Te cuidaré, te atenderé y si estás muerta te resucitaré! ¡Cristo resucitó el tercer día del seno de los muertos! La tierra giraba en las órbitas de los ojos de la difunta. La besó tiernamente en las mejillas y en la boca. Dormía con sueño de Chullpa, momificada. Pensó que por ahora lo importante era la sensación de tenerla tan cerca, al alcance de sus ansias. Aswan qhoñi samayniwan phukuykús kutirichísaj, se dijo, ojllaykúsaj, muchayniwan alliyman rijcharichísaj. . . Con el calor más tierno de mi aliento conseguiré devolverle la vida y abrazándola y besándola se despertará dulcemente. . . Yo no quiero para nadie la muerte, vuelve a mí, khúyay, amor mío. Si fuera menester y tú consintieras podríamos irnos de este cruel país tiranizado por el Supay. Trasponiendo la montaña llegaríamos como enamorados, munakujkuna, al último bastión del mundo para decir tucucapun, se acabó. Hablaba con una bondad que no era más que nostalgia. Sí, María, juntos viviremos libres y felices donde no nos conozcan ni sepan de nuestro amor prohibido. Y con el pensamiento ensombrecido por la duda, dirigiéndose al viento que ululaba alrededor de la casa, añadió: ¡Mana chayri, jámuy, muyuj wayra, usqámuy; llaqhayayniyki upiykuwachun, ukhunpi chinkachiwachun! ¡Pero si no fuere así, ven, no tardes, viento fuerte, que tus tenebrosas ráfagas me devoren y en ellas para siempre desaparezca mi vida! Reclinado sobre su brazo insistió en acariciarla y besarla. No renunciaré a ti, sumaj María. Ni a tus caricias y besos. No me avergüenzo por llorar. Me miras y callas y eso me parte el corazón. Ésta y todas las noches, todos los días del Señor, estoy dispuesto a desatarme como un potro oscuro hasta que despiertes. Refugiados en el lecho, los amantes parecían dos presencias desgajadas sin poder renacer para juntarse. Apagó la vela de un fuerte soplido. Te gustan las tinieblas, amor mío, no puedes negarlo. Tú y yo somos de la misma estirpe, pertenecemos a la noche de los

tiempos y nos conocemos tan íntimamente... Se oían remotos ladridos. En la oscuridad te sientes protegida por los Achachilas o por el Pachacámaj de la idolatría... Y con los ojos abiertos siguió hablando para ella. Y ella escuchaba con dolorosa resignación. Entre la virtud ascética y la expansión lasciva prefiero la primera. Sé lo que es el dominio de la dignidad. Fui célibe sin mortificación hasta conocerte, fiel a mi ministerio, y has sido para mí la revelación de los misterios del amor carnal. A veces es cierto que me excito, como un conejo que necesita la ternura de su hembra. Y después me quedo largo tiempo meditando de qué alturas celestiales emergerán los tiernos y exultantes efluvios. ¿Por qué te hablo de esto, mamita? Porque angustiado por esta terrible dicha estoy dispuesto a hacerte el amor pronto. Liphar, fornicar. ¿Y sabes para qué? Para que tu exhumado cuerpo bajo la llama incandescente de la cópula, en la cima del éxtasis, se transforme de gozo y recobre su vida. En la creencia de prodigios se consolide la unión de carne y espíritu. La besó en los ojos, en las orejas, en las mejillas. ¡Urpila, envejeceremos juntos hasta el fin del mundo! El fuego de su corazón ardía. No te causaré ningún daño, serás protegida, llena de felicidad despertarás del sopor que te consume. Tengo la absoluta certeza de que nuestras vidas prevalecerán, palomita mía, urpilay. Apasionado le acarició su cuerpo glacial y abrió las entumecidas piernas. Punkuraqha, puerta de la gloria. Y en la penumbra la India dejaba hacer indolente, flexible, extraña, dócil. ¡Ay, amor mío!, suspiraba, ¡Ay, mi María, esposa, hermana y dueña!, tierno y demencial. Días y noches, semanas y meses, el clérigo puso su cuerpo en María Cusilimay. Oh, kantuta amada, paloma mía, abrázate a mi cuerpo, juntos gocemos de la dicha inefable. En posturas obligadas, exageradas y grotescas la infortunada difunta, con los ojos abiertos, nocturnos y abismales, seguía sin entender lo que sucedía entrambos.

CAPÍTULO III

Que trata de la visita que hace la sufrida y enamorada India a la Gruta de la Serpiente donde se encuentra Ñauparruna y cómo éste le explica que por segunda y última vez ha perdido el alma.

Crepúsculo matutino, alba estremecida. Antes de que el sol derramara oro desde el levante, el padre Antonio de la Asunción se detuvo para mirar desde la majestuosa puerta de la ciudad el gigantesco y asombroso paisaje que se retrataba frente a él. Después revisó si estaban bien acomodadas —en el lomo de la mula— la petaca de dos tapas de Su Ilustrísima y la maleta donde llevaba los trebejos de su propiedad y la merienda, el kokawi. Quién tuviera un rocín de pura sangre, se dijo a tiempo de montar. Y después de persignarse y decir un latinajo, bestia y sacerdote se lanzaron —despaciosamente— a correr mundo por los dilatados caminos del Señor. Cerrando las ventanas del balcón que daba a la calle de los Indios, María Cusilimay bajó a la cocina y frente al entrañable fogón de barro, de tradicionales siete agujeros para dar calor a ollas y sartenes, quedó largo tiempo abstraída, meditativa. Suyallaway. . . La casa se había tornado triste, con esa penosísima sensación de vacío que dejan los que se van. De buena gana hubiese deseado anoche inquirirle por la duración del viaje y la fecha y hora probables del retorno, pero prefirió callar y gozar de las sensaciones del momento. De sus

viajes por pueblos y caseríos —Tarapaya, Cantumarca, Porco, Lloqalla, Pilaya, Cayara— se enteraba en la víspera, cuando tenía que prepararle el kokawí. No eran viajes de tiempo prolongado y retornaba cariñoso, con gran disposición para el trabajo y el amor y cargando provisiones para una buena temporada. Observó la taquia amontonada y la leña y la tola para cocer las comidas. Le duraba el sabor de la noche —noche de renovadas ceremonias— y sonrió con delicada ternura. Pero después días y días esperando. Semanas y meses que pasaban de prisa. Crecía el silencio. Y sintió el peso de una montaña. De vez en cuando el silbido de los coys. Desgracia, mi desgracia. Viviendo inmersa en la tristeza un día estalló. Tengo miedo, se dijo temblando, pero no quería ver a nadie. Enfermo de nostalgia, de apetencias de amor, de soledad y temores, se torturaba quitándose las pestañas de los ojos y tirándolas al viento. Al puro estilo Incaico de los sacrificios. ¡Cerca estaba mi amor y ahora él anda lejos! Alguna vez bajó del Sumaj Orqho el viejo Caoquí con las mulas tuertas y cojas que transportaban carbón para las casas de los azogueros y al verla hueso y pellejo, encanijada y triste, le dijo tienes que distraerte, hijita, warmiwawa, el pueblo está de fiesta. . . ¿No oyes cómo vibran las campanas? Y cuando salió, sintió vértigos en el estrepitoso mundo de pelea de gallos, corrida de toros, coplas, pregones, bandos y danzas Indígenas. Apoyados contra los altos muros de la Casa Real de la Moneda se habían afincado las fruteras y merenderas levantando yuraj llanthus, sombrillas blancas. Al escuchar la música de los danzantes exclamó entre sí ¡los Sikuris! Resonaba igual que las deleitosas composiciones de yaya Antoño. Divisando con sus estremecidos ojos de enamorada a algún fantasma vestido de piadoso decía es él. Y luego, más cerca no era, no podía ser. Percatada de las irrealidades que padecía, avergonzada retornaba a su introversión mortal. Lo soñaba ataviado con las sotanas de las grandes solemnidades, recorriendo los ba-

rrios en procesión y en los descansos de las esquinas cantando las pozas hasta llegar a la Iglesia Matriz donde inhumaban los despojos de los principales. Otra vez en la casa Caoquí preguntaría si le gustó la fiesta y si podían después salir juntos. Y ella caprichosa retrucándole no, viejo Caoquí, si yo salgo, será sola, siempre sola. Escucha mi consejo, le dijo Caoquí, remedio para tus males. Tienes que dar frutos a la tierra, warmiwawa, retransferir la simiente, para que nuestra raza no se extinga. Y ella aferrada al solitario y forzoso misticismo de Ajllakuna, en ese encierro de días interminables y de noches inmensas, viviendo la exaltación de sus recuerdos. El silencio estaba lleno de voces. Ardiente y devota rememoraba las etapas del amor. ¡Ay Antoño, yaya Antoño, cuándo sentiré otra vez la dulce fragancia del amancay y de los yuyus del campo? ¿Y cuándo la sensación de los mares, ríos y lagos desbordados? Noble y candorosa clamaba en el desierto ay Antoño, yaya Antoño, ¿cuándo otra vez? Y salió para la fiesta del Señor de la Sentencia. Con monteras al modo de las borgoñotas de los soldados de Pizarro los Indios en la Plaza del Regocijo gritaban ¡Cer, cer! señalando el imponente Qölke Wacay ¡Cer, cer! Tenían a la montaña que llora plata como Gran Achachila, generosa deidad para los Extranjeros y temible para los Nativos. Disfrazado de Tuerto Almagro un Alférez recorría las calles cabalgando sobre dos mozas del fardaje que hacían de bestias relinchadoras. A instantes, espantadas por la música de danzarines y el toque de campanas, hacían caer de bruces al Tuerto enardeciendo el entusiasmo de los curiosos. Y aprovechaba el Alférez magullado para brindar con licores de varios colores y cambiar de muchachas frescas y lozanas. Allá los Wacatokoris, la parodia de la corrida de toros. María Cusilimay no era para estos juegos y prefirió encaminar sus pasos por los extraños y poco transitados suburbios, bordeando laderas hasta llegar a la audiencia de los confines, el Machaykatari, donde se refugiaba Ñauparruna, el paladín de

altos raciocinios vehementes, inflexible voluntad y vocación eminente. Osada ingresó sin llamar. Parpadeaba una tímida bujía de sebo. Se hallaba sentado sobre una estera y rodeado de aguayus de caprichoso colorido.

—Llegaste al fin —la invitó a sentarse sobre una alfombra—, sabía que no tardarías en venir.

No había llevado coca ni aguardiente de ofrenda para la Pachamama y pidió perdón por su descortesía. Venía a pedir sus consejos de sabio y justiciero Amauta, de vida sosegada y noble. Se sentía sola...

—Y desamparada —agregó él—. Se ve que tienes el alma triste, eres sensible y lloras mucho. Sientes pena... —derramó sobre la alfombra una cantidad de hojas de coca para ver el pasado de la imilla—. Sin el pretérito no hay posibilidad de descubrir el futuro.

Descendiente de la dinastía, Qöya Cusilimay había tenido tatarabuelas, abuelas, tías y primas Ajllakunas repartidas en los monasterios de elegidas. Ajllawasis del Cuzco, de la montaña de Sawasíray y de Quito. De todos los lindes del Imperio del Tawantinsuyu convergían las hermosas niñas para vivir como Vírgenes del Sol en perpetua clausura. Pachacámaj y las leyes del soberano Inca establecían que ninguna Ajllakuna debía conocer hombre y la que quebrantara su castidad sería enterrada viva y sancionados con la pena capital su violador, los familiares y convecinos, el pueblo natal arrasado y sembrado de piedras. Sólo el Inca podía disponer de la virtud de las Ajllakunas. La que pasaba por el excepcional lecho real, desflorada por el Emperador, retornaba al seno de su familia encumbrada de honores y riquezas y la que quedaba pura e inocente hasta la ancianidad obtenía el rango de Mamakuna, prolecta en función maternal. Los guardas ancianos, o imberbes eunucos, cuidaban de que ningún mortal se infiltrara en las Ajllawasis, desde luego exceptuando a Mama Qöya Reina, esposa legítima del Soberano y sus hijas. Pero ocupada

la Ciudad Imperial del Cuzco por los Conquistadores se derrumbó el Gran Imperio y sus instituciones. Huyendo del furor lúbrico las núbiles doncellas de la Ajllawasi del Cuzco escalaron los misteriosos y secretos pucaras del Inca, las alturas de Machu Picchu —fortaleza constituida al borde del abismo— y asediadas pasaron sus últimos días. La Ajllawasi de Sawasíray que albergaba a centenares de niñas tiernas y delicadas fue invadida y los Wiraqöchas abriendo sus pequeñas casas de madera donde encerraban sus genitales ¡Plega a Dios, coño! se entregaron a una lujuria espantosa. Clausurada la Ajllawasi y echadas a la calle las Vírgenes del Sol que conocieron el deleite hasta el delirio, comenzaron a deambular —como ánimas perdidas— por campos, ciudades y suburbios con el terrible epíteto de panpawarmis, escarnecidas prostitutas. Otro destino más escandaloso y repulsivo tuvo la Ajllawasi de Quito. El caos avanzaba con pasos de gigante. Ajllakunas deshonoradas, Ñustas envilecidas, Princesas sometidas a dependencia. Mandó el general Rumiñawi que les aplicaran la pena extrema como si fueran pecadoras de hecho. Los peñascos abruptos y piedras filosas de las montañas que circundaban el arroyo cristalino, a donde habían sido trasladadas, cayeron en terrible aluvión hasta enterrarlas a todas. El general les había dicho con cruel sarcasmo alegraos que ya vienen los cristianos con quienes podrán holgarse a gusto y las Ajllakunas se rieron no pensando en mal ninguno. Y fue suficiente.

Esclarecido el pasado imperial de María Cusilimay, Ñauparruna le dijo que vivía concubina con el tatarura que ahora se encontraba lejos. Le dijo también que alegremente utilizaba talismanes callawayas del acto del amor, Waqanki y Qharimunachi y Wanarpos y Cantáridas, moscas azules y semillas de Wayruru con el cuerpo rojo y el corazón negro para rendirlo y tenerlo bajo su voluntad y servicio. El hombre antiguo era tan visionario como el Tukuyrikuj, la divinidad que lo ve todo.

—¿No has advertido que el escapulario cristiano que llevas en el pecho desbarata los hechizos Indios?

—Es que me lo dió, yaya Antoño.

—Sabía muy bien lo que te daba. Yo reprocho tu actitud, Qöya Cusilimay, perdón, ahora María Cusilimay —añadió con sorna—, es claro, tienes otro nombre, igual que Atawallpa Inca que le dieron por llamarlo Juan a fuerza de promesas de suplicios llevaderos. Tú no debías haber rendido tu cariño al Indio que trabaja por introducir en la conciencia de nuestros oprimidos hermanos la doctrina de los tiranos Extranjeros. La teología de la resignación, ciencia de los abismos. No obstante de ser obsecuente servidor una espada encendida pende sobre su cabeza. ¡Ay del día en que tengan estado público las pasiones del tatakura! Correrá la misma suerte de Felipillo. . .

—Lo amo a yaya Antoño, sabio y respetado Amauta, como reconocimiento por el mucho cariño que me ha dado.

—¿Qué lenguaje es ese del amor? —sus ojos desdeñosos relumbraron como el fuego—. Ha desaparecido de nuestro vocabulario la palabra Khúyay o Munákuy desde el instante que inmolaban a Atawallpa. ¡No es fácil amar a los verdugos! Los destructores de nuestros Dioses, de nuestra libertad, de nuestra cultura, de nuestro estilo de vida y costumbres no necesitan de nuestro amor sino de nuestro Chíjniy, del odio profundo.

—No me hables en esa forma, te lo pido Ñauparruna. ¿Qué te hice yo, te ofendí acaso? ¿Por qué esa severidad en tus juicios?

—Qué esperabas, ¿alabanzas para los Yuraj auqa? Hablo de este modo, María Cusilimay, porque la indignación estremece mi ser. Mi alma no alberga la piedad como tampoco el temor. Soy Indio y me dirijo a una India para hablarle de sus hermanos de sangre.

—Yaya Antoño es también Indio, descendiente de la nobleza

Qhapaj, sus antepasados eran de la estirpe de los Arawicus, poetas y señores de vasallos.

—Sí, lo sé, no grites tanto, pero sirve como sacerdote a los hombres de conciencia turbia que están destruyendo toda la bondad que construimos desde los tiempos de Manco Qhapaj Inca y Mama Wacu Ujllu. ¡Un Imperio sin mendigos! Destrozan a pedradas nuestros templos, estatuas, monumentos, ídolos y adoratorios. Nos quitan las ojotas para hacernos andar descalzos. Entiende, imilla, estamos en guerra con ellos. La guerra de los siglos. No se pide perdón ni se perdona. Se trata de un Auqanákuy de titanes como la del toro y el cóndor. Enfrentados lo viejo y lo nuevo. Hasta ahora no han triunfado los Yuraj auqa y no triunfarán por mucho que sigan pisándonos en la garganta. Todos los Indios llevamos en nuestra carne y en nuestro espíritu la insignia cárdena que nos dejó el látigo del enemigo. Y la resistencia ha creado armas secretas, tú lo sabes también porque conoces las consignas de la aurora. Esconder el alma, no hablar a voces, no delatar, rehuir todo servicio personal y en la Mita y los Obrajes exterminadores, trabajar a desgano para sobrevivir. Los Españoles están en un horizonte en el que no pueden penetrar. Ya no vivimos en el tiempo idílico de la doctrina del Ama súa, Ama llulla y Ama qëlla para responder kanpis jinallataj. No, María Cusilimay, ahora se tiene que robar, mentir y holgazanear. Inclusive hay que propender a matar y beber la sangre de los tiranos para darnos valor. . .

—Todo lo que dices es terrible, digno y sabio Amauta, puedes levantar en rebeldía hasta las piedras seculares.

—Continúa el Auqanákuy, quién sabe por cuánto tiempo más. Ninguna esclavitud es eterna porque los sojuzgadores son nimios esclavos de la historia, homúnculos precarios.

—¿Y qué será de mí, sabio y justiciero filósofo?

—Pobre María Cusilimay —respondió impasible—, en esta epopeya no tienes cabida y por lo mismo no te queda más

que desaparecer cuanto antes por consunción. Eres un cuerpo sin alma que camina. ¡Sin Ajayu! ¿Te preguntas dónde mora tu alma y late tu corazón? ¿Dónde encontrarlos si no están dentro de ti?

—Me aterra lo que dices, sabio Amauta.

—Tienes miedo porque eres la más desamparada descendiente de las concubinas imperiales. Tu miedo e inseguridad hizo que vinieras a buscarme. Ya anteriormente perdiste el alma por culpa de los alqörrunas que te agraviaron. Pero ahora es diferente porque tu alma se ha ido voluntariamente, por entrega total.

—¿Jaywakuna?

—Sí, te consagraste al tatacura en cuerpo y alma.

—Es cierto... Pero, venerado Ñauparruna, por favor, concédeme la esperanza.

—Eres dueña de un cuerpo inanimado porque el sacerdote cristiano se ha ido peregrinando con tu alma. Tu cuerpo cada día más consumido no resistirá mucho tiempo. Vives tus últimos momentos. ¡Resígnate! Siempre las grandes pasiones sufren la terrible soledad del desengaño.

—Sin embargo, siento mucha pena, sabio y filósofo Amauta. ¿Cómo podré abandonarlo a yaya Antoño si lo quiero y padezco tanto por él? Llevo noches y noches sin poder dormir. ¿Cómo podría subsistir la chispa lejos del fuego que la produjo? Si me fuera dado por Pachacámaj, el Altísimo Creador Supremo, el privilegio de morir para enterrarnos juntos y compartir el mismo sepulcro del Ukhupacha, me sentiría coronada por la dicha.

—No, María Cusilimay, no porfíes ilusiones. Con tus desvarios enardeces a la muerte. Lastimada por el amor te irás sola al País de los Espíritus rompiendo las cadenas de tus limitaciones. Ya todo está dispuesto y la señal del destino eres tú misma. El signo. El tatacura llegará después, quién sabe si para ofrendar su vida también.

—¡Tengo miedo, Amauta, tengo miedo!

—Enhorabuena.

Amedrentada y descompuesta, con un desarraigo absoluto retornó. Pensaba en ese cúmulo de negras predicciones del implacable Ñauparruna que no sabía decir la Buenaventura. Desconocía el Kusiqëllpu. Miraba ahora el paisaje con ojos desahuciados. ¡Como por última vez! A los azogueros que iban al trabajo nocturno de las minas, a los mítayos enjutos, a los Indios taciturnos y secretos. Pasando por el callejón de la Pulmonía, kullku de Vascongados, escuchó que un Cholo le decía al oído tirándole la manta, lástima que seas India. Cerca del muro del monasterio de las Concebidas, proseguía la fiesta del Señor de la Sentencia. Explotaban cohetes. Muchas chirimías resonaban con estrépito, pues no era aquella melodía del siku, de cañas melifluas, sino una música horrrisona. ¡Yaya Antoño, cómo te quiero y recuerdo! Divisó la casa, la callada mansión del suburbio, el balcón con amapolas, claveles y kantutas que había cuidado como homenaje a la presencia intangible del amado. Sus ojos se humedecían y pensó —recién— debo llorar por él. Tengo tiempo aún. Quisiera ser una inconsolable Yawar wacay. ¡Extinguirme llorando sangre! Cada destino sabe de sus lapsos de nostalgia, mas ninguna esclavitud es eterna, por muy placentera que sea su apariencia. Pajarillo en jaula de oro. Yo te digo, María Cusilimay, en este Auqanákuy de Indios y Españoles no se adjudicará la victoria final ningún bando en pugna. Los Extranjeros no impondrán su dominio y los Indios tampoco podrán arrojarlos fuera de los territorios del Inti. ¡Dominaré el dolor, Ñauparruna, no me martirices, derrotaré a la muerte! En el choque de los titanes hay un tercer elemento que está levantando cabeza, como una serpiente que avanza reptando sin apuro. Es el Mestizo, producto de los desbordes genitales del Conquistador. La negación de la negación. Heredero legítimo de la docta inteligencia India y la vital energía Española. Cuán amarga era la sal de

la tierra. Encerrada en su habitación, gimiendo como un animal herido, desahogó el martirio tantas veces reprimido. Lloró mucho tiempo, hasta advertir por fin que se le había agotado el llanto, salpicadura de perlas acumuladas en toda una vida. ¡No se pide perdón ni se perdona! Después, aún hipando, se dijo me encuentro peor, más cansada y abrumada. Más triste. ¡No tengo salvación, soy un grito sin esperanza, voy a morirme! Antes de acostarse subió al dormitorio de su concubino —todo estaba como él lo había dejado— y tomó en sus manos el Waqankis y el Qharimunachi que tenía escondidos debajo de la cama. Ya de nada me sirve el Jaywakuna, el amor total. La observaba un Cristo macilento colgado en la cruz, la vida se le salía por uno de sus flancos heridos. . . Sintió un levísimo temblor en sus labios descoloridos. ¡Tan joven como soy y con el alma extraviada! Ajayu mío, ¿dónde estás? ¿No sientes piedad por mí? Sobre la alta cama de adobe que tenía la forma de un armazón fúnebre, se tendió bocarriba, en el último grado de fiebre melancólica, con los brazos en el pecho y mirando atentamente con sus grandes ojos rasgados. La muerte sonreía detrás de la puerta.

CAPÍTULO IV

De la manera como advierte el sacerdote que sus denodados esfuerzos por devolverle la vida a la difunta han fracasado y considera que podía matar al viejo Caoquí para que su alma en el País de los Espíritus acompañe al de su desamparada concubina.

Jesús mío, todos corremos el riesgo de morir. Y quizás para siempre. Con gran pesar advirtió que sus denodados esfuerzos por volverla a la vida habían fracasado. Atrincerada en una gloria tardía María Cusilimay se empeñaba en seguir aferrada al letargo profundo sin corresponder a sus desesperados desvelos. En su rostro endurecido la sonrisa parecía una herida obstinada. ¿Conque fingiéndome muecas, mamita? Y tenía entre sus manos dos manos abandonadas, pesadas, inertes. Estoy por creer que te mofas de mis cuidados... De nada servían los baños calientes, las caricias para encenderle los sentidos, los abrazos y los besos audaces buscando las fuentes de la exaltación. Y hasta los actos de amor más temerarios. ¿Tendré que ver por siempre en este desafortunado cuerpo el compendio de todos los sufrimientos humanos? Y otra vez la pena abriéndose paso entre las zarzas del dolor cotidiano. Nuevamente su llanto de afligido. Grandísima, penosa indignidad, gemía en su frustración, quisiera morirme, renunciar a la congoja. Recostada como una Reina muerta aquella belleza sepulcral, tiesa y seca, era cambiada de trajes

y joyas todos los días. Inclusive de calzas y zapatos bordados de oro. En el cuello pendían no sólo el viejo y negro escapulario sino imágenes de Santos, Cruces y Cuentas de Perdonos. Le ofrecía manjares exquisitos. Pan de maíz, sanku con sangre de llama, aloja y vino de maíz. Sírvete con las manos, urpilay, así la comida es más gustosa. Y en esta parodia de la vida, como a una niña regalona intentaba adiestrarla caminando por la habitación y sentía el resentimiento de sus articulaciones. Imposible, no se daba cuenta de la realidad. A veces la dejaba a sus anchas —para que no resulte aburridora su presencia— y arropado de amarguras se iba a dar un discreto paseo por la Plaza del Regocijo, a contemplar a hurtadillas los últimos adelantos en el levantamiento de las maderas homicidas para ejecutar al Bigardo. Por el pasadizo de los Suspiros a conversar con el Ermitaño de la Calavera. Convertida la Villa en una tierra nocturna caminaban sólo los Extranjeros de la pesadilla y los yanaconas del silencio. Las campanas de San Lorenzo espantaban a los lekelekes que aguaitaban en las esquinas del barrio de los Indios. El mundo estaba extinguiéndose apolillado. Al retornar a su casa —antes de que el aire de romadizos se desatara con la ruindad de la noche— advertía que la imilla gustaba de los líquidos porque los encontraba mermados. Complacido y feliz sonreía. Empecinado en un porvenir de gloria renovaba aquel hábito de esperanza que lo unía a la vida. Un día encontró el vaso de vino derramado sobre las mantas y el cadáver vencido quién sabe por qué conjuros ¡Loado sea el Señor! en su afán de hallar su clásica apostura. Hacía gestos en el vacío. . . ¿Qué te sucede, mamita? La levantó conmovido, pensando que estaría cansada o malhumorada por sus abandonos furtivos. Perdóname, le dijo en tono patético, besándole las manos y las mejillas, descansa tranquilita, paloma mía, pero qué fría que estás, cubriéndola con las mantas, ya no saldré para cuidarte mejor. Cuánto tiempo hace que no leo ni escribo, se

quejó, ni siquiera toco música. Dedicada al silencio, a la profundidad secreta, María Cusilimay con sus ojos encendidos permanentemente estaba cansándose de la muerte. Mamita, mientras tú calientas la cama yo leeré un poco... Sentado a la mesa y con *La aurora en Copacabana* —forro de pergamino y obtenido de segunda mano— frente a sus ojos, le atacó un cansancio tenaz que no podía resistir. La India lo observaba desde el limbo con una ternura callada. ¡Qué pesado me está resultando Calderón de la Barca! Bostezaba sin piedad mientras Tito Yupanqui decía hermosa Guacolda mía, si otros hicieron constantes los instantes de la ausencia siglos, no ¡ay de mí! te espantes que hallándolos yo hecho siglos los haya hecho eternidades... Convencido de que por ahora no había salvación para María Cusilimay porque Dios la había condenado al silencio, decidió mandar al otro mundo, con urgencia perentoria, un emisario de confianza que le transmitiera sus ansiedades. ¡Cuando muere un desamparado nadie se brinda para su servicio y cuando muere un poderoso hay miles de voluntarios desesperados por inmolarse! Podía ser Doña Dolores pero esa frenética anda apegada a sus amistades, relaciones y compromisos. Es cierto que demostró estima cordial a María, muchas veces me lo dijo, pero quién sabe si no es parte de sus fingimientos. Si muere, quiero decir si la hago morir, puede en la vida eterna mostrarse incómoda y sería para que pague las consecuencias mi pobre palomita. Y ella debe estar harta de sufrimientos y ansiosa de una amistad con quien —íntimamente— aliviar su soledad. En todo caso mejor elección sería la del viejo Caoquí. Quedó un largo instante meditando. ¿Pero yo estoy ciertamente en mis cabales para pensar así? Bajó a la cocina y buscó el más filoso de los puñales carniceros. ¡Lo haré silbar como navaja de barbero! De una pequeña rendija atisbó. Una luz mortecina alumbraba el lecho del viejo y éste se hallaba tendido de un costado, con los pies recogidos. Quién sabe si no estoy muerto también y sueño

que me encuentre vivo. Empujó la puerta y penetró tratando de no hacer ruido. Tomándolo fuertemente de los cabellos pondría su cabeza como buscando la imploración del Cielo. No, mejor lo degollaría rápidamente, sin sufrimientos inútiles. No estaba nervioso, por qué iba a estarlo, si el arte de despabilar al prójimo era un acto natural. En la locura de lo imposible levantó el puñal alevoso para asestarle con toda la fuerza de su esperanza y escuchó una voz serena y reflexiva que lo detuvo. Has venido a matarme compelido por fuerzas extrañas, tata Antoño, mátame pero que no sea a traición... ¡Dios existe!, estaba despierto. Claro, no dormía, le dijo el viejo de corazón robusto, a mi edad se pierde el sueño y ya no se lo puede recuperar, es vano empeño. A veces uno duerme cuando menos lo espera, la verdad es que todo lo viejo se desarticula gradualmente. Bajó el puñal carnicero que tenía levantado como un necio y lo escondió entre los pliegues de su sotana. ¡Ay, tata Antoño, después no quieras engañarme! Se incorporó lentamente con la manifiesta dificultad del giboso e inquirió, siempre con la cortesía servil que hacía gala, el porqué de su actitud.

—Quiero matar tu cuerpo —le respondió ufano— para que tu alma haga de inmediato compañía a la de María Cusilimay, a quien amo con desmedida pasión. Y quién si no tú, viejo Caoquí, puedes con afecto velar por ella que es dulce y débil a la vez. Se encuentra sola en el más allá y precisa un alma piadosa que la apoye.

—Creo que yo soy el menos indicado, tata Antoño, para cumplir tan grandísima y significativa responsabilidad.

—¿Entonces insinúas que sería mejor que yo me suicide?

—Perdóname, tata Antoño, no te entiendo, mejor háblame con el lenguaje del hombre, nuestro Runasimi.

—Decía que si yo muriera —expresó en quechua— ella se enfadaría, con mi muerte podría alejarme en vez de aproximarme a ella.

—No quise decir eso, tata Antoño, de ninguna manera, tú eres muy joven para abandonar este mundo. Permíteme explicarte. Nacido para morir, yo no tengo miedo a la muerte y creo que ninguna persona de mi edad la tema. Sé que ella llegará, quizás ya esté en camino. Los viejos siempre caemos por nuestro propio peso. Morimos de tanto vivir. Pero que la última caída llegue sin violencia. Yo no soy el clásico viejo achachí que se lamenta de su cansancio sino que soy aquel que, apercebido de encontrarse decrepito, no da su brazo a torcer y trabaja de transportista carbonero, muchas mulas maltrechas dependen de mí.

—¡Pensé que ya no hacías falta a nadie!

—Por los años perdidos debajo de la tierra, yo me hallo enfermo de Khoya onqhoy, el mal del mitayo. Me duelen los pulmones y toso mucho. Cualquiera día el sudor de sangre echaré por la boca y se irá sin remedio el alma de mi cuerpo. Y esto no ha acontecido aún porque yo lo he evitado con grandes sacrificios. Cerro adentro, donde confieso haber vivido, como en el Ukhupacha, el aire que camina es espeso, enemigo de la vida humana. Al quebrantar la dureza de las piedras se absorbe el polvillo y enfermo no se siente más que sed. Y al salir de la mina sudoroso y sediento busca agua y la bebe tan fría que llega directo a los pulmones averiados. . .

—¿Y ahora tú no podías beber un poquito de la más helada para auxiliar a esta alma en pena?

—No olvides, tata Antoño, que uno es viejo en esta vida tanto como en la otra. En el hipotético caso de que intentara ir tras de la tierna y encantadora María Cusilimay, tardaría buen tiempo alcanzarla. Quién sabe dos o tres años. . . Me lleva demasiada ventaja y yo estoy debilitado. Saikuskaqani, ¿No reparas en mis pobres piernas endebles? Estimo que sería infructuoso mi sacrificio, te lo digo, tata Antoño, en amplio gesto de devoción. No necesitas ensangrentar tus manos. . .

—¿Qué es lo que estás tratando de insinuar?

—Que busques de inmediato un joven ligero de pies. Tú no eres celoso, ¿verdad? Podías hablarle al Bigardo que ha de ser ahorcado en estos días en la Plaza del Regocijo. Sí, él podía llevar el mensaje que tú ansías mandar, no creo que su nefasta popularidad sea de consideración en el Wakayñán.

—¿El Bigardo dices? ¿El que se violó legiones de mujeres? Ese pelafustán irá de cabeza al Infierno.

—Macho que se ha metido debajo del brazo a trescientas sesenta hembras ya está sosegado y sabrá tratar mejor que nadie a María Cusilimay. Háblale antes de que sea tarde, está esperando su hora en el Palacio Encantado. . .

—¡Yo no confío en él, Caoquí! Conozco sus mañas, sería como entregarle una corderita para su lascivia. ¿Conoces cuántas menores de diez y quince años, sin capacidad aún para soportar hombres, ha desflorado por simple debilidad? ¿Y las que ya tenían aires de mujer? El Bigardo es un monstruo que se alimenta de Aborígenes, les chupa la sangre, les mastica la carne y les tritura los huesos. No en vano la Inquisición lo ha sancionado.

—Bueno, tata Antoño, entiendo tus prevenciones. Podía ser entonces un enano o un Negro. Conozco a un encomendero que tiene varios enanos en oferta y que podría vender uno al raleo. ¿No te agrada la idea? ¿Dices que son licenciosos? Ciertamente con las menores de edad pero con las mayores no. ¡Ahí está! Podía ser el Negro Bienvenido Catanga, aquel pillastre que vende caramelos en la Plaza del Regocijo y gusta de llevar de casa en casa mensajes sucios a las Gallegas con mal de amor. Se ríe el amo de las ocurrencias de su esclavo y es incapaz de llamarle la atención pese a las airadas protestas de los viejos que dicen a gritos cuidar la honra y la virtud de sus hijas cabreras. El Negro Catanga es el emisario ideal.

—Quiero que sepa María Cusilimay que la amo más que nunca, que estoy padeciendo por ella —su voz se diluía en el aire—. La vida que llevo ya no es vida y hasta tengo el os-

curo palpito de que estoy perdiendo la razón. Consciente de su prematura muerte no la extraño físicamente, pues la tengo conmigo con grandes miramientos y sacrificios. Reclamo con sentida instancia su presencia espiritual, su alma. ¡Necesito que su alma retorne! Quiero decirle también que ella, que ha oído mi llamado y no me responde, se portó desamorada conmigo y por eso no tendrá salvación. Ella nada tenía que ver con la muerte. No debía morir, su obligación era esperar mi retorno. Si sentía apego por el Ukhupacha, quiero decir urgencias de muerte, debíamos resolver juntos lo que nos conveniere. Y algo más deseo que sepa, tengo el presentimiento que en esta desesperada lucha seré derrotado. . .

—Mejor hablemos del Negro, tata Antoño. Límpiame las lágrimas del rostro que te afean como hombre. Bienvenido Catanga es de Angola y su costo debe estar aproximadamente en novecientos pesos, lo trajeron muy pequeño desde Panamá con una partida de Negros de primera calidad para la construcción de la Casa Real de la Moneda. Los Negros no conocen los socavones del Qölke Wacay. En las mazmorras de la casa descomunal se perciben quejidos y lamentos en forma de canciones desgarradoras, sus almas han quedado aprisionadas entre aquellos muros tétricos. El patrón de Bienvenido Catanga está en este momento en sus viñedos y allá tiene muchos esclavos. Su encomienda es un criadero. Yo le tengo estima al Negro Catanga por lo vivísimo y ocurrente que es. Si consideras que no es de tu agrado puedes escoger Negras o Mulatas, jovencitas todas, llegadas del Congo y oscilan, como bienes tasados, alrededor de seiscientos pesos. O niñas de doscientos cincuenta.

—¿Estimas, viejo astuto, que Bienvenido Catanga consienta libremente en partir a la otra vida?

—Si lo adquieres limpiamente estimo que sí. Serías su nuevo amo, su nuevo patrón y al ordenarle la delicada diligencia a cumplir él no tendría más que aceptar. Ah, no tienes

que fiarte hasta convencerlo, y por mera seguridad te digo, que debería viajar castrado, eunuco, como los jóvenes guardas de las Vírgenes del Sol en las Ajllawasis de otrora. A pesar de que se dice que en el País de los Espíritus no hay sexo. No obstante tienes que portarte cauto y sagaz. La operación lleva algún tiempo y Bienvenido Catanga es servicial. Un servicio más o menos no afecta en nada a los Negros.

Y otra vez el religioso no pudo con su ansia irreprimible de desahogo. Yo no quiero sacrificar vidas inocentes, dijo entre sollozos entrecortados, pero me siento obligado a esta cruel determinación por el cariño y el afecto y el amor que le tengo a María Cusilimay. ¡No me desampares, viejo Caoquí! Abrió los ojos a la oscuridad. ¿Qué hora, qué día? Hace buen rato que había perdido el concepto del tiempo. Indiferente al día o a la noche, para él era lo mismo la luz o las tinieblas. Phúncay o tuta. Encerrado junto al cuerpo de la difunta pasaba el tiempo en vela, rígido en la silla de alto respaldo, con los ojos empañados no dejaba pasar la luz. Abandonado a los remordimientos de su propia conciencia. Dormía y comía cuando lo impelía la acuciante necesidad. Un pedazo de pan y un vaso de vino de uva eran su frugal alimento. En aquel estado de infortunio nadie llamaba a su puerta pero él se empeñaba en entreabrir la de cuando en cuando para atisbar, temeroso, los taladros avizores de los intrusos. Recogió del piso *La aurora en Copacabana* que había intentado leer. Y repitió la frase de Tito Yupanqui ya aquí no hay más que morir a todo trance. ¡Ay de mí! La letra mata mientras que el espíritu vivifica. Inmersa en su soledad ahí estaba María Cusilimay sin otro agravio y estorbo que el de su sonrisa tierna y sardónica a la vez. ¡Yo soñando y ella inmóvil, inalterable, quieta! ¿Amanecía? ¿Anocheecía? Alquimista del sueño, perturbado por sus desalientos soñaba creyendo hallarse despierto. Su destino se hundía en los ojos de la India.

CAPÍTULO V

Que trata de pequeños sucesos acaecidos en el Palacio Encantado entre el ilustre caballero Español condenado a la pena capital y su última voluntad que es una India llamada Qöya Cusilimay.

Iría a vivir en la gracia de Dios. Meditaba con los ojos clavados en la pequeña ventana de tres barrotes, por la cual penetraba la luz de las estrellas. El plazo de horas se acercaba. Mañana su cuerpo estaría colgado de la horca y su alma liberada vagando por los espacios infinitos. Se volcó contra la pared y rezongaron los eslabones que le aprisionaban las manos y los pies. Apóstol del amor sin escrúpulos había alentado la simpatía de las mujeres y el odio de los hombres. No era el primero ni sería el último de los condenados. Pensó en la cantidad de infelices que pasaron por sofisticadas crueldades. Ah, los gritos reventaban en su pecho. Había soportado seis vueltas de mancuera porque se negaba con soberbia a sumar la cantidad exacta de violaciones, las circunstancias que rodeaban los actos y otros detalles escabrosos que se le escapaban de la memoria. Pero tendido en el potro y con la primera vuelta de garrote en los brazos y músculos gritó que él no toleraría que desbocacen sus coyunturas y que podían preguntarle —sosegadamente— todo lo que quisieran saber, que serían respondidos espontáneamente con el respeto y la consideración que se merecían los justos y escrupulosos Minis-

tros del Santo Oficio. Otro debió ser el destino de los que no querían hablar, se dijo atormentado por ajenas vicisitudes, y pecados y virtudes se llevaron a la otra vida. ¡Están torturando a Don Francisco! Traspasando los gruesos muros del Palacio Encantado, los gritos y alaridos del rico azoguero cubrían los cielos de la Villa Imperial y parecían resonar leguas a la redonda. Deliraba la gente sin poder conciliar el sueño. Atadas las manos a la espalda y las muñecas sujetas a una polea en forma de horca era elevado lentamente y de pronto, cuando se balanceaba en el espacio, se lo dejaba caer en el suelo con violencia. Acusado de indiferencia religiosa, la Inquisición le estaba aplicando la tortura *à caput proprium* para obtener información relativa a los tesoros que poseía en secreto, alegremente comentados en el cotidiano parlamento de las comadres y en las tertulias del anochecer. Don Francisco de naturaleza reservada, poco amigo de las confidencias, con el corazón desgarrado por la desilusión y el dolor, mantenía obstinado silencio, sin aceptar ni negar la existencia de las quiméricas riquezas. Y esto enardecía a los porfiados torturadores que parecían calmos y ceremoniosos, vestidos con los hábitos de San Pedro Mártir. Indicaron que al hereje que vendió su alma al Diablo por la opulencia de su hacienda se le ataran grandes pesos a los pies. ¡Si quedaras lisiado o mutilado será tu culpa y no nuestra! Un momento, un momento, tengan piedad por mi alma... Y les ofreció un medio millón de duros. No, le respondieron, queremos todo o nada, ¡decide! Las prolongadas sesiones contaban con la asistencia asidua del Fisco y del Delegado del Tribunal Ordinario de La Plata. No exagero, es un consolante bien equipado... Como un animal en acecho percibió que llegaban visitas. ¿A medianoche vienen a buscarme? Pensó que serían otra vez las confesiones, indagaciones o simplemente exhibiciones de su persona a la curiosidad de los prósperos encomenderos, condes y marqueses, que llegaban de

Lima, La Paz o Buenos Aires acompañados de sus exquisitas y perfumadas mujeres que sofocaban sus risas al ver tan flaco y esmirriado al más grande profanador de virtudes. Sólo se puede contar con tal fama teniendo una herramienta imponente y colosal. . . Se detuvieron en la puerta para soltar los candados. Una débil luz de bujía inundó —pobremente— el recinto y el Bigardo no se movió del jergón. Y cuando el carcelero le dijo que le traían a la India que había solicitado como última voluntad, recién se volvió para ver. Chirriaron las cadenas. En efecto, dos clérigos de capuchas negras la custodiaban. No podía creer y sonrió apenas. Los caprichos de Dios en esta inmunda ergástula. El carcelero lo liberó de las cadenas y esposas diciéndole que lo pasara bien, con gusto a maravilla. Es tu última tentación, le recordó. Y se retiraron tan solemnes y extraños como habían llegado. Con una sonrisa tímida, enigmática, la India estaba ahí en silencio. Esperando. Tanto tiempo cautivo, esta warmi era un ángel caído del cielo. Agua para el sediento. La haré retorcer como a la serpiente del Paraíso, como al dragón de San Jorge. . . Llorará, gritará y terminará gimiendo nanan, tatalay, nanan, duele, padrecito. ¿Nanasunkichu?, le insistiría y ella en su porfía dolorosa nanan, tatalay, nanan. Y como no hallaba las palabras adecuadas para comenzar su plática, frotóse ostensiblemente las llagadas muñecas y tobillos. Siempre era así, cauteloso hasta cerciorarse del terreno que pisaba. Después de adquirir cierta seguridad se transformaba en el impetuoso Taskijiwíqay, depredador de doncellas. La mujer se fue acercando con las cuidadosas pisadas de sus pies descalzos. Se arrodilló para saludarle con la más profunda reverencia. Le besó los pies y las manos.

—¿Ima suti? —le dijo el Bigardo.

Y ella sonrió al oír que le preguntaba por su nombre en el idioma Runasimi.

—Qöya —le respondió—, Qöya Cusilimay.

—Ah, yo pensé que te llamabas Qörikusíchiy, pero me da lo mismo. ¿Eres Llúnpay, virgen, inocente?

—Ari, Phuruntasqa, warmi que no ha conocido qhari. Y me informaron que tú eres desflorado de virtudes, Shánqay.

—Sí, el erótico guerrero Taskijiwiqay que se ha arcabuceado a trescientas sesenta warmis.

Aquella mujer misteriosa llamada la bella Sevillana conoció la existencia de los tesoros. Una noche, conducida por Don Francisco en un encapotado carruaje de dos asientos, había atravesado las calles de la opulenta ciudad y, alumbrada por una pequeña linterna, recorrido socavones habitados por murciélagos hasta llegar ante una enorme piedra. Después una puerta de hierro y una bóveda donde se encontraban apiladas incalculables bolsas de plata sellada, montones de pesos fuertes, lingotes y tejos de oro macizo. ¡Observad, amor mío, he aquí mis tesoros! Más adentro, en un amplio sótano, depositadas barras y piñas en una profundidad de cinco varas y repleto hasta más de sus dos tercios. Y abriendo la puerta del fondo un lujosísimo aposento. ¡Oh, querido! Viendo su sincero y feliz deslumbramiento, extrajo de un cofre valiosos anillos para que los conservase en recuerdo del mucho cariño y admiración que le profesaba. Brindaron los amantes por la perdurabilidad de su dicha con un extraño y agradable licor que perfumaba la boca. Al despertar la Sevillana se hallaba en el lecho de su casa pero sin su protector. ¡Debe estar durmiendo con la inmunda India Qörikusíchiy! Y de los tesoros pensó que todo había sido una deliciosa ilusión, pero lo insólito era que saboreaba aún el agradable licor y que sus dedos lucían los anillos obsequiados. ¡Qué distante la aurora! Se levantó para mirar el ancho cielo estrellado por la ventanilla de tres barrotes. Fiesta en algún monasterio, aseguró al oír el eco de las chirimías que llegaba de la calle. Del Sumaj Orqho apenas divisaba su cumbre cónica. Aquí estuvo también Don Francisco, el azoguero de Thurucancha, concubino de Qöri-

kusíchiy, justamente nombrada Alegría de Oro, dijo. En el verano de su vida enloqueció por aquel bocado de millonario que era la bella Sevillana. Tarde o temprano los hombres caemos igual, jugándolo todo por el azar de las mujeres que sabemos de antemano que nos está perdiendo. Calló cuando la India se acercaba. Se volvió hacia ella. La contempló en silencio y la warmi se atrevió a resistir su mirada. Sonrió, tenía un fulgor de perlas en las pupilas. Le quitó el acsu y la pollera. Un escapulario negro colgaba del cuello. Resaltaban los senos duros, los pezones de bronce. Tawacu ñuñus. Sus manos expertas recorrieron con suavidad indagadora el cuerpo tenso, las entrepiernas apretadas. Jugaban los dedos hambrientos del Bigardo. El vientre liso, sin pelos, como la cabeza de un recién nacido. Inflamado de deseo la apretó contra su pecho, la besó en los ojos, en las orejas, en el cuello. Le buscó los labios. Fría como la muerte recién se encendió con el beso en la boca. Ay Taskijiwíqay, clamó, ay tatalay y después con acento indiscreto, suplicante, tómame. Diuswiraqöcha, líphame, no tardes, el tiempo que avanza no vuelve. Usqhay, tatalay, pronto, padrecito... En efecto, la noche como la vida es breve, dentro de poco se extinguirán las sombras y las luces del día inundarán de nuevo la tierra. Y todo igual otra vez. Entrar era fácil pero no salir de las mazmorras inquisitoriales. Al Ángelus aparecieron en casa de la bella Sevillana dos Alguaciles acompañados por el Alcalde y se llevaron amordazado y con las manos atadas a Don Francisco. Y la desmerecida delatora trasladada con escolta al Beaterio de las Enclaustradas, en previsible resguardo de su persona. El rumor del injusto agravio corrió de boca en boca y los amigos y protegidos de Don Francisco pensaron en rescatarlo. Clamando a la justicia divina rezaban novenas y estendiaban Misas por su auxilio, pero desgraciadamente sin resultados inmediatos. Se intentó llamar la atención con pasquines cuyo arrebatado tenor declaraba que se haría para el

Diablo una merienda sabrosa con los huesos del Alcalde y de los Alguaciles atrabiliarios. Empero, las autoridades echaron pregones declarando en rebeldía a quienes formen corrillos para hablar del monedero falso y hereje y amenazando de sancionar con cien azotes en plaza pública al que fuere aprehendido en delito de pasquero. Don Francisco era la sedición. Y la réplica que nadie imaginó fue la alevosa muerte del Delegado de la Inquisición. Acuchillado en las puertas del Convento de la Compañía de Jesús perdió los papeles donde constaban las confesiones del reo. El día del solemne entierro doblaban trémulas y dolientes las campanas de las treinta y tres Iglesias. Las comunidades religiosas y los párrocos y capellanes cantaban el oficio de difuntos mientras en sordina se percibían los piadosos sollozos de las plañideras, hijas de confesión del difunto clérigo. Ese mismo día se amotinaron los trabajadores del ingenio de Thurucancha dejando maltrechos a los Alguaciles que habían acudido prestos a reducirlos. Pedían la libertad de Don Francisco. Pero después una partida de Chapetones, reciamente armados con arcabuces, los desbandó con tal rapidez que ni siquiera atinaron a llevarse los cuerpos de sus compañeros muertos y heridos por la metralla. Muchos facciosos fueron a dar con sus huesos a la Cárcel de los Mitayos.

—¡Las mujeres cínicas no sirven, me dan asco!

Desalentado, sin responder a los requerimientos de la India que tenía un áurea irreal, se retiró al jergón. El júbilo del primer momento había desaparecido como un pabilo acabado. Le excitaba al Bigardo la timidez y la resistencia desmesurada, el pánico en los ojos de las pobres bestezuelas, la agresión dolorosa. Su ardiente y pérfida desvergüenza persistía hasta que se hastiaba y buscaba otra. Y otras. En la sangre llevaba su insaciable obsesión tórrida de violencia sexual.

—¿Tienes miedo de perder tu virginidad?

—Mana.

—¿No estás acobardada de las cosas que puedo hacerte?

—Mana.

¿Qué especie de hembra le habían traído? No era ni por asomo una virtuosa. Y la India de rodillas le acariciaba el rostro, el mentón y la boca al modo Incaico. Pasando por el pecho velludo y el ombligo las caricias fueron a alojarse en la ingle dormida. ¡Plega a Dios! Quién sabe si no era una experimentada panpawarmi de la ribera de la Laguna de los Dolores donde abundaban las caritativas devotas del dulce oficio, gitanas de la Macarena. Y el Bigardo recién dijo que no podía. La obstinada India respondió melosa sí puedes, espera un poquito. No era solamente cínica sino también grosera.

—No me exijas, no puedo, no —cayó una bofetada sobre aquel rostro indolente—. ¡Grandísima panpawarmi! —y otro golpe más fuerte—. ¡No puedo, te dije, ramera de porquería, porque no puedo!

Con el rostro entre las manos la India advirtió que de sus narices manaba el líquido de sus venas.

—Yawar sangre, Taskijiwíqay, yawar sangre.

—¡Mándate mudar al Infierno!

Y vuelto de espaldas como un guerrero en reposo, parecía llorar con sollozos estrangulados. En el instante decisivo su resolución alimentada tanto tiempo había desaparecido. ¡Dios mío, había perdido su hombría de bien! Y la India maculada en sangre remota decía se irá mi alma, mi Ajayu, mi pobre alma. Es cierto que el fuego lo consumía, pero advertir de pronto que ya no se es fuego sino cenizas amenazadas por el viento, era la muerte concedida de gracia. ¡Don Francisco sería ahorcado! Los pregoneros en las cuatro esquinas de la Plaza del Regocijo leyeron la sentencia. Su leal concubina, la joven y hermosa Qörikusíchiy, taciturna y melancólica muchas noches había meditado ante la magnitud de los acontecimientos y armándose de increíble valor decidió ir en busca

de su estupenda rival. ¿Tú eres Alegría de Oro?, la examinó de pies a cabeza. Serenamente, con dignidad de princesa India, le pidió que la ayudara a obtener la libertad de Don Francisco, antes de que sea tarde. ¡Quién pudiera! La recompensaría con la mitad de los tesoros apilados en los subterráneos secretos y el resto tendría a bien cederlos al justiciero soberano de España. ¿En verdad conoces el derrotero y lugar donde se encuentran los tesoros?, la interrogó astutamente. Sí, por supuesto, y la conduciría al instante si prometía ayudarla en su demanda. Y repuso la Sevillana podía acompañarnos mi hermano, un mandumbas que hacía de tato y ñaña. No, señora mía, sólo a ti confiaré los secretos, pues ni bajo la rueda del tormento yo lo diría. Era verdaderamente seductora la oferta. No puedo, terminó lamentándose, dejar el Beaterio de las Enclaustradas sin orden del Corregidor. Qörikusíchiy le respondió que ya había pensado en eso. Y las dos mujeres allanaron el camino amordazando y atando a la monja de la portería y poniendo en clausura forzosa a las torneras y sacristanas del Beaterio. Se fueron los músicos, se dijo al advertir que ya no llegaba el eco de ninguna chirimía. Arrepentido por su irreflexivo proceder se volvió hacia la India que permanecía a su lado arrodillada, dócil, con las manos enlazadas como si nada hubiese acontecido. No era decente que un ilustre caballero Español, estando con un pie en la sepultura, pronuncie palabras violentas y furiosas. Pidió que lo perdonase y le besó las manos y las mejillas respetuoso y gentil. Se acercan las horas de mi redención, dijo entre sí, liberado de mis pecados marcharé al más allá para vivir a la diestra de Dios Nuestro Señor Padre. Limpió las manchas de sangre que llevaba en el rostro. He envejecido de pronto y me siento como un animal impotente. ¡El largo cautiverio, la inmerecida sentencia y el doloroso castigo de abandonar pronto la vida me ha dejado huero! ¡Yo no era así, te juro que no era así! No llores, Wiraqöcha. Frente a ti, mujer ansiosa de

regocijo, soy igual que aquellos feroces leones de dos cabezas que, aleccionados mucho tiempo, de pronto no pueden hacer nada y como impedidos caen exánimes a los pies del enemigo.

—¡No llores más, Diuwiraqöcha, que me entristeces, yo te ayudaré —dijo con las manos empecinadas en la caricia—. ¡Seré yo misma el Wanarpo o la Cantárida que necesitas para erguirte hasta el cielo!

Desaparecidas por siempre la Sevillana y Qörikusíchiy, ahogado Don Francisco en las puertas del ingenio de Thurucancha y confiscados sus bienes, el tiempo se encargó de cubrir con un manto de piadoso olvido la tragedia Potosina. Mucho después un Indio llamado Wanca habría de descubrir la riqueza de los subterráneos secretos. Y lo que más lo impresionó fue una lujosa cámara con dos cadáveres femeninos. El primero esbelto, blanco, de pelo castaño y con pulseras y collares de diamantes y perlas pendía colgado de una viga y el segundo de baja estatura, morocho con abundante pelo negro, sentado sobre almohadones y contemplando fijamente a la ajusticiada. O sea las que en vida fueron bella Sevillana y hermosa Qörikusíchiy. Cuando solicitaron los Ministros del Santo Oficio a Wanca que los guiara para conocer aquellos parajes de tan alta nombradía, prefirió suicidarse sin determinar señal ni derrotero alguno. Por la pequeña ventana de tres barrotes habían pasado todas las estrellas del firmamento. Ahora se filtraba la luz del alba. Aparecieron nuevamente el carcelero y los sacerdotes de capuchas negras y los vieron acostados sobre el jergón —todavía en los estertores amorosos— al Bigardo y a la insaciable hembra que desnuda, mostrando los huesos de su esqueleto, pronunciaba palabras mágicas. Al advertir la presencia de los intrusos se soltó como una apasanca con movimiento brusco y se incorporó rápidamente para cubrir con la pollera y el acsu la desnudez de su osamenta. Su rostro era una calavera y sus manos dos garfios. ¡La muerte disfr-

zada de Qöya Cusilimay había entrado a la celda del conde-
nado a la pena capital! Malhumorado y aún con el cuerpo
estremecido de deseos insatisfechos, el Bigardo sobre el jergón
esperó que el carcelero pusiese llave a los eslabones de su mar-
tirio. ¿Aprovechaste bien tu última noche, eh, goloso? Sonrió
cínico. Había pasado momentos excepcionales transfundiendo
su sangre, cantidad de veces, a una estrecha y afiebrada al-
mendra balsámica. ¡Dios se lo pague! La muerte sabía hacer
el amor, llegar a la plenitud del regocijo. ¡Quién pudiera
ser libre para desposarse contigo!, había exclamado. No se
parecía en nada a las trescientas sesenta Aborígenes del pasado.
Ahí estaba la auténtica bondad de Dios. Y después el Bi-
gardo con infinita pena vio cómo, su última voluntad, con
los ojos bajos y las suaves pisadas de sus pies desnudos, sin
decirle adiós, qhayacama, ni hasta siempre, se iba del brazo
con los dos austeros y silenciosos sacerdotes dejándolo en la
profunda soledad del Palacio Encantado.

CAPÍTULO VI

En que sufrida y acongojada habla la difunta imilla desde el Wakayñán recordando singulares hechos acontecidos entre el clérigo y ella.

¡No puedo más! Extenuada detuve mi peregrinaje en esta alameda poblada de kantutas funerarias. Wakayñán, sendero del llanto. Los que venían detrás me alcanzaron sin esfuerzos denodados y pasaron despacio. Mitayos del abandono arras-trándose sobre sus propias melancolías. Y me quedé mucho tiempo pensando en ti. Como siempre consolándome con la idea de que yo te pertenecía. Cómo me gustan las kantutas. . . ¿Sabes?, de la intimidad de aquella alameda arranqué una kantutita alba y, aunque no lo supieras, fue tuya por obra de mi voluntad. Pues yo no soy el alma insensible y muerta que imaginas, porque cada existencia tiene su universo exclusivo. Su particular Ukhupacha. ¿Recuerdas la vieja leyenda secreta que habla de los amores frustrados de la hermosa Ñusta llamada Kantuta, novia del joven Curaca del Imperio? A instancias de la hermana, que pretendía al mismo hombre, fue transformada en una Yuraj Urpila por una malvada bruja Llayka. Palomita Blanca se posaba inconsolable en las ventanas del Palacio de las Serpientes o en los árboles de los jardines imperiales para decir con graves y monótonos arrullos el mensaje de su desventura. Un día la cruel hermana

le instó al joven Curaca que matase a la intrusa Yuraj Urpila con la piedra más decisiva de su waraqa. Mortalmente herida, desangrándose por el certero hondazo, Palomita Blanca no podía volar. Saltando de rama en rama y ensangrentando las flores albas de los jardines del palacio huyó hasta sucumbir muy lejos de los aprestos homicidas. Esas empurpuradas flores después se llamarían kantutas. A esa kantutita tuya creo verla empapada con mi sangre. Tú sabes que siempre, a pesar de la naturaleza glacial, cultivaba kantutas en el balcón de la casa. ¿No se marchitaron por falta de afecto? ¿Las sigues regando? ¿Están regalonas como cuando yo las cuidaba? Bueno, no era precisamente esto lo que yo anhelaba decirte. Quiero hablarte de otras cuestiones. ¿A quién si no a ti? El País de los Espíritus donde estoy es triste. Me desconcierta y debe ser porque todo lo veo con ojos de enfado. Su único camino se llama Wakayñán. Y me parece aún más tétrico de lo que es porque tú no estás a mi lado. No distingo claramente entre lo que es Phúinchay o Tuta, día o noche. Todo es igual aquí donde han sido eliminadas las dimensiones. Lúgubre, pobremente iluminado, se siente el enorme y dulce silencio en libertad eterna. Gritándome por el vacío de tu larga ausencia. Yo, al principio, no sabía si estaba viva o muerta, caminaba intuitiva por interminables lugares que parecían prados verdes. Tú me hablabas de la existencia de un Infierno y un Purgatorio y un Paraíso para todos, Indios o Españoles. Pues ahora voy en busca de la quimera. Pero yo mísera y frágil criatura del mundo, qué ventura puedo hallar si estaré siempre sola. Mortalmente triste y desamparada, herida por el ópalo del llanto. Ay de mí, como cuando dijiste que ibas muy lejos porque lo ordenaba la autoridad suprema de la Iglesia. ¿Recuerdas? Te fuiste llevando un alma benigna y dejando un cuerpo que temblaba no sólo de frío... Y nunca más conocí la alegría de existir. No pienses que te guardo rencor, si ni siquiera he tenido tiempo de

odiar a nadie. Y a ti menos. No soy ninguna kantuta de sangre abandonada. Por el contrario, siento profunda veneración por todo lo que me diste. Por ese legado de alegría y placer que recibí. ¿Me escuchas? Quiero creer que sí. Tengo otras cosas que decir pero me basta con que sepas que te amo. ¡Te amo tanto que no puedo perderte! Aunque estás ausente cierro los ojos y siento tu presencia palpitante. Tú estás en mí como la luna en el cielo, como la sangre en las venas, como la esperanza en el dolor. Sonríe como una ciega, sorda o muda, feliz en la agonía del tiempo. Aún me parece ver amaneceres adornados por el alboroto de las avecillas asomadas al balcón, atraídas por las kantutas. Son mis pequeños delirios cotidianos. Te contemplaba con tanto cariño y ternura que despertabas preguntando a media voz —soñoliento— si yo estaba durmiendo. Y yo, que me encontraba a menudo en larga vigilia, contemplando tu rostro bronceado, de trazos firmes, pómulos pronunciados y lunares oscuros, respondía no, no estoy durmiendo. Te acariciaba las mejillas, el mentón y los labios, abrías tus ojos negros como rayitas de horizonte y sonreías. Y me tomabas en tus brazos fuertes de Indio joven, palpabas mis ñuños endurecidos y se te ocurría amarme de nuevo como un Español furioso. El sol ardía en tu cuerpo. Yo no tenía ningún reparo porque estaba predispuesta a colmar tus deseos. Cuando manifestabas tus decisiones yo procuraba agradarte siempre, si es posible llevando la iniciativa, sin inhibiciones. Y refugiado mi cuerpo en tu cuerpo nos amábamos hasta que nos sorprendía el alba íntima con el lecho revuelto. Y bien abrigado te levantabas para asistir a la Misa de la aurora. Después, el Catecismo. Te quejabas diciendo cuando se trata de escuchar la palabra del Salvador nuestros hermanos se despiertan cansados, sin ánimo. En el balcón de la ventana —por donde contemplaba los colores cenicientos de una estación fría y seca— algunas avecillas gorjeaban juguetonas mirando la montaña. ¿Cómo no amar

una vida así? Tú decías quédate durmiendo y yo respondía bueno y apenas te ibas me levantaba y contentísima realizaba las tareas domésticas. Alguna vez al retornar me hallabas descansando en un banco de la cocina, frente al fogón de las siete bocas. ¿Y sabes por qué? Porque me gustaba quedarme quietecita, agazapada en mis reflexiones. Pensando en lo que me decías de Jesús el Cristo, nacido en el pesebre de un establo de Belén y por culpa de nuestros pecados Crucificado en el cruel martirio. Y quería morirme de vergüenza cuando me hallabas dormitando —prolongando mis ensueños—, ¿María?, quería que no pensaras que era una golosa que no dormía en la noche por hacerlo de día. ¡Te extrañó mucho! ¿Cuándo volveré a verte? Quisiera estar contigo —ahogarme con tus besos descubriendo el secreto de las caricias— para no separarnos jamás. Te amo demasiado y no admito la evidencia de que estamos separados. Tú allá lejos y yo en el País de los Espíritus. Mi alma no está muerta, entiéndelo. Para que pueda definitivamente cerrar mis ojos tú tienes que cerrarlos también. ¿Me entiendes? Yo era una imilla criada, cubierta por tristes harapos, tan ridícula y medio muerta que parecía una jucucha, pobre ratona de vaciadero abandonado. Me mirabas con lástima y me hacías alimentar con la vieja y enjoyada Chola que le gustaba que le dijera Señora. ¿Sajsan-kichu? me preguntabas, ¿te llenaste? Y yo asentía ari, tatay, sajsani. Ayudaba en la cocina y calculaba cuánto demorarías en llegar para escalar presurosa al techo. Y verte venir. Pienso que jamás mujer alguna sintió amor más tierno. Aparecías por el barrio de los Gallegos y te acercabas lentamente saludando con respeto a los vecinos. Buen día de Dios, padrecito, te decía sonriendo la coqueta Doña Dolores, sentada en la puerta de su tienda y viendo pasar la vida sin remordimientos. Yo no te perdía de vista. Y los niños pobres del vecindario te pedían limosnita tatay. Me hería la punta de la oreja para obtener sangre y pintarme las mejillas. En el espejito del dormi-

torio de la Chola miraba mis ilusiones. Hacía memoria no del futuro sino del pasado. Pensaba en la transmigración de nuestros amores, pues siempre fuimos ñañas, hermanos antes de conocernos. En esa vida anterior a la vida. Y después tú me mirabas de reajo, quizá como al Demonio del Infierno tentándote y pensabas cuán dulce sería la tentación. Yo advertía aquello. Luego me mirabas de frente, con firmeza, lo que me atolondraba y me hacía suspirar por extrañas ansiedades. En la casa, en el Catecismo, en la calle, en la Misa. Y la mansión del suburbio parecía una recova de suspiros, al contrapunteo, diciendo secretas blasfemias de amor. A mayor riesgo mejor estímulo. El suspiro del corazón: el dolido mensaje de los que anhelan la dicha de padecer gozando. Y yo te dije una vez no me mires así. Te avergonzaste un ratito pero otra vez insististe provocativo. Yo ya había vivido mucho tiempo en la casa sin la Chola enjoyada que falleció a poco de morir el viejo y enérgico cura a quien parecías tenerle excesivo respeto. Dueña de la cocina ya no era la jucucha imilla criada y te amaba en silencio pero con miedo. Como a Tukuyríkuj o como a Junphurruna. Pero dentro de mi secreta idolatría eras Pachacámaj, el Dios que todo lo abarca, que todo lo sostiene, que todo lo ve. Y un día te arrojaste a mis pies y me abrazaste las rodillas diciendo ten piedad de mí. Asustada por esta actitud imprevista y temeraria me escabullí rápidamente, no sabía lo que iba a ocurrir entre los dos. Temblaba. Entre escapar a la calle y pedir auxilio a Doña Dolores o esconderme en el cuarto de los duendes, preferí la última posibilidad. Calladita en la oscuridad. Y tú apareciste poquito a poco, con tal serenidad y desenfado como si estuvieses llegando a la casa por el barrio de los Gallegos diciendo dónde estás, no te escondas, urpila, no tengas miedo. Me llamaste urpila, por primera vez palomita. Me gustó tanto aquello que entonces pensé que haga conmigo lo que quiera. Y vi que me amabas. En el cuarto de los duendes — ¡Oh inol-

vidable cuarto de los duendes!— estaba escondida la belleza de los Ángeles y Arcángeles. Y me abrí para que entraras. ¡Ay, amado mío, esta es la amargura de mis buenos recuerdos! Llegaste al fondo mismo de mi tristeza desolada. Después perdí el miedo y la vergüenza y contigo las noches, pese a las densas tinieblas, llenas de luces estaban. Fuego, aire, río. Y ahora en qué han quedado todas aquellas dulzuras de fiesta mágica. Adormecida en el calendario de los sufrimientos ya no te veo, no te siento, ni te oigo. Tengo miedo de olvidarlo todo porque en el País de los Espíritus se pierde la memoria de lo que fuimos. Me angustia la idea de desconocer tu imagen, tus facciones. ¡Si pudiera tan sólo verte a través de las brumas! Por instantes desvelada me pregunto cómo serás sin mí. A pesar de todo tengo fe, creo en ti. Mi alma espera como una kantuta rezagada en el camino. Siempre animé por ti una esperanza secreta y sé que un día romperás la soledad que nos separa.

CAPÍTULO VII

De la manera como es arrancada la tibia del cuerpo de la infortunada India que murió de amor para elaborar una quena cuyas melodías alcancen el milagro de su resurrección.

No puedo detenerme en sus ojos, estoy condenado a vivir y necesito algo de ella. . . Dios me perdone. Tullullantapis si-khísaj ojllayniypi kakunánpaj. He de arrancarle un hueso y lo tendré en mi pecho como si fuera ella misma. Qenamánmin tukuchísaj waqayniywan waqanánpaj. . . Convertido en quena por mis manos ha de llorar mis propias lágrimas. . . Sobre la mesa se hallaba el filoso puñal carnicero con que había soñado alguna vez enviarlo al Ukhupacha al viejo Caoquí. Sonrió mirando los ojos vivos —clarividentes— de la difunta y después se arrodilló para sacarle los zapatos y las calzas. Estaban sus pies fríos y los acarició y besó. Tan pequeños, tan lindos. María Cusilimay subsistía sin respirar. Gélidamente. Como si estuviese enterada de sus propósitos temerarios parecía decirle con la mirada franca procede, si es tu voluntad. Desde la silla de alto respaldo donde se encontraba como títere derrengado —de la cama a la silla, recíprocamente— pasaba sus días de Reina enjoyada, llena de sedas y encajes. Todas las noches frente a ella, devotamente, ejercitaba con kohanas, pinkullus y quenas de dos y tres orificios, casi sin variaciones fonéticas, aquella dramática composición nacida

en la noche que le había anunciado su infausto deceso. Y la difunta escuchaba sin parpadear. La música navegaba entre la sangre de sus venas y las notas le salían mejores que nunca, limpias y depuradas. Pero él anhelaba un Pirutu, una flauta del hueso de María Cusilimay. Entonces haré llorar hasta a las piedras, se decía convencido, como hizo cierta vez el Jukumari de la leyenda. Raptada por el joven Oso y viviendo dentro de una cueva solitaria la Pastora dio a luz el fruto de sus amores. Lo criaron al regalón lleno de solícitos mimos pero la Pastora alentaba la esperanza de retornar a la campiña donde residían sus padres y hermanos. Y un día cuando regresaba a la cueva con la miel de todas las mañanas, el Jukumari vio que había sido abandonado por su mujer y su joven hijo. No podía ir a buscarlos porque los vengativos hombres de la campiña no le perdonarían el rapto de la Pastora. Con los ojos tristes y melancólicos oteando el horizonte, echó mano de su quena y la impresionante música que interpretaba hizo llorar a las piedras. Levantó la pollera de la difunta hasta descubrirle el sitio de la rodilla. Palpó cuidadosamente la articulación del muslo y hundió la punta del puñal para llegar al huesecillo circular que limitaba los movimientos de la pierna. No le fue fácil cortar los ligamentos y tendones endurecidos por el tiempo. Parecía carnear una chullpa, una momia pretérita. No había sangre, no había arterias venosas. El filoso puñal fue desprendiendo desde la rótula hacia abajo la tibia y el pie sin quejas ni gemidos. En el atardecer de la campiña, cuando madre e hijo arreaban el ganado hacia el redil, recién atendieron el son de una quena que llamaba con dolor desamparado. Y vencido por la nostalgia el joven resolvió ir en busca de su padre. Lo halló viejo, enfermo, delirante. Waway, hijo mío, le dijo el Oso y con la quena en los labios interpretó un dulce y magistral taki que hizo bailar de contentamiento a las piedras. He sufrido y he sido causa de sufrimientos. Y su hijo lo convenció

que debía ir a la campiña donde su madre los esperaba. Y llegaron ¡oh sorpresa! a los funerales de la Pastora que había muerto de thuku, taciturna. Llorando el Jukumari dijo a la comunidad que él no quería pasar una vida de luto y le concediesen la merced de acompañar a la otra vida a la madre de su hijo. Y tiernamente abrazado de la mujer de sus sueños se enterró en el Ukhupacha. Después, en el solar de la tumba, como signo de un destino poco común, nació el Mallkimunákuy, el árbol que da frutos de placidez y confianza a los amantes. Envuelta en la ensoñación de su oscuridad permanente, María Cusilimay quién sabe si advertía que su thusu derecho, libre de ligamentos, se hallaba tan distante que ya no sentía frío ni calor. Chúsaj thusu, vacía de pierna sin dolor ninguno. El otro día, cuando la trasladaba de la cama a la silla, se le había caído la mandíbula sobre el pecho. Y con un pañuelo negro, aquel que le servía para calmar el dolor de muelas, tuvo que atarla como si tuviese golpe de aire. La imilla seguía mirando el ámbito, juzgando con los ojos fijos de una ofuscada que finge indiferencia. Y él suspiraba ay mami, no puedo, me es imposible acostumbrarme a tus nuevos ojos que no miran nada. Le pasaba las manos abiertas sobre su rostro despejado, llano, como limpiando un cristal invisible, para estimular su mirada con la luz de la esperanza. Parecida a la música atemporal del silencio, ella le respondía así como nadie me ve sentado esperando la bondad de Dios tampoco nadie ve mis ojos, mis desesperados ojos como diamantes pintados en sueño. Y él enardecido yo te daré mi música a cambio de tu retorno a la vida. Y ella solamente quiero tu cariño en el martirio de este universo clausurado, yaya Antoño, ámame con la misma bondad y el mismo afecto que otrora me daba luz, brillo, esplendor. Y él te amo, cariñito mío, kantutita del alma. El tiempo simulaba transcurrir lentamente y el religioso con seriedad apacentando sueños de resurrección. Su extremidad extirpada mostró a la difunta que contemplaba

con ojos intensos. Ahora prepararé el Pirutu más maravilloso y prodigioso de todos los tiempos, recitó alborozado, mejor que la chirimía, mejor que el pinkullu, mejor que la gaita, mejor que la siringa, mejor que la kohana, mejor que el pí-fano. Por intermedio de tu cuerpo llegaré a tu alma, María, llegaré hasta el remoto sendero del Purgatorio donde te encuentras. ¡Ay Wakayñán! La música de redención cubrirá el aire virginal de todos los cielos eminentes, la brisa apacible de todos los mares profundos y el espacio infinito de todos los tiempos augurales. . . Sobre la mesa se dedicó a la disección cuidadosa. Separó el peroné que corría paralelo a la tibia sin tocar el fémur. Cortó el tendón y el ligamento que se hallaban insertados a la articulación de la rodilla y separó el pie de la tibia que, como el fémur, se encontraban retorcidos sobre su eje. Instituida oficialmente por la Iglesia se aproximaba la fiesta de los difuntos, el Día de Todos los Santos que coincidía con la Ayamarqay killa del culto de los Incas. La sincronía secreta e ilegal de la conciencia-India con la conciencia-Cristiana. En el Tawantinsuyu más de treinta días los Indios honraban a sus muertos, de tal manera que Ayamarqay killa quería decir el mes de los difuntos. ¡Los muertos omnipotentes! Con la forma de un prisma triangular tenía una cresta en la parte anterior y ensamblada en la extremidad superior mostraba dos cavidades. La extremidad inferior articulada con el tobillo. En el Día de Todos los Santos el clérigo hacía de resonsero en la puerta del panteón dando con sus rezos fervorosos la bienvenida a las ánimas del cielo. Esta vez las esperaba en la casa cural, particularmente a la de María Cusilimay. Con la multitud de almas sedientas y hambrientas encontrando su cuerpo se produciría —lógicamente— la conjunción feliz, el triunfo de la vida. El milagro de la unidad de carne y espíritu. ¡Libre de la condenación eterna resucitará de entre todos los muertos! Antes de disponerse a cortar las extremidades para rescatar solamente el centro de la tibia,

contempló el hueso duro y sólido diciendo tengo que cuidar del tamaño, no resulte que en vez de quena tenga zampona. Con nuevos orificios enriquecerá el pentagrama. Y esta vez como inspirado orfebre fue burilando noches y días, semanas, el instrumento musical de sus anhelos. Al volver a la vida María Cusilimay tendrá que usar pantorrilla postiza. Probaba su calidad de cuando en cuando echando chorritos de aire que no eran sino chorritos de luz que alumbraban los oscuros resquicios de su mundo. La Ayamarqay killa ya estaba golpeando las puertas de la ciudad. La fiesta de las fiestas.

CAPÍTULO VIII

Donde Ñauparruna establece la verdad de la conducta sexual en las venturosas épocas precolombinas.

Existía la prostitución, tolerada por el Inca, emperador sabio y equilibrado como ninguno. En las panpas, lejos de los lugares poblados, las warmis solteras —que no eran vírgenes ni viudas amancebadas— podían libremente cometer sus fornicaciones licenciosas. Llamadas panpawarmis vivían solas, no les era lícito tener amistad con otras mujeres, muchas veces ni con las de su misma condición. Mas algunas, burlando la vigilancia de las celosas autoridades se mimetizaban en el pueblo y ejercían el oficio clandestino contaminando el ambiente. Descubiertas eran sancionadas por la justicia. Dadas por infames y rapadas en público, qholas, no tenían más camino que la panpa. Con la permisión del Inca se evitaban los incestos, adulterios y estupros nefandos que no está de más aclarar se penaban con extrema dureza. Es cierto también que en los tiempos venturosos existía la belleza del pecado. El Monarca tenía esposa legítima, la Mama Qöya y podía disponer a su arbitrio real de las hermosas jóvenes Ajllakunas, Vírgenes del Sol, Ñustas del Inti, enclaustradas en las Ajllawasis eran futuras cortesanas del Gran Imperio. Los inmediatos colaboradores —el Jilacata, el Curaca y el Auqaj de alta graduación— tenían esposas legítimas, pero el soberano les

regalaba en homenaje de exaltación por sus servicios, varias Sipas, cortesanas de quince a veintiocho años de edad. Vivían éstas en una casa solariega donde no moraba la esposa legítima y realizaban trabajos de costura, jardinería, fabricaban chicha y podían además tener hijos. El culto al falo se rendía en ceremonias —como el Urwaqhapaj, coito sagrado— donde los más conspicuos servidores del monarca con fama de kallpasapas —fuertes y vigorosos— podían liphar en el suelo fino y suave de phullus de pelo de vicuña —cobijas que después fueron a dar al lecho del taciturno Felipe II— y bajo palio cuyos bastones eran sostenidos por un cuarteto de Sipas que presenciaban el acto sin excitación ni nerviosismo. Para que la ceremonia fuese inmejorable los Llaykas aconsejaban utilizar afrodisíacos de origen vegetal o animal que serían para estimular o atemperar deseos. Mejor que la Cantárida era el Wanarpo, de efectos excepcionales, macho para la warmi y hembra para el qhari, mientras quienes lo empleaban no padecieran ninguna dolencia al corazón. Las representaciones más comunes eran el amor *per-anus* en el que la joven Sipa esperaba al kallpasapa en posición cuadrúpeda. En sus relaciones amorosas los runas no eran como ahora apocados y recatados en su virilidad o como las warmis atrincheradas en su actitud supina, parcas en los deleites del cuerpo. Al negarles su condición humana los Extranjeros ignoraron su alma. La mayor ofensa para un qhari era no tener warmi y el mayor orgullo y alegría tener muchísimos hijos, gran familia. La alegría nunca fue traición ni pecado. Como cualquier hombre el runa tributaba sincera reverencia al encanto sexual y su consumación. El sublime ejercicio del entendimiento —pintura, escultura, arquitectura, música, poesía— era libre y lo erótico no tenía ningún velo de misterio. Teniendo libertad de creación, los artistas mostraban su natural inclinación estética a la belleza, majestad y trascendencia de la sublimación del instinto sexual. Circulaban artísticos recipientes con figu-

ras de hombres y mujeres. Aves del aire y del agua. Ídolos de oro y plata con el veretro en erección, la mayoría de exagerado tamaño. Tumesciente, circuncidado y de forma rectangular era un deificado símbolo que en función vital era eminentemente generador de la luz y de la vida. Mostraba también el arte —en actitud moralizadora—, que los placeres desmedidos no solamente destrozan el cuerpo sino lesionan la moral. De esta manera, para el hombre común no le era desconocido el significado del entrelazamiento masculino-femenino. El arte de amar. La exultante sensación de refinamiento de dos warmis con un qhari o dos qharis con una warmi. En múltiples, atrevidas y complicadas situaciones copulativas, todas las escalas del amor físico, ponían en juego su sensibilidad, ternura e inteligencia. Acostados, sentados y arrodillados en frenética posesión. Anverso y reverso de los antojos. La warmi a horcadas sobre el qhari, de decúbito dorsal con las piernas levantadas, de decúbito ventral con las rodillas juntas, apoyada en las espaldas con las piernas rodeando la cintura o el cuello del qhari, sentada sobre los muslos y rodeándolo con sus brazos y piernas, arrodillada con el torso en contorsión dando la cara hacia arriba y la Ayusca, de espaldas dando de lactar a la wawa. También la masturbación mutua. En la nueva dimensión del placer no se desconocía la *fellatio*, Chónqay, el qhari en pie y la warmi chonqando de rodillas o el qhari bocarriba y la warmi al costado. Tampoco se desconocía el *cunnilingus*, Chónqay de qhari a warmi, pero los runas estimaban que este acto no estaba de acuerdo con sus atributos varoniles. La warmi no sentía inclinación ni apego por el lesbianismo ni el qhari por la Majlla u homosexualidad, pues había normalidad heterosexual. Era tal la novedad de la Majlla que la dinastía preparaba en cada templo o adoratorio del Inti uno o dos niños Majllas que tenían que caminar vestidos de warmis, hablar como tales e imitarlas en todo, hasta los quince años en que llegaba el gran día de la ceremonia del desflo-

famiento contranatural. Después de este singular Sarunakuy eran declarados sacerdotes con rango de administradores de templos y Wacas. Los runas de disposición libertina se apareaban en secretos ámbitos con las bestias del campo, principalmente con las delicadas y primorosas llamas. Descubiertos eran castigados drásticamente con más de cuatro penas. La sanción más común para los inculpados por delitos sexuales fue arrastrarlos por las panpas, quemarlos o enterrarlos vivos. No desaparecieron los absurdos y equívocos con la llegada de los Yuraj auqa, casi diría que aumentaron. Tal el caso de la sífilis. Los Extranjeros la importaron e incrementaron en gran medida. Diestros en los apodos y malediscencia, llamaban La Meca —Patria de Mahoma— al excremento humano y bautizaron a sus Gallinas y Vacas con el nombre de Wallpas y Wacas. Con clara alusión al último Emperador Atau Wallpa, cuyo dictado quiere decir guerrero arrogante, afortunado y valeroso y a las divinidades e ídolos del sistema religioso de Pachacáma, que se veneraban en los templos, Wacas. En callada venganza los runas copulaban con las wallpa-gallinas y las pobres Foráneas no podían aovar por mucho tiempo y sólo defecaban extrañas materias viscosas que los Extranjeros atribuyeron al Sorojche, el temible mal de puna. Cualquiera warmi soltera era una criatura privilegiada. Y si era violada —Shánkay—, el violador era penado con la resección de sus genitales. Lo que ocasionaba en poco tiempo que el castrado Qorasqa apareciese con las mamas desarrolladas y la voz cambiada. Al incestuoso, estuprador y sátiro se le amputaba la nariz, desde el tabique en corte triangular hasta el nacimiento del labio superior. A veces los cercenamientos graduales llegaban hasta el labio inferior comprometiendo las mejillas de oreja a oreja. Los sancionados se cosían la boca para evitar las molestias y sufrimientos que les causaba la sequedad de sus mucosas. Se impuso la conducta Munaysenqa que era la de amar cuidando la nariz por temor a las sanciones.

Ojos sin párpados, rostro sin carrillos, mandíbulas sin labios. Algunos, sin pies ni manos se arrastraban por los suelos con los muñones. Concluían aquellos castigos colgándoles al cuello collares de cascabeles para llamar la atención pública. En las operaciones de cirugía punitiva actuaban manos expertas y hábiles en el manejo de instrumentos cortantes, las kuchunas, algo así como bisturís de oro. Auténticos kausawañuchis, matasanos. Los adúlteros no lo pasaban mejor, eran tratados igual que los ladrones, mentirosos, homicidas y holgazanes. Descubierta el amor denegado, la pareja se debatía entre la vida y la muerte. Encaramada en la cúspide del lugar de sacrificio, por su propio peso venía la muerte que no perdona, castigando la vida disoluta. Sancionada con la pena del desollamiento, el signo escalonado en el rostro, apedreada por la multitud y atada a un grueso árbol era abandonada para pasto de hambrientos gallinazos y alqhamaris. Si la adúltera estaba preñada se le colgaba al cuello un cepo de peso tan insostenible que terminaba expulsando el fruto de sus yerros. Impávida la muchedumbre contemplaba aquel suplicio. Y a veces se regocijaba al ver cómo el feto era despedazado y devorado por las aves de rapiña que pacientemente se habían congregado como domesticadas para el festín de la carroña.

CAPÍTULO IX

De lo que sucedió el Día de Todos los Santos con la llegada de las almas y la dolorosa desilusión del cura que con grandes pesares se trasladó al panteón para tocar la flauta de hueso humano.

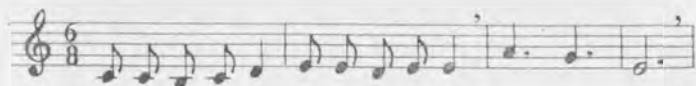
La fiesta de las fiestas. Cuerpos en ademanes y retorcimientos insólitos y rostros en muecas terribles. Los primeros cadáveres, exhumados de los recintos benditos de las Iglesias, pasaron en andas y después en literas, embutidos en sus mejores trajes y adornados con joyas riquísimas. Apoyados unos a otros para no caerse, reían dichosos de mostrar el escarnio de sus despojos descubiertos. Los Españoles, murmuró el padre Antonio de la Asunción atisbando desde las rendijas de la ventana del balcón. Y los antiguos muertos principales de la dinastía Incaica no tardaron también en aparecer. Momificadas Chullpas con sus cabezas despeinadas, sucias de fango. Monumentos funerarios, venían enchipados, agostados, marchitos, tétricos en una asombrosa rebelión de gestos y expresiones. Persuadidos del culto de los muertos los habitantes de la Villa se hallaban dispuestos a recibir solícitos en sus hogares la visita funeral. Largas mesas de uso múltiple —para comer, planchar y tender el cadáver la noche del velatorio—, con crucifijos y sábanas negras, colmadas de vasos de vino de uva, vino de maíz y agua pura. También jumintas de choclo, phiri de quinua, asado de llama. Y paltos, peras, chirimoyas

y otros frutos de escondidos vallejos. Los platos preferidos para solaz del visitante. ¡Pues tengan buen diente las ánimas de mis difuntos! Podían beber y comer hasta saciarse mientras los deudos mezclando el llanto y la palabra harían el balance del tiempo. Luego de retirarse del balcón, el fraile desnudó a María Cusilimay —la pierna derecha cercenada— y advirtió que su cuerpo sufría cada vez más cambios. Al ser desenterrado se mostraba ligeramente verdoso y ahora se iba ennegreciendo como una charqui-chalona, como cecina secada al sol. Despidiendo un fétido y manido hedor, tal si la pestilencia de su propia carroña la atormentase. Habían desaparecido sus pequeños y duros ñuños y apenas se manifestaban dos aplastados pezones como cicatrices antiguas. No dejaban de crecerle las uñas y la cabellera pero no las pestañas. ¿Acaso seguía quitándoselas en señal de autopadecimiento? Era imperiosa su resurrección. En cierto modo, el clérigo había extremado sus recursos sin obtener hasta ahora ningún resultado. Ayer, por ejemplo, tratando de adelantarse al milagro del Día de Todos los Santos, había resuelto pegar la lengua de la occisa a un ladrillo mojado con orines calientes. ¡Ven, pronto, antes de que sea demasiado tarde! Consciente de hallarse al filo de la última posibilidad, la vistió con seda de colores brillantes, la misma que lucían los domingos en el paseo de la Alameda de Lima —después de la Misa de once— las damas Españolas. También los mismos polvos y perfumes. Cortándose el dedo, extrajo sangre para pintarle las mejillas. Emperifollada con gran estilo y coronada de flores lucía como una vieja Chullpa. Eres la Reina de las Reinas, mamita, le dijo, tienes el cetro y te falta la corona de tu renacimiento. Llenó la mesa con los manjares que le agradaban, inclusive con el Sanku, aquel exquisito pan de maíz elaborado con sangre de sacrificios que otrora constituía el deleite de festividades. En algunas ocasiones con el Sanku —como si fuera Millu— le limpiaba el cuerpo para arrancarle sus padecimien-

tos y después lo colgaba para que se secara en el dintel de la puerta del dormitorio, tal cual había visto hacer muchas veces a sus mayores. Y a la hora suprema del mediodía, cuando doblaban atildadas las campanas de las treinta y tres Iglesias saludando la conmemoración gregaria, suspendidos en el aire y vistiendo ropas polvorientas y deformes arribaron las almas. Los Indios para alentar la vida, pedir nuevos nacimientos y no desaparezca la raza y los Españoles para dar en el mundo nuevo el aliento del buen vivir, la filosofía de la Triple Ve. El padre Antonio se dispuso a tocar el hermoso instrumento de hueso pulido. La envolvió a la difunta con la música que se difundía como un susurro, como un beso, como un halago. No sólo embriaga el aguardiente sino la música también. Ya no tardaría en escuchar el rumor de sus pasos en la escalera crujiente y en la cocina los ronroneos de platos y cucharas. Toda la casa se animaría con la antigua sinfonía doméstica. Primero dieron las doce, luego las doce y media y después ni el solemne y dulce diapasón de la campana mayor de la Iglesia Matriz ni la música honda, grave y sentida del yaraví tuvieron significación. ¿Estaba alentando ficciones? Se acercó a la yacente María Cusilimay que seguía imperturbable como siempre. ¡Quiero que despiertes, amor mío, quiero que me hables! Encerrada en sí misma —sorda, muda, paralítica— ni caricias ni besos ni nada contaban en su rehabilitación. Mi voz no tiene eco porque se ha marchado definitivamente, expresó desahuciado por el desencanto, no esperaba burla tan cruel. ¿Dónde está la resurrección de los justos? Luchaba con denuedo contra la realidad que trataba de abatirlo. ¡Ay, Jesús, qué juego es éste?, se le hizo un nudo en la garganta. No, no debo perder la Fe. Habrá pensado que todavía estoy viajando y por eso, sí, por eso no ha llegado. ¿O será que, alma nueva, se ha extraviado en los sinuosos caminos del Wakayñán? ¡Por mi culpa sus ojos ocultan el sol! Para que engrosara el mitin de los difuntos sacaría el cadáver a la ca-

lle... ¡Ay, yo la he matado! Jesús, Jesús, se tomó la cabeza, la razón se me turba, estoy desvariando, tengo que tranquilizar mi ánimo exaltado, anoticiarla de que me encuentro junto a su cuerpo inerte que espera la señal del retorno para levantarse y caminar. ¡Como Lázaro al borde de la resurrección! Y escuchó que la difunta le decía con voz acongojada ¿por qué tienes que desesperar si yo no soy más que una India nacida para el sacrificio? Y él enajenado no, no, no me puedes decir eso, mamita. Y ella, firme y categórica, he sentido constantemente mi propia muerte porque la he deseado siempre. Y él insistiendo no, María, no. Es cierto, yaya Antoño, no puedes seguir dudando, he deseado morir en los instantes más dulces y placenteros de mi vida. Con la quena entre sus manos abandonó precipitadamente la casa. Sus faldones revoloteaban como alas de alqhamari. Invisibles las ánimas festivas se encontraban en la ciudad a sus anchas, solas o en corporación, es decir de acuerdo con el personal modo de ser. Produciendo al paso imperceptibles brisas desembocaban en la feria del panteón, primorosamente compuesto con flores de papel morado y negro. Rodeaban las sepulturas los largos y gruesos cirios que se quemaban en jubileo. ¡Que me vean en el panteón todas las almas y al retornar a sus reinos escondidos cuenten cuánto sufro por ella! Rezaban los ciegos fingidos, vistosos oracioneros, devotos del Justo Juez que trabajaban como menesterosos en las puertas de la Iglesia Matriz. También rezaban las beatas pobres, los niños desamparados y el Ermitaño de la Calavera. Esta vez generosamente recompensados con comidas, refrescos y masas con figuras de animalitos y niños, thantawawas de sólida consistencia. Ahora la muerte comerá y beberá a nuestra costa. ¡Alabado-sea-el-Altísimo-Sacramento-del-Altar-y-la-Virgen-concebida-sin-Pecado-Original! Mientras algunos deudos se dedicaban a desenterrar cadáveres —con la mirada cubierta de telarañas— para trasladarlos a nuevos sarcófagos, prestamente organiza-

ban las autoridades Amaya Waraninakas la procesión de las almas olvidadas. Ayasaqësqas. Exhumadas del mundo subterráneo doce calaveras partieron en andas por las calles más concurridas. Mamay, tú que acabas de salir del oscuro Ukhu-pacha, ¿nos escuchas?, decían las voces consternadas, sin guardar ninguna orden retórica, ¿por qué nos has dejado en la orfandad terrible? Las calaveras en peregrinaje por casas amigas eran dadivosamente celebradas con oraciones de los curas responseros. ¿Por tu culpa seguiremos deambulando de puerta en puerta? Llevaban en los ojos quintos y reales, pesos y maravedies para que nunca faltaran dineros en las alcancías de sus generosos depositantes. ¡Se ruega no confundir escudos por maravedies! Y los consternados lamentos, límites de la desdicha, imperceptibles al principio se trocaban en reproches enérgicos. ¡La carga de tus responsabilidades has abandonado yéndote tranquilo a la otra vida! El mitin de los difuntos retornaría al día siguiente con las calaveras exhaustas. ¡Mal hombre que has puesto injusto término a tus padecimientos mientras tu hogar, tus hijos y tu mujer han quedado sin protección! Oscuras nubes, présagas de agua, se concentraban en el cielo para caer en tormenta. ¡Ingrato y cruel, desamorado, no debías haberte muerto! Posesionado en las puertas del camposanto, el padre Antonio de la Asunción soplando despacito comenzaba a arrancarle a la quena prodigiosos sonidos.



Es el responsero de Todosantos, afirmaban los que lo conocían, años ha decía más oraciones que todos los ciegos juntos, y creían verlo ahora en pleno delirio místico. ¡Mirad

su hábito sucio y raído, su cuerpo endeble, su rostro cetrino piel y huesos, su nariz corva, su mirada perdida, su frente estrecha, no va a tardar en convertirse en Santo! Alucinado ejecutaba una y otra vez el yaraví nacido de su afligido corazón, perdurando como un desafío. Waqayniywan juqöchasqa, tú, tierra humedecida con mis lágrimas. Qökuj jallpa, qhataykuwayku, tú, tierra generosa, albérganos. Karqaykumin ujllachasqa, ujllañapuni kaskayku, una sola unidad formamos en el mundo y quiero que así quedemos para la eternidad. ¡Alabado-sea-el-Altísimo-Sacramento-del-Altar-y-la-Virgen-concebida-sin-Pecado-Original! Pues cállense, ciegos pordioseros y viudas sin consuelo, dejen escuchar la triste melodía del padre Antonio de la Asunción en sufragio de las almas del Purgatorio. ¡Sombras seculares sollozan en su quena! Conmocionados los deudos de tantos muertos dispersos por el mundo sentíanse patéticamente enternecidos. ¡Esto no es humano, es sobrenatural, hay tanto dolor en el mundo! Y acercándosele el gentío—las Portuguesas vestidas de luto, los Gallegos con sus Cholas paroleras y los Andaluces hiperbólicos— le dijeron que era un día de fiesta y había que recibir a las almas del Purgatorio y del Paraíso con chirimías alegres y él, sacerdote de la Iglesia del Cristo Redentor, se convertía en un aguafiestas ejecutando aquella terrible y conmovedora música.



Y el religioso con los ojos cerrados trataba de ignorar a todos. Displícite no respondía a ninguna solicitud. Con el pensamiento en la más tierna, servicial y hermosa de las mujeres del universo. ¡Sufro por tu silencio, amada mía, por tu ausencia! Tóquese otra composición, padrecito, la que está interpretando no hace bien a nadie. ¡Mirame con tus grandes ojos rasgados! Transportado por sus emociones creía hallarse en otro mundo y hablando otra lengua. Waqayniywan juqö-chusqa, qökuj jallpa... Tú, tierra humedecida con mis lágrimas, tú, tierra generosa... Y apareciendo el Pintor Albino le dijo basta, padre Antonio de la Asunción, nos vamos a enfermar de acongojado sentimiento. Los amigos escultores, alfareros y cronistas le expresaron sus afligidos temores. Nos haces pensar en cosas tan terribles que nuestro flaco entendimiento no comprende, quisiéramos vivir en paz con las almas que nos visitan. No hay motivo para las discordias entre vivos y muertos, pero tu música parece alentar viejos resentimientos y nos precipita a sentir penas insoslayables. ¿Por qué no se abre la tierra y traga de una vez a todos estos embusteros Ángeles del mal? No seas desagradable, insistió el Pintor Albino, cesa en tu dolor manifiesto y déjanos en paz. ¿Ves, padrecito?, dijo una hermanita del Convento de Santa Teresa, Dios no es sordo a los reclamos y el cielo se está oscureciendo de abatimiento y es capaz de llorar a mares. Quiero decir, no sé si me explico bien, Dios no ve con buenos ojos que las almas lloren en su día, su único día. ¿Dónde está el platillo para los óbolos, padre Antonio? Convocadas por la música de la aflicción se le acercaron también, cautelosas, las almas blandas y benignas de los jóvenes Indios que habían muerto agobiados de trabajo forzado en los socavones del Sumaj Orqho, en el Mitanaje y Yanaconaje del Repartimiento y de la Encomienda y le dijeron admiramos tu valentía y entereza, padre Antonio de la Asunción, compañero y amigo. Y él advirtió el aliento de la muerte cercana. La música de la Ayamarqay

killa que ejecutas nos penetra dolorosamente, es un Sunqönanay. El Sunqönanay queda en nuestro profundo y escar-necido corazón de mitayos que muertos es como si estuviésemos vivos, enclaustrados en el Ukhupacha. Quisiéramos saber qué te indujo a componer música tan melancólica porque nosotros no somos una raza de hombres tristes pese a todo. Nuestros antepasados no lloraban. Les agradaba sobremanera cantar música jubilosa, rebotante de alegría. Jaillis, wayñus, takis. Manifestaban sus amores por la quena. Toda canción de amor tenía su tonada y no se podían decir dos canciones simultáneamente con una tonada de taki. Y por ella se sabía el pesar o la tristeza que animaba a los enamorados Munakujkuna. Quisiéramos saber qué crueles padecimientos te hacen sufrir tanto y qué podríamos hacer nosotros por ti. Y el clérigo quiso de inmediato responder ay, no todo es piedra filosofal, hijos míos, que se torna oro todo lo que se toca. Con lujo de detalles se dispuso a relatar su miserable destino reservado siempre a los que nunca merecieron de la vida justicia ni misericordia. Yo que siempre había alimentado esplendores e imaginado plenitudes ¿ahora de qué sirve estrellarme contra mi lacerante realidad? Apartó la quena de sus agrietados y terrosos labios y abrió los ojos empañados por la emoción. Y vio que no estaba rodeado de las almas prohibidas del Ukhupacha sino de hombres de facciones adustas. Los ojos rosados del Albino. ¿Qué diablos tenía que hacer aquí este colorista de Santos, copiador de desdichas? Y ya no tuvo palabras. Era imposible que estos hieráticos intrusos comprendieran su íntimo dolor, con caracteres indelebles recalcado hasta la médula del tiempo. Quería hablar con las almas que dicen que mi música es un Sunqönanay, expresó con lentitud, como pensando en voz alta. Y los circunstantes: ¡Está loco de atar, descontento de todo no sabe lo que quiere! Reventaron las nubes del cielo y varias personas huyeron por temor al frío chaparrón. ¡El padre Antonio está haciendo

llorar a los muertos! Y los pobres de la Villa Imperial, Indios y plebeyos, oracioneros y rapabolsas, mendigos y prostitutas no tardaron en condolerse con el sollozo torrencial de los difuntos. Llorando están de infortunio todas las almas del universo, dijo con el semblante irritado el fraile, ¡por algo será! Y añadió para sí yo he sufrido, he padecido y me he perdido con ella, por eso soy implacable. Pasó la lengua por sus labios resecos, cerró los ojos y siguió tocando el instrumento mágico hasta el instante que el panteonero le dijo que era la hora de clausurar las puertas del camposanto. ¡Los muertos tienen sueño y quieren descansar! El Ermitaño de la Calavera reía con la mirada perdida. Ay cómo se duele el más pobre de los hijos del Cielo. Cuando se ama lo imposible el amor es verdadero.

LIBRO TERCERO

WAKAYÑÁN: EL SENDERO DEL LLANTO

CAPÍTULO I

En que el padre Antonio de la Asunción le propone al Negro Bienvenido Catanga ser portador confidencial de un mensaje a María Cusilimay, quien se encuentra en la otra vida.

Segundo Domingo de Cuaresma. Las campanas de la Iglesia Matriz convocaban a la Misa y en la Plaza del Regocijo se respiraba una atmósfera de fiesta. Ofrecía Bienvenido Catanga sus Tetitas de Monja, Cabellos de Ángel y Tablitas del Señor. Con su cara de Pascua y rostro de buen año se abría paso entre la multitud diciendo a viva voz el nombre de los caramelos y gastando bromas de doble intención. Negro pillo, ¿qué cuestan tus Tablitas? A un durito el cartucho, caballero, sacando prestamente los caramelos del canasto. Carísimo, Negro jetón ¿y tus Tetitas? Baratitas, a dos duritos, para relajarse porque están hechas, que no escuche el Obispo, con leche de monjas milagreras, je, je. Y reía mostrando su dentadura blanca, sana y compacta, excepcional en una ciudad donde todos las tenían carcomidas. Dame tus Tetitas, pillo redomado. Ocultando el oscuro desaliento que parecía exhibir día a día, se le fue acercando el padre Antonio de la Asunción. Rodeado de un grupo de jóvenes Gallegas que festejaban sus ocurrencias declaraba seducía hablando y callando, seducía mirando y cantando también, qué hombre aquel Ermitaño de la Calavera. Y cuando esperaba deshacerse de las

mozuelas se produjo un remolino de gente. Llegaban a las puertas de la Iglesia Matriz las Ilustres y Dignísimas Autoridades de la Villa Imperial en corceles de Normandía ricamente enjaezados, herraduras de plata y arreos de gran fiesta. Después, ceremoniosas las franquearon seguidas por el bajo pueblo, especialmente convocado para esta notable ocasión. Persiguiéndolo a Bienvenido Catanga atravesó también el clérigo las puertas de la Casa de Dios. Iluminado el Altar Mayor con su primoroso baldaquino, se hallaba flanqueado de banderas y estandartes del Santo Oficio de la Inquisición. En primer lugar Su Ilustrísima con su séquito de tonsurados. El Comisario ocupaba una silla con alfombra y cojín, al lado del Evangelio y a la derecha del Corregidor. Y al frente y por orden de antigüedad el Alguacil Mayor, el Notario y Ministros del Santo Oficio. Comenzó el solemne rito del culto. El coro de las monjas de Santa Teresa, Bienvenido Catanga se detuvo cerca de la estrecha puerta de la sacristía. El padre Antonio tendría que esperar un rato más. Se persignó con agua bendita y rezó por el alma de su amada. ¡Jesús mío, suplicadle que me escuche! Después del primer Evangelio, el Notario se levantó de su asiento y acompañado de dos religiosos se dirigió al púlpito. Hizo una reverencia solemne al Santísimo Sacramento, luego al Comisario y Cabildo Secular y comenzó a leer el Edicto de las Delaciones. Nos, los Inquisidores, contra la herética pravedad y apostasía en los reinos del Perú, a todos los vecinos y moradores de la Villa Imperial de Potosí, de cualquier estado, condición, preminencia y dignidad que sean, salud en Cristo. Os mandamos a todos y cada uno de vosotros que si supieres, hubieres visto u oído decir que alguna persona viva, presente, ausente o difunta haya dicho o creído algunas palabras u opiniones heréticas, sospechosas, erróneas, temerarias, malsonantes, escandalosas o blasfemas, lo digáis y manifestéis ante Nos. Agonizaba de mal parto. Con una vela encendida en la mano y un Cristo en la

otra el clérigo le ayudaba a bien morir. Desde su lecho la joven moribunda observaba abismada, meditabunda, a todos los que rezaban las letanías, queriendo transmitirles un secreto íntimo pero no decía nada y sus ojos se llenaban de lágrimas. Doña Esperancita sufre, opinaban las comadres, no puede o no se atreve a entregar su alma al Creador. Lloraba su apuesto marido Don Juan de Toledo. Y por su parte el dilecto amigo, casi hermano, Don Martín de Salazar, se prodigaba en solícitas atenciones. Cuando se retiraron las visitas y el cura concluyó los oficios de extremaunción con auxilio del Viático la dulce señora le pidió a su esposo con lágrimas en los ojos el favor de escucharla. Si por lo menos pudiese contar con vuestro perdón antes de abandonar este mundo. . . Don Juan le suplicó que no se preocupara de los pecados porque todos estaban perdonados. No, esposo mío. . . Y escuchó Don Juan de Toledo la más espantosa confesión de infidelidad. Aparentando quietud pidió conocer el nombre del villano. Los funerales fueron fastuosos, de acuerdo con el rango social que ostentaba la hidalga, hija única del más acaudalado encomendero. Enterrada en la Iglesia de la Compañía de Jesús, el viudo cambió de carácter, se tornó taciturno, despótico e irascible. Desconfiado hasta la exageración. Todos pensaban que iba a acontecer lo contrario influido por la amistad que le unía a su noble amigo Don Martín de Salazar, fervoroso partidario de la Triple Ve. Camino a Roncesvalles, declaró nostálgico a sus allegados, existe una enorme Cruz de piedra llamada de los Peregrinos que sirve de punto de reposo a los piadosos romeros que llegan vestidos de burdo sayal y apoyados en toscos bordones. Yo partiré a Roncesvalles y en el manantial de la Virgen de la Colegiata beberé las aguas frescas y purísimas de la bondad y el perdón. Vendió todos sus bienes y los Indios lloraron la partida. Los objetos que no pudo vender los obsequió al pobre vecindario que asistía al Catecismo de la Compañía. Y una mañana, al alba, partió en caravana,

con varias mulas viajeras, rumbo al Callao para tomar el barco. Fue a despedirlo hasta la puerta de la ciudad su dilecto amigo, Don Martín de Salazar, quien sonreía con esa graciosa galantería que le hacía conquistar simpatías. Os mandamos a denunciar ante Nos si sabéis u habéis oído decir que algunas personas hayan guardado los sábados en observancia de la ley de Moisés, vistiéndose en ellos camisas limpias u otras ropas mejoradas, poniendo en la mesa manteles limpios y echando en la cama sábanas limpias para honra del dicho sábado, no habiendo lumbre ni otra cosa en él, guardándolo desde el viernes a la tarde. O que hayan desechado la carne que han de comer. O que hayan degollado reses o aves que han de comer, probando primero el cuchillo en la uña para ver si tiene mella. O que hayan comido carne en Cuaresma y otros días prohibidos por la Iglesia, sin necesidad de ello. Tomado violentamente del brazo fue conducido al interior de la sacristía. El Negro no atinó a resistir. Los fieles que vieron este hecho prefirieron seguir atentos a la lectura del documento eclesiástico. Cerró la puerta tras él, como en una trampa quedaron los dos. Solos. Se le acercó rápidamente. Lo reconoció; era el fraile Indio de los doctrineros. No llevaba látigo ni ningún objeto contundente para lastimarlo, no obstante temblaba temiendo lo peor. El tiempo apremia, le dijo, deja tu canasto y escucha. Qué iba a escuchar si la cabeza le daba vueltas y se le nublaba la vista. ¡Bájate los pantalones, Negro inmundado! Y su andrajoso taparrabo se le vino abajo por sí mismo y sintió frío en su sexo rodeado de enmarañada chaska y en sus nalgas de ébano reluciente y en sus pantorrillas. . . ¡Ponte de uñas, Negro asqueroso! Y obediente se inclinó. ¡Ay, padrecito! O si alguna mujer guardase cuarenta días después de parida sin entrar en el Templo. O si cuando nacen las criaturas las circuncidan y ponen nombres Judíos. O si se lavasen, después de bautizados, el sitio donde se les puso por el cura el óleo. O si cuando está alguna

persona *in articulo mortis* le volviesen la cara a la pared, y después de muerto le lavasen con agua caliente rapándole la barba y los sobacos. O si derramasen agua de las ánforas en casa del difunto. O si comiesen en el suelo, detrás de las puertas, pescado y aceitunas, y no carne, en duelo del difunto. ¿Qué tienes?, escuchó decir, ¿qué tienes? Abrió los ojos y vio que el fraile le ofrecía un vaso de agua. Reconfortante agua bendita. Miró su pantalón y seguía atado con piolín de cuero. . . ¿Cuando estás bien con Dios no tienes por qué temer a los hombres!

—¿Me conoces, Bienvenido Catanga?

—Sí, padre, sí.

—¿Conocías a María Cusilimay?

—Sí, padre, sí.

—Deja de temblar de una vez que yo no soy el Demonio y escucha atentamente. ¿Tu patrón sigue siendo el encomendado de Cinti, el que tiene esclavos Negros y siervos Indios?

—Sí, padre, sí.

—Bueno, ¿te agradaría ser mi esclavo?

—Ah, sí, padre, sí.

—Esto te digo, Bienvenido Catanga, porque la otra noche, en sueños, un caballero muy digno me sugirió que te tomara a mi servicio.

Os mandamos a todos y a cada uno que nos denunciéis si sabéis o habéis oído decir que algunas personas hayan afirmado que la secta de Mahoma es buena, y que no hay otra para entrar al Paraíso. O que Jesucristo no es Dios sino Profeta. O que no nació de Nuestra Señora, siendo Virgen antes del parto y después del parto. O que hayan hecho algunos ritos y ceremonias mahometanas, como si hubiesen guardado los viernes por fiesta, comiendo carne en ellos o en otros días prohibidos por la Iglesia, diciendo que no es pecado, y vistiendo camisas limpias y ropas de fiesta. O que hayan degollado ave o res atravesando el cuchillo y mirando el

oriente. O que no coman ave degollada por mano de mujer. O que hayan dicho que Mahoma es el Profeta de Dios. O que hayan dicho Alayminzula que quiere decir por todos los juramentos. Don Martín de Salazar sonreía. Había concluido la aventura con Doña Esperanza, meritoria esposa de Don Juan de Toledo. Enviado especial del Virrey de Lima y hospedado en la casa de Don Juan vio que tenía la gracia y el encanto de una auténtica dama Española. Buena hembra. Le gustó, sonrió y comenzó a cortejarla con gran discreción. En las tertulias nocturnas gustaba recitar para la pareja de esposos *Penitencia y muerte de Don Rodrigo* pero Don Juan de Toledo le pedía *Romance de Doña Alda*. Y él decía con fascinante desenvoltura: Otro día de mañana / cartas de fuera le traen; / tintas venían de dentro, / de fuera escritas con sangre, / que su Roldán era muerto, / en la caza de Roncesvalles. Oh mi Roncesvalles, suspiraba el marido. Con la mirada cargada de luz y de sombra Doña Esperanza le pedía que contase sus aventuras galantes en las Islas Filipinas y en Cuba. ¿Y también en Lima, Doña Esperancita? No jugaban a la varaja pero sí bebían vino a instancias del noble huésped, poeta y caballero andante. A Don Juan de Toledo le agradaba el fuerte vino de Jerez pero al segundo vaso la mirada se le iba y al tercero perdía la cabeza, dormía profundamente o enloquecía como cualquier vulgar gañán. Y este detalle no se le escapó al astuto pretendiente de su esposa. Una noche mientras dormía la servidumbre y Doña Esperanza y Don Martín lo acostaban en la cama, el poeta de la dulce sonrisa poseyó a la señora con extrema facilidad. Como jugar una partidita de naipes en una alquería abandonada. Cuando sucumbió en el mismo lecho matrimonial, con el marido al lado, el afortunado caballero descubrió que era virtuosa, varios años casada se conservaba aún inocente, pura y crédula. Virgen de toda sensación de placer los deleites de la carne no eran para ella. Y él fue la revelación. Fascinada, satisfe-

cha y libre de todo remordimiento, le agradecía haberse fijado en ella. No repitieron la osadía de hacer el amor junto al marido burlado pero sí aprovechaban cualquier instante del día o de la noche al verse solos. Desesperados, ansiosos. Todo lo sucio y pecaminoso para la casada infiel se había transformado en deliciosa sensualidad. ¡Quisiera morirme en tus brazos, amor mío, ahogada por tus besos! En la morada de Don Juan estaban jugando con fuego, entonces Don Martín de Salazar decidió mudarse a una casa con dos entradas, una por la calle de las Siete Vueltas y otra por el callejón de la Pulmonía. Y allá el noble caballero le enseñó el arte de amar como había hecho con muchas otras veleidosas esposas en Madrid, Sevilla, Barcelona, Manila, La Habana. ¡Y también en Lima, Doña Esperancita! La última vez que estuvieron no podía amarla, la devota y ardiente dama llevaba el abdomen abultado, balanceándose como una enorme muñeca. Prorrumpía en sollozos porque el misterioso vástago que llegaba no sabía si era para el marido o para el amante. O para los dos. Me mataré, ya de nada sirvo pecadora infiel. Ay, Don Martín, eres perverso, no tienes corazón, tu literatura de caballerías tiene la culpa de todo, tu sonrisa... O que hayan lavado a los difuntos, amortajándolos con lienzo nuevo, enterrándolos en tierra virgen, acostándolos de lado con una piedra en la cabecera y poniendo en la sepultura ramos verdes, miel, leche y otros manjares. O que hayan invocado a Mahoma en sus necesidades, diciendo que el Templo de Dios está en La Meca. O que hayan dicho que buen siglo hayan sus abuelos que murieron Moros o Judíos. O que el Moro se salva en su secta y el Judío en su ley. O si alguno se ha pasado a tierra de Moros y renegado. O que hayan hecho otras ceremonias de Moros. Acariciándole el rostro con la palma de la mano le dijo con voz tierna si seguía asustado. Y Bienvenido Catanga respondió no, padre, no.

—Pues María Cusilimay ha muerto y me encuentro solo

y mi deseo es comprarte de inmediato. La servidumbre es un don divino, ha dicho San Ambrosio. ¿En cuánto te precia tu patrón? ¿Trescientos pesos? ¿Quinientos? Yo pensé mucho en ti y estoy decidido a hacer cualquier sacrificio para adquirirme.

Por cierto que la había conocido a María Cusilimay, la doméstica del señor cura, je, je. India reservada, fea, de mal genio, culona, no hablaba con nadie. Compraba en la recova del Baratillo charqui y chalonga y recibía agua en la bulluciosa fontana barrial de la esquina. Un día se permitió darle un manotazo en sus posaderas y la desalmada sacó de inmediato el agujón de plata del acsu que nunca se desprendía, seguramente ni para dormir. Ahora le proponía ocupar su lugar en la casa cural, aquella mansión del suburbio donde había Catecismo todas las mañanas. Y en esto no había nada sucio, desde luego. Le sonrió al fraile e intentó besarle los pies. ¡Deja eso! Pues le halagaba en demasía esta confianza, prometía ser digno de la recomendación del desconocido caballero y si no fuera otra su voluntad seguiría vendiendo caramelos en la Plaza del Regocijo, principalmente los días de corrida de toros o quema de herejes en la Plazuela de Aranzazú... ¿Y sabe, padre, quién prepara los caramelitos? Pues Doña Dolores, que le tiene a vuesa merced en gran estima. En las festividades hay gran demanda de Tetitas que cuestan a dos duritos el cartucho. *Item*, os mandamos que nos denunciéis si algunas personas han dicho o creído que la secta de Martín Lutero es buena, o hayan creído y aprobado alguna opinión suya, como decir que no es necesario confesarse con un sacerdote. O que el Papa y los Ministros del Altar no tienen poder para absolver los pecados. O que en la Hostia Consagrada no está el verdadero Cuerpo de Jesucristo y que no se ha de rogar a los Santos. O que no hay Purgatorio y que en las Iglesias no debe haber Imágenes de Santos. O que no hay necesidad de rezar por los difuntos y que basta la Fe del bautismo para salvarse. O que el Papa

no tiene poder para dar Indulgencias, Perdones ni Bulas. O que hayan dicho que no debe haber frailes ni monjas. O que hayan dicho que no ordenó ni instituyó Dios las comunidades religiosas. O que mejor y más perfecto estado es el de los casados que el eclesiástico. Y que no hay fiesta más que los domingos y que no es pecado comer carne en Cuaresma. Cuando hizo su aparición en la Villa vestido de burdo sayal y apoyado en un tosco bordón, llegado quién sabe de qué remotos confines, la gente lo miraba con una mezcla de admiración y recelo. Apacible la faz, espigado el cuerpo y crecida la barba. En la noche durmió a cielo descubierto en la casa que daba al callejón de la Pulmonía, al lado de los sufridos Indios que hacían de siervos. Después se supo que moraba en las alturas del Sumaj Orqho, en una gruta marcada por una cruz de piedra. Naturalmente nadie, ni los sabuesos del Corregidor indagaron, todos dieron por sobrentendido que era un noble caballero penitente. En efecto, alguien había escuchado que murmuraba las penitencias nos redimirán, alcanzaremos el martirio. Se lo veía deambulando por la calle de las Siete Vueltas, por la Iglesia de la Compañía de Jesús, por el callejón de la Pulmonía y a veces por la calle prohibida de las Portuguesas. Pues las mujeres enlutadas no llamaban clientes, no se ofrecían ni indicaban sus particulares encantos o especialidades, pero a puerta *fecha* demostraban ser poseedoras del arte del placer, por supuesto vedado para Indios y Mestizos. Nadie podía pensar que este pacífico buen hombre estaba tras los pasos de Don Martín de Salazar, el noble poeta y cantonero que vivía haciendo honor a la Triple Ve. Una noche sin testigos, silencioso como una sierpe y rápido como un rayo le cayó encima injuriándolo soezmente. La cantidad de puñaladas que le asestó impidió que demandara auxilio a las dadivosas mujeres que estaban tan cerca, distraídas en sus fandangos y regocijos. Al día siguiente recogían su cadáver ¡Qué de noche lo mataron al caballero!

coincidiendo todos en afirmar que había sido mártir de los crueles espadachines Potosinos, chulos y tahures que mero-deaban por la rua da brincadeira. Enviado especial del Virrey, Don Martín de Salazar no era una varaja arrojada lejos de la mesa, fue inhumado con gran pompa en la Iglesia Matriz. En el entierro se lo vio rezar con unción al pacífico Ermitaño. Era un alma noble. *Item*, os recomendamos que nos denunciéis si algunos han dicho que la secta de los Alumbrados es buena, especialmente que la oración mental es de Precepto Divino y que la oración vocal importa muy poco. Y que los siervos de Dios no han de trabajar ni ocuparse en ejercicios corporales. Y que no se ha de obedecer al prelado, padre o superior en cuanto mandaren cosas que estorben las horas de la oración mental. O que murmuren del Sacramento del matrimonio. O que digan que los perfectos no tienen necesidad de hacer obras virtuosas. Y que solamente se ha de seguir el movimiento o inspiración interior para hacer o no alguna cosa. Y que al tiempo de la elevación de la Hostia, por rito y ceremonia, se han de cerrar los ojos. O que llegando a cierto punto de perfección, no es necesario oír sermones, ver imágenes de Santos ni concurrir al Templo. Le dijo al Negro Catanga que lo proveería de todo lo que se le antojara. Lo amaría como Dios manda amar a todos los seres libres del mundo. ¡Sería un Negro emancipado! Con gran comprensión, dulzura y bondad le enseñaría el Bien, el Amor, la Música y la Poesía. Leer, escribir, rezar de corrido. Y podría también aprender latín. *Initium sapientiae timor Domine*, ¿adviertes lo que esto significa?, el temor de Dios es el principio de la sabiduría. Negrito...

—Yo sé que te gustará la historia de la música. ¿Sabías que es monódica, o sea al unísono, exclusivamente vocal, al servicio de la oración en los actos litúrgicos, el canto gregoriano, los himnos y el aleluya? Pues antiguamente no había escritura y la música se transmitía oralmente. ¿Entiendes, Bien-

venido Catanga? —preguntó con las mejillas pálidas por la ansiedad.

También le enseñaría la música pentatónica de los Incas cuando adoraban a sus Wacas en las siembras y cosechas. Los jaillis, los takis. Tocaría piano e instrumentos autóctonos. ¿Alguna vez había escuchado tocar Pirutu, es decir quena extraída de la pantorrilla de una persona? Leería libros de provecho y, aunque se hallen prohibidos, también libros de caballerías que entretienen y aguzan el ingenio. Podría ser monaguillo, ayudando en la Misa dominical y llegar a sacristán. ¡Un monaguillo Negro! Por qué no. Podía interceder ante Su Ilustrísima. Cómo sería halagado por las mozuelas Gallegas. El Negro ya no sería en la Villa Imperial el color del pecado. Le enseñaría a hacer números. . . *Item*, os encargamos que nos delatéis si habéis oído decir a alguno que no hay Gloria para los buenos ni Infierno para los malos, y que no hay más que nacer y morir. O algunas blasfemias heréticas, como son renegar contra Dios y contra la Virginidad y limpieza de María o contra los Santos del Cielo. O que tengan o hayan tenido Demonio familiar. O que sean o hayan sido brujos o brujas, teniendo pacto tácito o expreso con el Diablo. O que alguno, siendo sacerdote, se haya casado. O que alguno, sin órdenes sagradas, haya dicho Misa o administrado algún Sacramento. O que algún confesor, en el confesionario o fuera de él, haya tenido pláticas indecentes con el penitente o requerido de amores a su confesada. O si alguna persona se ha casado dos o más veces estando vivo el primer consorte. O si alguno ha afirmado que no es pecado la simple fornicación, ni perjurar, ni dar a usura. O que vale más estar amancebado que casado. O que hayan hecho vituperios a Cruces e Imágenes de Santos. O que haya dudado de alguno de los artículos de la Fe o tenido en poco las censuras de la Iglesia. O que se consagran a la astrología, quiromancia, o echar suertes y demás artes y ciencias supersticiosas. O que hacen uso de la

piedra imán y de la sangre del menstruo. Ante tanta maravilla ofrecida Bienvenido Catanga sintió una súbita desconfianza. Me ofrece todo, a manos llenas, como si deseara conquistar la virtud de una doncella, pensó. ¿No será que el padrecito tiene gustos contranaturales? Amo y esclavo para lo peor. De perseverar lo llevaría derechito a las hogueras de la Plazuela de Aranzazú. O al Infierno. De todas maneras aquí o allá condenado. Recién se atrevió a preguntar con voz desfalleciente qué debo hacer yo por vuesa merced. Y el clérigo mirando atentamente la puerta cerrada respondió como primera medida tendré que extirparte el pene. *Item*, os mandamos que nos aviséis si habéis oído decir o sabéis que alguna persona tenga Biblias en romance, El Corán, Talmud, obras de Martín Lutero, Molina, Arrio u otros herejes, o cualquier clase de libros réprobos o prohibidos por los catálogos del Santo Oficio, entre los que se encuentran las obras de Voltaire, Rousseau, Volney, Diderot, Crebillon y demás filósofos Franceses. O que algunas personas, no cumpliendo con lo que son obligadas, han dejado de decir y manifestar lo que saben, o persuadido a otras que no lo manifiesten, o sobornado testigos en las causas que sigue la Inquisición, o depuesto falsamente por macular la honra y dañar al prójimo. O que hayan favorecido herejes, ocultando sus personas o bienes, o puesto impedimento al ejercicio de las funciones del Santo Oficio. O que hayan quitado sambenitos del sitio de las parroquias donde estaban mandados poner por el Tribunal de la Fe, o arrancado Edictos. O que los que han sido penitenciados no hayan guardado ni cumplido las carcelerías ni penitencias que les fueron impuestas, o han dejado de traer públicamente sobre sus vestidos el hábito de reconciliación. O que algunos reconciliados hayan dicho que lo que confesaron no fuese verdad, o que lo hicieron por temor y respeto. O que hayan descubierto el secreto que les fue recomendado por el Tribunal. O que alguno haya dicho que los relajados por el Santo

Oficio fueron condenados sin culpa y murieron mártires. O que algunos que han sido reconciliados, o hijos o nietos de condenados por crimen de herejía, hayan usado y usen oficios públicos y de honra, o que se hayan hecho clérigos, y que tengan alguna dignidad seglar, o que hayan traído cosas prohibidas para ellos, como son: armas, oro, plata, perlas, paño fino, o cabalgado a caballo. No había concluido la despiadada persecución del escuálido Ermitaño, que no era otro que Don Juan de Toledo, quien había retornado de Roncesvalles alucinado por la idea de la vindicta. Temible y extraño con la barba crecida, la voz pastosa y los ojos inyectados se escondió en el confesionario de la Iglesia Matriz para robar el cadáver de Don Martín de Salazar. En una cueva furtiva del Sumaj Orqho abrió el pecho de su adversario y le extrajo el corazón que había palpitado aceleradamente tantas veces por mujeres del cercado ajeno. Y se lo comió a dentelladas, como hacían los guerreros primitivos. Acaba que es tarde, se dijo riendo, plega a Dios que no. Y arrancando el pene y los testículos los tiró a los perros hambrientos de los zingaros que merodeaban. Teniendo aún el corrompido cadáver decidió arrancarle la cabeza —para transformarla en una pulida calavera— y el resto lo lanzó barranca abajo como festín de alqhamaris y lekelekes. ¡No rías, oh monda calavera, nunca tendrás descanso ni sosiego porque juntos cargaremos la pesada Cruz de la penitencia! ¡Tú por haberla disfrazado y yo por tolerarlo! Y llevando aquel extraño trofeo caminaba, complacido por sus secretas satisfacciones. Respetuosa y bondadosa la gente aseguraba que era San Jeremías, se le acercaba y besaba las manos, los pies, el burdo sayal y en la calavera —artificialmente presentada— depositaba maravedíes y pesos fuertes. Provector en años y arrugas gozaba el Ermitaño de la Calavera de general aprecio. Los niños también le tenían simpatía, se le acercaban y tomando sus enmarañadas barbas le besaban las mejillas, sin advertir sus ojos inyectados. *Item,*

os mandamos que nos denunciéis si sabéis que alguna persona vendiere caballos, armas, municiones y bastimentos a infieles o herejes, dándoles favor o ayuda. O que hagan hechizos con las hojas de la coca, o que adoren ídolos de los Incas y el Sol, o que entierren en Wacas a los difuntos. O si sabéis que alguien traiga consigo el Santo Sacramento hurtándolo de la Iglesia, pareciéndole que con traerlo no puede recibir daño ni morir violentamente. O si habéis visto u oído decir de alguno que haya cometido el crimen nefando de sodomía. Se le salían los ojos de sus órbitas. ¡Pagaría con la castración su libertad! La piedad de aquella naturaleza desatinada. Engordaría como un cerdo, agudizaría su voz... ¿Pero el fraile estaba en sus cabales para hacerle tal proposición?

—Sí, Bienvenido Catanga, después irá tu alma preparada —añadió apretándole las manos entre sus manos— en pos de María Cusilimay.

¡Cómo! ¿Además de castrado tener que morir? En efecto, María Cusilimay, *animula, vagula, blandula*, alma pequeña, errante y cariñosa, se halla sola en el más allá y necesita de una compañía amiga. Y qué mejor que la de un Negrito liberto con gran preparación literaria y musical. Bienvenido Catanga tenía imperiosa necesidad de orinar. Se aguantaba. O si sabéis que en poder de algún escribano, notario u otra persona están algunos autos, informaciones y probanzas tocantes a los delitos señalados en este Edicto, si supiereis que alguna persona posee bienes confiscados por el Santo Oficio o que le pertenezcan en cualquier manera. ¡Negro esclavo, agradece a Dios la oportunidad que te está dando! Y escrupulosamente le explicó que llevaría a la otra vida un mensaje confidencial. Su existencia era un paciente suicidio, una lenta agonía. Tenía el cuerpo de la imilla en la casa ¿Conoces la casa? esperando la resurrección. ¡El retorno del alma! Para él, María Cusilimay seguía siendo su amor supremo. Ay, el Demonio en forma de fraile, ni más ni menos. Si la encuentras en el

Wakayñán regresa rápido a darme la buena nueva, te esperaré. Ay, ay, quería hablar y en vano movía su boca, sus palabras salían sin sonido. Estaba visto que el Negro tenía mayor apego a la vida que a la muerte. Cosas raras están aconteciendo en la Villa, había dicho Doña Dolores, a propósito del Ermitaño de la Calavera que murió dejando la confesión escrita de su horrenda venganza. ¡No tengo que irme a la tumba con el secreto auestas! Dejó dicho en el papel el asunto con tanto naturalismo y con tal riqueza de detalles que nadie osó dudar de la verdad. La Inquisición antes de enviar a la pira funeraria el cuerpo del caballero herido en su honor, buscaba confiscarle sus bienes, deudas y préstamos. Si hallas el desengaño en el Wakayñán, lo mismo, vuelve, que te esperaré. Y de nuevo intentaremos, juntos, persuadir a los dioses del infortunio. Ahora quién iba a creerle que en la misma Iglesia Matriz se le había aparecido Belcebú —¡Indómito sanguinario!— disfrazado de un bondadoso cura que le ofrecía el cielo y la tierra.

—¡Mi destino, entiende Bienvenido Catanga, está encadenado a un cuerpo que se corrompe día a día!

Y no pudo más el Negro. Sentía que de sus andrajos se le chorreaba todo. Despavorido se lanzó hacia la puerta, la abrió de un tirón y desapareció entre los fieles que escuchaban atentamente las últimas directivas del Edicto de las Delaciones. ¡No escapes Negro cagueta, asqueroso, ruin! Había olvidado llevarse consigo el canasto de caramelos que gustaba vocear con doble intención Tetitas de Monja, Cabellos de Ángel, Tablitas del Señor. . . Por ende, por el temor de la presente amonestación, exhortamos y requerimos, so pena de excomunión mayor, *latae setentia trina monitione canonica, praemisa*, mandamos a todos y a cada uno de los que supiereis o hubiereis hecho algunas de las cosas arriba declaradas, que vengáis y parezcáis ante Nos, personalmente a decirlo y manifestarlo, dentro de los seis días siguientes al de la publi-

cación de este Edicto, o que llegase a vuestro conocimiento; con apercibimiento que os hacemos de que, pasado dicho término, lo susodicho no cumpliendo, aparte de que habréis incurrido en censuras, procederemos como contra personas que maliciosamente callan y encubren. Y por cuanto la absolución del crimen de herejía nos está especialmente reservada, prohibimos a los confesores que absuelvan a persona alguna que sobre lo dicho esté culpada, antes la remitan a Nos, para que, averiguada y sabida la verdad, los malos sean castigados y los buenos conocidos y honrados y nuestra Santa Religión Católica aumentada y ensalzada. Los Santos sonreían. Las monjas del coro cantaban como Ángeles. Este mundo agresivo, desfavorable y hostil, le había sido negado a María Cusilimay. ¡Cristo está Crucificado en nuestra propia carne! Amén.

CAPÍTULO II

Donde se verá el ajusticiamiento del Bigardo y la desaforada reacción de Mestizos y Criollos que matan al verdugo y la asombrosa e increíble inmolación de las trescientas sesenta mujeres Aborígenes.

¿Aquel rapazuelo es el Negro Bienvenido Catanga?, preguntó el padre Antonio de la Asunción. Sí, respondió el Pintor Albino, es el mismo, en una mejilla tiene el sol y en la otra la luna, está mercando sus caramelos... Esperaré que se llegue por acá, deseo hablar con él, decía en Lima vi contrabandistas Holandeses, Ingleses y Portugueses que, untados de hollín, colgaban de las horcas caudinas, frente a las costas de la mar. ¿Como reverberos? En efecto, sirviendo de linternas prietas a sus compinches... Erigido en mitad de la Plaza del Regocijo el cadalso esperaba al condenado. Desde las primeras horas de la mañana trescientas sesenta mujeres Indias, uniformadas con polleras largas de bayeta marrón y a modo de mantillas negros acus ligados con agujas de plata en forma de cucharas, convocadas por Tukyrykuj, la divinidad que lo ve todo, sentadas en el suelo rodeaban el tablado para presenciar una de las mayores afrentas a un noble caballero Español. Esporádicamente la plaza principal se convertía en teatro de espeluznantes escenas. Ahorcaban en el patíbulo, quemaban en la hoguera y estrangulaban en el garrote vil a personas incursas en delitos y pecados establecidos por la

Iglesia. Principalmente bigardos. Luciendo trajes de gala los viejos e ilustres encomenderos Extremeños y Vascongados, Castellanos y Toledanos, se mostraban animosos. ¿Y cómo pudo un solo pájaro soportar tanto cielo?, preguntaban. Pues su diabólica intención era profanar once mil virtudes y la Santa Inquisición lo desbarató en las trescientas sesenta. ¡Y pudo conservar su briosidad! Se revelaban también animosas comentaristas las Portuguesas que habían salido temprano —y sin dormir— para presenciar el colgamiento del hombre de tan extraordinario regodeo. Acredito que o Bigardo nunca foi um homem perfeito não pensa nesso? Isso mesmo. E você? Foi para mim, uma grande delícia. . . Como viudas perpetuas tenían predilección por el ornato negro y no perdían ocasión de usarlo. Eu sonhei que o Bigardo procurandome na escuridão de meu quarto de dormir, deu-me um beijo na boca. Estarei certa? Pois tenho a certeza porque tentei beija-lo en retribuição, mas quando ia fazé-lo, sua cabeça caiu, subitamente, e uma torrente de sangue començou a jorrar do seu corpo sem cabeça, caíndo sobre o meu leito. Sangue!, dixei, sangue! Oh, você, não diga isso, não. Teve sempre a impressão de que você e uma loca! Se hallaban también en la Plaza del Regocijo las Cholas dicharacheras —amantes de los Españoles más encumbrados—, corpulentas Mestizas de ancas generosas, luciendo polleras cortas y mantas bordadas de Manila y con buenos duros en las escarcelas. ¡Negro jetón, quiero dos cartuchos de Tetitas de Monja! ¿Llegaron a saber que a los Chalcas, que nadie les quita el gusto de rapiñar minerales, les apareció cierta noche un fraile de hábito negro que arrastrando cadenas llevaba en sus brazos a una mujer muerta? ¡No, nena, no puede ser! Así como lo escuchan, afirmó la Chola más prominente, pues me lo acaba de contar el Andaluz que vende pacotilla en la esquina de la Iglesia de Santo Domingo y es muy amigo mío. Santo Dios, la muerte encarnada en un fraile perdido. Cierito, pues, uno de aquellos

Chalcas ha muerto ayer rogando a Dios que le perdone sus andanzas. Desde las ventanas del Corregimiento, Cabildo e Iglesia Matriz —engalanadas con los temibles estandartes verdes que agitaba el viento— contemplaban al populacho las máximas autoridades acompañadas por sus mujeres que lucían vestidos recién llegados de la Península. Al advertir la presencia del clérigo el Negro Catanga se sorprendió, como si se tratara del Rey de los Infiernos. Y sólo atinó a escapar como un condenado. Quiero que ese Negro me asee la casa y no me explico por qué tiene que huir así. Durante mi ausencia murió la imilla que me acompañaba, ¿llegaste a saber? Sí, respondió el Pintor Albino, espera, ¿cómo se llamaba?, voy a recordar, María Cusilimay. Tenía cierto atractivo, sí, era una India de disimulada hermosura... ¿Y no crees que el tal Catanga es demasiado bribón para reemplazarla? Un clamor se elevó de los miles de curiosos que se apretujaban en la plaza al escuchar que comenzaban a doblar soberbias y graves las campanas de San Sebastián. Todos conocían el lenguaje de su tañido. ¡Llegaba el Bigardo! Flanqueado por un mercedario vestido de hábito blanco, el Notario de la Inquisición y un verdugo de aspecto desenvuelto, era trasladado con las manos atadas y sentado de espaldas en un asno. Dos cuerdas le colgaban del cuello. ¡Buen trabajo tuviste!, le escarneaban los hombres de rostro duro. ¡Semental de Mestizos! ¡Endemoniado, anormal, se te pudrirá en el Infierno! Cuando ascendieron al tablado cesaron las burlas groseras e indecentes y un conmovedor silencio se impuso. Percibió el Pintor Albino que de la abigarrada muchedumbre emanaba gran fetidez, pelos, sudor y mugre. Tirando de una de las cuerdas el verdugo hizo que adelantara el paso, la paladina demostración de su potestad. El reo estaba en sus manos. Todos vieron que las rodillas de su tullido cuerpo temblaban —kharkati de Wiraqöcha—, pero se repuso para acreditar el prestigio de su probidad ante el gentío expectante. Los

balcones de las casas vecinas repletos de mozuelas que sonreían con picardía por detrás de las espaldas de sus padres. Buscó con desenfado a las humildes y sumisas trescientas sesenta warmis que con aire ausente no perdían un detalle de sus movimientos. ¡Ahí están tus queridas, sembrador de bastardos! Legión de niñas, adolescentes, muchachas jóvenes con el color y el sabor de la naturaleza Nativa. Devorantes vientres de bronce, plenas de leche y miel. Cual epígono de Don Juan Tenorio, el amante de mil mujeres, había pasado su vida desvirgando doncellas. Sonrió con amarga ironía: fue el viento quien amó a estas mujeres. Frente a él el Pintor Albino extendía un cuaderno de hojas blancas para tomar apuntes. Pobre Diablo, dándoselas de grande por haber abusado de las Aborígenes, dijo el religioso. Y el pintor opinó es como el Junphurruna que contagia la mala sombra. De un tirón le significó el verdugo que debía ascender por una pequeña escalera y el reo obedeció con cortesía, haciendo gala de su serenidad de ánimo. Uno, dos, tres, los peldaños rechinaban como las escaleras que conducían al dormitorio del padre Antonio. Subió despacio pero no a gatas como hacían otros condenados. Singular verdugo, corazón de puñal, prolijo como ninguno, conocedor de su arte cuidó que el nudo le quedé exactamente debajo de la oreja izquierda. En los campos de Barcelona, dijo un mendigo Aragonés, el día de la Trinidad la justicia ahorca a los forajidos y bandoleros de a veinte y de a treinta. Y una Gallega redonda le respondió muy lindo, le correspondía a su merced estar en este instante en los campos de Barcelona y no en la plaza de Potosí. Desde el patíbulo el confesor hizo la señal de la Cruz para que los espectadores rezaran por la salvación del alma del pecador. Creo-en-Dios-Padre-Todopoderoso-Creador-del-Cielo-y-de la Tierra. ¡Más fuerte!, reclamó, pues no se oye nada. Con su lápiz negro el Pintor Albino dejaba en las páginas del cuaderno el testimonio del sacrificio redentor. Rostros patéticos del gentío y

del condenado. En-Jesucristo-su-único-hijo-Señor-nuestro-que fue-concebido... Miraba con ojos asombrados el Bigardo. En el inmenso cielo, preñado de misteriosas amenazas, se desplazaban las nubes como rebaños de carneros. Y sentía vacilar su espíritu. Por-obra-y-gracia-del-Espíritu-Santo... Las trescientas sesenta mujeres, incrédulas e irracionales, ni siquiera movían los labios. Nació-de-Santa-María-Virgen-padeció-bajo-el-Poder-de-Poncio-Pilatós-fue-Crucificado-Muerto-y-Sepultado... Impaciente el verdugo esperaba que el auditorio concluyera de una vez, se limpiaba las orejas, las narices y las uñas con aire reticente. Descendió-a-los-Infiernos-y-al-tercer-día-resucitó-de-entre-los-muertos... Socabado por la angustia el Bigardo llamó a Dios para que lo favoreciera. ¡Perdón, Jesús mío, perdón! Claro, ya sabía esto, dijo un Catalán de dientes sucios, en el último trance de la vida los malhechores recuerdan a Dios y piden ayuda celestial. ¿Perdón?, estás loco, Bigardo. Colgaron en Caracas a un cerdo que se comió a un niño, vestía para la ejecución como un ser humano. En México quemaron vivo en Auto de Fe a un gallo que había puesto un huevo. Y en Chuquisaca un sujeto que se había abandonado a actos de sodomía con una burra. ¿Perdón pedís? ¡Para ti no hay perdón de Dios!, le gritó el Notario del Santo Oficio que tomaba nota del cumplimiento de la sentencia dictada por el Dignísimo Tribunal. ¡No me dejen solo con mi muerte! Comprendió el verdugo que había que actuar y con un fuerte empujón, el condenado, sin soportes en los pies, se balanceó con ligeros sacudimientos convulsivos. Era el momento culminante del bravo espectáculo y la muchedumbre se estremeció. El pintor seguía las líneas de su modelo. Sin duda el tullido Bigardo era fuerte y aprovechando su energía vital trataba de resistir. Sorprendido el verdugo pensó que quizá el nudo se habría corrido. O era el peso mínimo de su raquítico cuerpo, prodigado en tantísimos favores, que le permitía sobrevivir a la asfixia. Las angustiadas muecas del mar-

tirizado no escapaban a la atenta observación del pintor. Un demandado debía morir al instante, máximo en dos segundos, algunos resistían hasta tres retardando el lento estrangulamiento. Pero este endemoniado Bigardo ya iba por los cinco segundos. No era una persona común sino un ser excepcional. El nudo era el secreto de la horca, pero si fallaba ahí estaba presto el verdugo con sus fueros. ¡Gracia para el reo que es cristiano Español!, pidió una voz fuerte y vigorosa. Y de inmediato se formó un coro de solidaridad que pedía indulto para el ahorcado que no podía morir. Los Gallegos, las Portuguesas, los Criollos, las Cholas, los curas doctrineros. ¡Clemencia, perdón, absolución! El Notario del Santo Oficio había desaparecido. En las ventanas del Corregimiento y del Cabildo las autoridades de rostros adustos parecían invitados de piedra. Antes de que la solicitud popular se convirtiera en un amenazante clamor, el verdugo se lanzó contra el condenado que se resistía a abandonar el mundo terrenal. Le dio un fuerte puñetazo en el estómago, se colgó de sus piernas y sintió el crujido de las vértebras cervicales que se desarticulaban. ¡Perdón, indulto, clemencia! Mientras reo y verdugo se colgaban la multitud seguía clamando. Todos vieron con estupor que el cruel sayón, después de dar dos o tres últimos tirones al cuerpo inanimado, se desprendió sonriendo con cinismo. Estaba cumplida la faena. Empero grande fue su sorpresa cuando vio que los coléricos Mestizos y turbulentos Criollos escalando el tablado se lanzaban contra él con furor salvaje. ¡Asesino! En manos de los alzados aparecieron piedras y palos y cuchillos. Y entre gritos de confusión fue agredido con saña. Le di dos palmos de daga en las tripas, afirmó después el mendigo Aragonés y le escuché decir Dios me valga. En medio del desorden el cadáver del abusador fue entregado por los facciosos a las trescientas sesenta Indias y se llevaron de reliquia la soga del ahorcado. Y todas aquellas mujeres, como kantutas desamparadas, enfermas de irrealidad, en sordo mur-

mullo, como un lejano zumbido de abejas, lloraban al unísono la muerte de su hombre y llamaban a la divinidad que lo ve todo. ¡Tukuyrikuj! ¡Tukuyrikuj! Enternecidas como una cálida promesa, querían probar con sus actitudes destempladas que una más que otra había sido leal y cariñosa y, por lo mismo, la preferida del Bigardo. El deber de Tukuyrikuj era señalar a la verdadera amada-amante y la única que tenía el privilegio de suicidarse para acompañar el alma de su dueño y señor hasta la otra vida. Había tanto cariño y tanto amor y tanta lealtad en aquel concierto de las trescientas sesenta vírgenes perdidas que la divinidad que lo ve todo no pudo discernir si ésta o aquélla era la preferida del corazón múltiple del Bigardo. ¿Wayra? ¿Pauqara? ¿Qöyllur? ¿Chipana? ¿Warisa? ¿Qöya? ¿Wira? Las trescientas sesenta mujeres lo comprendieron así y ya no exigieron nada más de Tukuyrikuj. Y escandalizando al sol una por una fueron atravesándose las gargantas con las agujas de plata en forma de cucharas que ligaban sus negros acus. Habían decidido no abandonarlo justo en el trágico momento en que se disponía a ocupar su lugar en el sendero del Wakayñán. Transformadas en mártires se hallaban diseminadas en la Plaza del Regocijo como estatuas libradas de sus pedestales. ¿Renunciar tantas a la vida por un hombre?, se preguntaban asombradas las Portuguesas, pobres Indias de conciencia atormentada. Y sorprendido vio el Pintor Albino que el padre Antonio de la Asunción lloraba con el rostro entre las manos balbuciendo tantos hechos, tantas pasiones, eso es amor, eso sí es amor. ¡Dios mío, quiero yo también vencer la cobardía y la muerte! ¿Eh, qué? Padre Antonio, le tomó del brazo alarmadísimo, ¿te sientes mal acaso? Perdóname, respondió descubriendo su semblante desolado, soy el negligente postrero que ve con los ojos del espíritu el extraño coraje que genera el amor, la fuerza del amor. ¡No te entiendo, padre Antonio! La verdad que ni yo me entiendo, pues estoy en fuga de mi propio pensamiento...

CAPÍTULO III

Que trata de la ingrata resolución del cura nostálgico de tocar la quena prodigiosa metido cabeza y manos en una vieja y grandísima ánfora.

Sollozaba la quena. Liberados los sonidos mágicos —entre la aurora y el crepúsculo— abandonaban la mansión del suburbio para ir a alojarse en la mente y el corazón de los pobladores de la Villa. Algunos vecinos escuchaban con los ojos cerrados como si se tratara de la trompeta del Juicio Final y otros tapándose los oídos consideraban suficiente el frenesí de pavor que les producía. Fueron con sus quejas mordaces hasta los estrados del Corregimiento viendo con sorpresa que los Alguaciles se reían de buena gana. A nadie se le puede prohibir tocar flauta indígena, vengan vuestas mercedes con denuncias de mayor miramiento. ¿No escucharon el Edicto de las Delaciones? Sí, que escuchamos, pero el padre Antonio de la Asunción oye lo que no tiene que oír en la mansión del suburbio. ¿Y se puede saber qué oye? El llamado de los muertos. En la chichería de los Potocos los alegres parroquianos le sugirieron al religioso que, para evitar la zarabanda que producía su instrumento, debería tocar metido en un cántaro. Ya no caminará en el aire el yaraví como fantasma vaporoso. Esta sugerencia estaba lejos de estimar como una broma pesada. Sí, tata Antoño, jaja, podías utilizar el puytu más gran-

de de la Villa, que ya de poco o nada sirve por viejo y hediondo y le mostraron un ánfora inmensa y mugrienta, tiene el asa rota. Y no sólo el asa, Potoco, también está desportillada la posadera y por todos lados. No exageres, tata Antoño, y sin notar que se reían por lo bajo. No estoy exagerando. . . Lo queremos tirar al vaciadero pero si quieres llevártelo no hay ningún impedimento. Y el fraile vio que por la rotura podía entrar su mano izquierda y por la embocadura su cabeza íntegra, faltaría otro agujero para su mano derecha. Eso es sencillo, replicó el gordo Potoco, porque se le puede hacer una quebradura con facilidad, espera un poquito y fue en busca de una piedra filosa. ¡Cuidado con romperlo! Bah, yo soy diestro quebrador de puytulitos y si no que lo digan las imillas mukudoras. ¡Pues tanto va el cántaro a la fuente que al fin se rompe! Y riendo el chichero le hizo la grieta al ánfora. Qué les parece, ¿no decía yo que era experto? ¡Bigardo y medio! Portentoso, opinó el fraile mientras extraía de los pliegues de su vestidura talar la ososa quena. Feliz por el espectáculo, el chichero le ofreció una silla para su comodidad. Gracias, así no más tocaré. Cabeza y brazos tragados por el puytu aparecía sólo su cuerpo embutido en la sotana. Los alegres parroquianos reían a mandíbula batiente. Para gozar de esta representación alguien propuso llamar a la chichera y a sus hijos que se hallaban en las chajas. También los hijos festejaron las ocurrencias de tata Antoño ante el enojo materno. Esto no se le hace a un sacerdote, reclamó, es pecado mortal. Déjalo, respondió el Potoco, está probando si puede de este modo evitar las quejas del vecindario que por lo demás son justas. ¡No, no puede ni debe tocar así! Ñuqa tuta kani, cchintamin munani. . . Si es su gusto qué carajo quieres hacer tú, ¿eres la Chola de este endemoniado supayníyoj? Lo que me hago decir con este bocasucia. . . En medio de las tinieblas impregnada de hedores resonaba otra vez la quena prodigiosa. Diciendo secretos el fraile trasladó su espíritu al mundo de

gratas sensaciones. Dios mío, todos quedaron paralogizados. Formidable manchay puytu. Sí, monstruosa ánfora del miedo. O del terror. Es lo mismo. Y cuando el cura apartó las manos y la cabeza ¡Sécate el sudor, tata Antoño! vieron que se hallaba satisfecho de la prueba. Me gusta, dijo. ¡Maravilloso manchay puytu, dirás! Meta no más terror de manchachikuni a las almas descaminadas que tanto abundan, dijo el parroquiano más locuaz. Sortilegio que perturba a los infatuados. . . Sí, tata Antoño, en esta vida hay que ser como San Jorge o San Lorenzo. O matas al dragón o el dragón te achicharra. ¡Ya que me habéis asado de un costado volvedme del otro lado para asarme del todo! Me llevo el puytu, ¿cuánto me cobras, Potoco? Nada, tata Antoño. De ninguna manera, yo puedo pagarte y de sus anchos bolsillos sacó tostones, tomínes y cuartillos que no llegaban a un peso. Y el chichero sonrió con picardía si insistes puedes hacerlo con tu profesión de fraile. Cien Salves como cabellos de Ángel y cien Credos como tamarindos frescos por mi larga vida, jaja, ante la Imagen venerada de San Nicolás de Tolentino, Santo de mi devoción. ¡Tatay yachan, nuestro clérigo sabe! Postrado de hinojos rezó el religioso llevando la cuenta en el rosario. Al concluir, casi exhausto dijo amén, ya está pago y besó los pies de la Imagen Milagrosa. Y cargando en sus espaldas el inmenso puytu ¡Déjenme, déjenme, aún soy joven, mi cara tan sólo está marchita por las penas! atravesó las calles de la ciudad, observado por los Indios que descansaban en cuclillas acullizando coca, es parte de mi penitencia, ¿entienden? Y no pudo dar un paso más; en mitad de la vía lo detuvo un cura. Levantó la cabeza lentamente y lo miró ofuscado por el cansancio. ¿Quién eres? Y el inoportuno se rió de buena gana. ¿No me reconoces, Antoñito? Válgame Dios, soy Felisberto, el capellán de los presidios de Chile, ¿por qué te tiemblan las manos? Y el cántaro se balanceó en sus espaldas tratando de venirse abajo. Después de un largo trote y galope, haciendo etapas

en lo alto de las cuevas y rezando al pie de las cruces en las apachetas, había llegado a una posada con pulpería reputada por cómoda y próspera. Y allí estaba él. Voy a la Villa Imperial, le explicó. Jovial fraile hablaba con énfasis, convencido de la justeza de su pensar como si en él se le fuera la vida. Sonriendo le recordó la laudatoria de Lope de Vega: Y luego en la Provincia de Los Charcas, / Aquel famoso Porco / Que tiene tantas almas en el Orqho, / Monte preñado de inexhaustas minas... Y hablaba sin parar de su tierra natal, Andorra la Vella. Los mulos del valle de Andorra son los más apreciados en España y en Francia. En verano las montañas son verdes y aparecen los pastores seminómades de Cataluña dispuestos a alquilar una superficie para que sus reses puedan pacer. Buena y rica ganadería tiene. El mejor negocio consiste en comprar ganado flaco, como quien dice muerto-de-hambre para engordarlo en verano y venderlo después con buen provecho. Es común que los pastores Andorranos dejen sus hogares cuando llega el estío y vivan mejor, junto con su ganado, en la cima de las montañas, donde han edificado casas de residencia veraniega. Y comieron y bebieron en la pulpería de la posada como viejos amigos. Sitio propicio para toda suerte de confianzas, el padre Felisberto dijo el amor tiene una sola cara y un solo lenguaje. No soy manca ni coja, Felisberto, ni estoy estropeada del entendimiento, se me confesaba una Chilena en lengua de Indios. Y nunca estuvo temerosa que la pasase y repasase pecho contra pecho, boca contra boca, alma contra alma. Dios me ampare, Antoñito, no era tan mala la fatal varona que me martirizaba... Voto a Cristo, no se las debería enterrar en tierra sagrada a esta clase de Chilenas. Insistió el padre Antonio en mirarlo fijamente. Y respondió con astucia, sin posibilidad de ser replicado: ¡No te conozco! ¡Nunca te he conocido! Y siguió su camino derecho, con los ojos clavados en el suelo hasta llegar a la mansión del suburbio. Como una sombra en las

muerto vive y reina. Aquí adentro tocaré para que no me incomoden los villanos que andan prestos en el Corregimiento y cualquier día llegarán insidiosos hasta el Santo Oficio de la Inquisición. . . ¿Qué te parece, mamita linda? ¿Verdad que es magnífico? Y acomodó el pesado y viejo cántaro cerca de la imilla. Así es mi destino, suspiró tristemente, de olvidado hijo del Cielo. Dentro de la desmesurada ánfora comenzó a soplar la quena y el concierto de gratos sonidos fue imbuyéndose en la atmósfera de la habitación para después filtrarse al exterior. Salía de todos los resquicios la dulce y a la vez terrible composición que hablaba de sus anhelos frustrados. Más sorprendente y más conmovedora. Ñuqa tuta qani, cchintamin munani, llákiy kani, yuyayninta munani chinkarichiyta, yo soy noche sin fondo, soledad sin término, la carne misma de la angustia en fuga de su propio pensamiento. El cura le prodigaba su alma sin tasa ni medida. El amor. El tremendo significado del amor. Los ojos claudicantes de la difunta cobraban un matiz singular. Sonreía.

CAPÍTULO IV

Donde se cuenta cómo Indios insurreccionados ocupan la Villa Imperial de Potosí para que el vecindario ponga en admiración a la posteridad de los siglos al último legítimo heredero de la dinastía Incaica.

En aquella aterida madrugada, al primer estallido de pututu anunciador de conmociones, los Españoles pensaron que había llegado otra vez el momento de las armas. Abandonaron con presteza a sus mujeres —con quienes se recreaban en anchas cámaras— y corriendo las cortinas observaron desde las ventanas enrejadas que la Indiada era dueña de las frías y estrechas calles. Tan rápida y sorpresiva había sido la acción que no dio ninguna oportunidad de escape. ¿Y qué hacían los Corchetes y Alguaciles? Los acaudalados encomenderos y azogueros que no pudieron utilizar sus recias cabalgaduras para huir, no atinaron más que a cerrar herméticamente las puertas de sus casas ¡Voto a Cristo! temiendo lo peor para sus especias de plata sellada, oro en barras, piñas... ¡Pongan las firmes aldabas y amontonen los parapetos más resistentes para que no ceda ante ningún empuje avasallador! A los Indios sublevados les acompañaban en la saga las warmis y las wawas llenando el aire de la Villa con sus pestilencias. Databa de tiempo atrás aquel clima de rebelión. Se había manifestado en rumores exagerados primero y después en pasquines sub-

veráivos pegados audazmente en las cercanías de la Plaza del Regocijo. Hablaban de sacudir el yugo del ajeno Rey coronando al verdadero. La otra noche las rondas de Corchetes habían aprehendido a un pasquinero y sancionado por el Corregimiento con cien azotes en plaza pública. No obstante, la insolencia y el atrevimiento seguían menoscabando el sistema, al extremo de incitar a la violencia extrema. *¡Levantarse Americanos: tomen armas en las manos y con osado furor maten sin temor a los Ministros tiranos!* Llamaban con el macizo aldabón a la puerta. Lo sentía como entre sueños de hondas pesadillas y urgencias hasta que despertó. María Cusilimay tenía la cabeza recostada sobre su hombro. El tiempo mágico y secreto de los amantes. Dificultosamente levantó el brazo entumecido que rodeaba el cuello de la difunta, que nunca como ahora necesitaba del oscuro silencio para reposar. Permaneció contemplándola largo rato sin osar despertarla. No quiero robarte el sueño de los ojos, mamita. Un poco más y derriban la puerta. ¡Ábreme, padre Antonio de la Asunción!, escuchaba. Se vistió con la sotana tirada en el piso y cubrió la espalda con una manta vieja.

—¿Quién eres? —preguntó con voz llena de rabia bajando la escalera con desgano.

—El padre Teódulo de la parroquia de San Lorenzo.

—Ah, ¿y qué quieres?

—Un violento sismo atraviesa la ciudad de un extremo a otro y es imperioso que me escuches.

Abrió la sólida puerta con supina desconfianza y el padre Teódulo con el semblante aterrado le comunicó que había un alzamiento. Cual Sarracenos millares de Indios habían copado la ciudad movilizándose no sólo de los caseríos de Thurucancha, Kayara y Miraflores sino de los ayllus de Porco, Mondragón, Chayanta, Cantumarca, Lloqalla, Pilaya y Cinti. Llevaban banderas de diferentes colores, wiphalas agitadas por vientos de temeridad.

—¿No oyes el bramido del pututu que ha enmudecido a las campanas de las treinta y tres Iglesias?

—Ah sí —enarcando las cejas—. ¿Y nada más tienes de decirme?

—Por supuesto que no. El Obispo convoca con urgencia a todos los sacerdotes para que convengan a los insurrectos que toda violencia será perjudicial para ellos, exhortándolos a abandonar presto la Villa.

—¿Algo más?

—¿Te parecen poco estas cuestiones?

El clérigo movió la cabeza con incredulidad, en verdad que yo sólo estoy para penas y arrebatos... Pues ese problema es neto y exclusivo, pensó, de los arcabuceros del Rey, pues mi tranquilidad vale un Potosí.

—Realizaremos una procesión con la Imagen Milagrosa de la Virgen María...

Cuando retornó a la alcoba del pecado, hacia la tibieza de la concubina que lo esperaba, vio que en reposo inestable descubría sus ojos.

—¿Escuchaste a ese latoso? Dice que está estremecida la ciudad con un aluvión de guerreros...

Y la difunta calló, replegada en el orgullo de su silencio.

—Yo sé que no quieres hablar por no comprometerte —se rió con ironía cruel—, mi yanacarita linda, warmíchay —le arregló las gargantillas de piedras preciosas y le cubrió los senos desnudos.

La gota que colmó el vaso. Cuando los Vascongados llegaron a saber que los Andaluces, Asturianos, Toledanos, Cordobeses y Sevillanos habían dicho que las mujeres no les acudirían para nada, respondieron de aquí en adelante sus mismas mujeres nos han de servir en la mesa y en la cama. Vanos fueron después los llamados a la cordura. El Rector de la Compañía de Jesús desde el púlpito recordó a los Españoles —de vanidades hidalgas— que el Señor los había colmado de los

bienes de la parte más hermosa del mundo para que los usaran piadosamente sin enredarse en querellas fraticidas, muriendo tras la feroz golpiza que recibió a modo de respuesta. Identificado como cabecilla del atentado el violento caballero Don Xeldres, la Iglesia lo excomulgó. Y desde algún lugar secreto el prófugo —perseguido por la horca— dirigió un atrevido mensaje a los hijos de todas las naciones. Dejaba en manos de Don Luis Antonio de Valdivieso la jefatura del movimiento que tenía el propósito de expulsar de Potosí a los señores de campanillas, hijos de la engreída tierra Vasca. Aconsejaba matar a las autoridades influyentes como el general Juan de Urbieta, capitán Francisco de Oyanume y el Veinticuatro Pedro de Berastegui, usurpadores de la plata del Sumaj Orqho, ricos azogueros y mercaderes a costa de los Indios y no temer los apremios del Corregidor, Alcaldes Ordinarios y Audiencia de Chuquisaca porque pasarían por el filo de sus espadas. ¡Quitadles las piñas de oro y plata, joyas y haciendas y distribúyanse todo entre los que ayudaren a la expulsión! Y se marchó a España para pasar luego a Roma y tramitar la absolución de Su Santidad el Papa. Entre los temibles penden-cieros, que les agradaba luchar por la ventolera de los regionalismos peninsulares, el mensaje de Don Xeldres fue una virtual declaración de guerra. En las Juntas —unánimes con los Criollos— se resolvió adoptar el distintivo de un gorro de lana de vicuña con cinta tornasol y plumaje rojo. *¡Y con osado furor maten sin temor a los Ministros tiranos!* Pero contra todas las predicciones no hubo la violencia que se pretendía. Ausentes aún del escenario las autoridades del Corregimiento y del Cabildo resolvieron esperar con la espada en los ojos. ¿Reprimirlos? No, todo se haría a su tiempo. ¿Quiénes eran los cabecillas? Cooperaban con los Indios los Mestizos más indigentes. ¿Están otra vez los Nativos dispuestos, como en los tiempos de Don Francisco Hernández Girón, a alimentar las piras de las hogueras?, se preguntaban irritados

los viejos encomenderos. ¡Pues Dios me asista si no han esca-
rmentado nada en tantísimos años! Tenían conciencia de
sus dos enemigos potenciales —los Indios y Mestizos— y tra-
taban de evitar que en el juego interviniesen los Criollos, sus
hijos nacidos en Potosí, en el Nuevo Mundo. ¡Si adhieren a la
Indiada y al Mestizaje les cortaremos las orejas! Pero hoy
veían con indisimulado dolor que algunos Criollos, igual que
los Mestizos, renegando públicamente de sus padres, acullica-
ban coca, vestían trajes Indios de terciopelo negro con ricos
sobrepuestos de oro y hablaban a voces el llamado lenguaje
del hombre. Qayna qaynamanta willarqayki, hace mucho tiem-
po te dije. Trataban de ser Aborígenes, superar siglos, dis-
tancias y generaciones innúmeras que los separaban. Y los
Aborígenes querían ser Europeos con calzones anchos de lienzo,
acuchillados en las piernas y abiertos a trechos, phalkas, por
donde asomaban otras telas de diferentes colores. ¡Válgame
Dios! Abriéndose paso entre la multitud —pobres rostros sin
límites— que fluía por las calles como un torrente crecido, el
padre Antonio de la Asunción, arrinconado en el fondo del
barrio de los Gallegos, decía con palabras que más parecían
ladridos:

—¡Insolentes y atrevidos Indios herejes, están causando los
enajos del Señor con sus perversas intenciones! ¿Me escuchan?
¡Los que ofrezcan sacrificios a Dioses extraños serán exter-
minados!

—Para hablar no necesitas prestarte otra lengua, tatacura
—le respondió el Indio que hacía de caudillo Jilacata—. Há-
blanos en Runasimi.

Lo miró atentamente. Llevaba un llautu de mando en la ca-
beza, cual Atawallpa redivivo. Sus ojos relucían malignos y
burlones.

—Te conozco rebelde —le dijo en quechua—, eres el Indio
Tola que viene alzando Aborígenes desde el caserío de Tres
Cruces. . .

—Basta ya, tatarura, vuélvete a la mansión del suburbio de inmediato, tú no tienes nada que hacer en esta cruzada contra la tiranía esclavizadora.

Y el clérigo le replicó:

—Servirás al enemigo que Dios te ha enviado, en hambre, y sed, y desnudez, y toda penuria: pondrá sobre tu cerviz un yugo de hierro, hasta que te quebrante; porque ha traído el Señor sobre ti una gente de los últimos confines de la tierra, semejante al águila, que vuela con ímpetu, cuya lengua no podrás entender; gente procaz, y cruel, que no respete al viejo, ni tenga misericordia del pequeño. ¿Entendiste, hereje?

Centenares de hombres se alistaron para el culto del coraje. Las primeras milicias de Vicuñas designaron a sus capitanes y con ayuda de Mestizos y Criollos ultimaron al general Juan de Urbieta. Y en poco tiempo la violencia civil arrojaba cifras espeluznantes. Los muertos Españoles, Mestizos, Negros, Criollos e Indios pasaban de mil, los heridos de seiscientos, las pependencias de quinientas, los asaltos a casas vecinas y otros denuedos y atrocidades a ciento y pico. Renunció el Corregidor y designado en su reemplazo el general Felipe Manrique. Para evitar que se propagara la sedición impuso el toque de queda y en tenaz represión colmó las cárceles con centenares de Vicuñas, de los cuales seis —uno de ellos el Comandante Andrés Sarco, llamado el Pastor, natural de Andalucía— fueron llevados a la horca cubiertos con el sambenito de la infamia y los gorros de lana con cinta tornasol y plumaje rojo. El grueso de Vicuñas huyó a Ulti, un caserío cercano a la Villa transformada en cuartel general. Cuando estimaron que la paz había llegado, el represor, en posición de privilegio, sucumbió a las tentaciones de la Triple Ve y de los negocios sucios. Los víveres y objetos de valor que secuestraba de los vecinos —con el pretexto de que pertenecían al bando de Vicuñas— los vendía a precios de provecho. Mientras acaparaba y negociaba con la coca de Indios y mitayos, los rebeldes en Ulti elegían

un nuevo Comandante, Francisco del Castillo, el mozo más simpático e inteligente de aquellos tiempos, quien escuchando los clamores del pueblo entró subrepticamente con un comando de doce Vicuñas a la ciudad. Era de noche y el general Manrique bebía vino y jugaba a la varaja con los ricos azogueros Vascos. Eliminada la guardia fue acosado en medio de los suyos. Se tocaron trompetas y campanas y se lanzaron al aire disparos de arcabuz saludando su muerte. Conducidos en baúles herméticamente cerrados huyeron el capitán Oyaynume y el Veinticuatro Berastegui y en Chuquisaca contaron con lujo de detalles la rebelión de los Vicuñas. ¡En esta algarada se llevaron a las mozas de buen ver, todas Vascongadas!

—Dios ha introducido la esclavitud en el mundo como una pena del pecado —añadió—, querer suprimirla sería oponerse a Su voluntad. La misión de la Iglesia no es la de hacer libres a los esclavos sino la de hacerlos buenos.

Los Mestizos y los Indios reían a carcajadas. Alguien dijo que el fraile parecía un cansado wachi torito de las corridas de la Plaza del Regocijo. ¡Hasta los que nunca habían reído delante de sus señores! Lo vio claramente en los labios y las pupilas blancas de aquellos rostros oscuros. Quienes habían perdido esa lozana costumbre, lo hacían ahora como niños.

—¡De mí no se ríen los Indios ni los Mestizos sediciosos, maldecidos por Dios Nuestro Señor!

Y le respondieron extrañamente irrespetuosos:

—¡Tu Dios, Indio traicionero, no es nuestro Dios!

—¿Qué blasfemia es ésta?

—Mejores son nuestros Dioses Nativos que tus Dioses Extranjeros. . .

El Jilacata que lo había enfrentado pidió a los rebeldes que calmasen sus arrebatos. Les recordó que años atrás el Virrey Mendoza había abolido —mediante Cédula Real— la servidumbre y esa actitud alborotó los ánimos de los Españoles y provocó el levantamiento del sanguinario Francisco

Hernández Girón. Era en el mes de la Ayamarqay kila...

—Yo tengo instrucciones precisas de nuestro Inca, legítimo dueño y señor de estas tierras, de que se respeten los templos y los sacerdotes. Nuestros afanes no están alentados por odios personales y mezquinos sino por el gran ideal de reparar agravios. Así que, taturá, Indio como nosotros, márchate de prisa a la mansión del suburbio donde vives y te espera la dueña de tus pensamientos...

Así se expresó el Indio Tola, llanamente, como si dijera tranquilízate, cura supaynýoj, que no te acusamos a la Inquisición del Santo Oficio por convivir con una difunta.

—¿Acaso hice algo contra la Fe? —preguntó angustiado y al no recibir respuesta añadió sangrando por su herida abierta—: ¡Sepan insolentes y atrevidos facciosos que sólo Dios Todopoderoso tiene derecho a juzgar la vida de los hombres! —y se alejó de la turba sin aliento, cual cuervo mojado, acullicando palabras—. Uno es libre de elegir sus sueños o sus pesadillas...

Alarmada la Real Audiencia de Charcas envió a Potosí a uno de sus Oidores más conspicuos, Don Muñoes de Cuéllar, disfrazado de sacerdote. Posicionado en las Cajas Reales de la Villa mandó alistar en secreto cuatro mil Españoles y esperó la llegada de quinientos de Cochabamba, cien de La Plata y doscientos de Oruro para terminar con los bandidos. Esta determinación encolerizó a los Vicuñas que resolvieron llevar la tempestad hasta la Audiencia. Y la ciudad de la nobleza más encumbrada fue presa del terror. Movilizaron para la defensa civil cinco mil Españoles ayudados por ocho mil Indios, buscaron asilo las mujeres en los conventos, las casas se transformaron en fortalezas y los tesoros fueron a los escondites más insólitos. Todos los horizontes se hallaban amotinados. La Real Audiencia envió al general Moncada con un efectivo de cincuenta arcabuceros para apresar a los Vicuñas que mero-deaban en Konapaya y el Comandante del Castillo les cayó

en la Quebrada de Negrotambo degollándolos a todos. ¡Mano a la espada y estoque recio! Y amaneció la ciudad con las cabezas de Moncada y sus soldados depositadas en los portales de la casa del Presidente de la Audiencia. Cuando los Vicuñas se disponían a dar el último golpe —tomando bajo control absoluto la Villa o destruirla— salió una romería de la Iglesia de Nuestra Señora de las Mercedes con su prior a la cabeza. Mujeres, sacerdotes, niños, monjas y ancianos. Avanzaron llorando hacia las posiciones rebeldes precedidos por el Sacramento del Altar al descubierto. ¡Los Vizcaínos ya no cuentan, quedan sólo las mujeres y los niños! Y Dios Misericordioso hizo que los Vicuñas convenieran en dejar el oficio del coraje, retornaran en paz y concordia a la ciudad única para vivir en pacífica convivencia con los Vascongados y tomaran mujeres recíprocamente. Los clanes Españoles ya no mancharían de sangre las calles de Potosí.

—¡Apaychaj, apaychaj! —llevaban con descaro palos, lanzas y cuchillos capaces de convencer a los más duros tiranos.

En sus pesados bultos las warmisapas, mujeres solteras de cabellos largos y sueltos, sin tocado alguno, cargaban piedras pequeñas, redondas y filosas, sacadas de las orillas del río, para que los Indios de ojos llameantes, onderos imperiales, utilicen en las waraças guérreras. Dispuestos se hallaban para el sacrificio armado. Esperaban que salgan a las calles los arcabuceros del Rey, Chapetones y Pukakunkas de innobles intenciones. Este mudo vendaval era la cólera del nuevo tiempo. Los arcabuceros no salían aún porque estaba en diligente actividad la vanguardia de curas doctrineros con lágrimas, súplicas y demás actos piadosos tratando de conmover a los insurrectos. Convocado por los pututus Su Ilustrísima, el máximo conductor de la grey, había salido también a las calles con aire enfadado. Y en las puertas de la Iglesia Matriz, bajo la augusta protección de la Milagrosa Imagen de la Virgen Santísima, se reunió con los caudillos de la asonada.

—¡Parlen, parlen! —les dijo blandiendo el báculo amenazador, quizá sus años ya no le permitían ser bonachón ni di-charachero.

Y los Indios —atrás los Mestizos y Criollos— encabezados por el caudillo de Tres Cruces, con respeto, cortesía y deferencia al rango que ostentaba, le dijeron que lo único que pedían era que la posteridad admire y reconozca como Inca actual al legítimo heredero del Imperio del Perú, el gran Tupaj Amaru. Sabía el Dignísimo Prelado de que lustros atrás el Virrey Toledo, para detener la violencia sombría de los Andes, había ordenado quemar en la Plaza del Regocijo del Cuzco, al último descendiente de la dinastía Incaica, Tupaj Amaru. Tan así era que cuando retornó a España Felipe II lo recibió diciendo os mandé a las Indias no para matar Reyes sino para servirlos. ¿Y entonces de dónde provenía el nuevo Tupaj Amaru que necesitaba ser admirado por la posteridad secular? Serenando su ánimo respondió, con voz agria, que sí tal cual solicitaban reconocía a ese miserable bellaco, impostor y rebelde, qué ventaja obtendría de los Naturales injustamente alzados. Nos retiraremos de inmediato, Ilustrísima, le replicaron, a nuestros ayllus y caseríos para seguir adheridos pacíficamente al esfuerzo de la tierra a fin de garantizar el sustento de todos los días y por los tributos irrecusables en favor de Su Majestad el Rey. Sonrió el Obispo complacido y habló después, paternalmente, con voz pausada, vieja y reticente que a instantes difundía dulces arpegios cuya sonoridad quedó grabada en la memoria auditiva de los Indígenas.

CAPÍTULO V

Que trata de sucesos que acontecieron en las puertas del cielo cuando intentaba el padre Antonio emitir un mensaje a la otra vida y termina en la casa de Pedro el Escultor quien le brinda un cántaro para expresar las angustias de su esperanza.

Su corazón palpitaba de impaciencia. Ascendía resoplando. De pena en pena y de fracaso en fracaso iba en pos de su última esperanza. Hasta ahora todo había sido una búsqueda inútil. Un desvarío. Le oprimía el corazón la atmósfera enrarecida de la altura montesina. Ahí estaba la soledad fundamental —el silencio, la voz de Dios— llena de oscuras admoniciones. Al llegar a la cima de aquel triángulo macizo recordó al Indio Wallpa en el fondo de la noche y frente a la fogata para combatir el frío exclamando photojsi, ha brotado. Contempló extasiado el paisaje pintado de rojo esplendor. No sin fundamento había pergeñado alabanzas el Cronista: Emperador de los montes, rey de los cerros, príncipe de los minerales, clarín que resuena en todo el orbe, monstruo de riqueza, imán de voluntades. . . Algunas mañanas lo cubría un manto de nieve como vellocino y en la Villa todos respiraban chujchus por el frío intenso. Palpó las blancas nubes que se desplazaban obedeciendo el mandato del más allá. ¡Ay, Jesús, mi Jesús! Besó las mejillas del aire sin mancha, compartiendo la dulzura de las horas al raso. Estaba sin duda en las puertas

del cielo, frente al País de los Espíritus, a un paso del Waiyúñán. Allá abajo, en aquel rescoldo de colores que era la Villa Imperial, ardía el Infierno con sus doscientas mil almas desventuradas. Y cercada de la inconmensurable serranía de Karikari, recortando la serenidad del horizonte, la Laguna de los Dolores espejeaba como una inmensa lámina de plata. Bordeada de ingenios mineros las murallas de contención. La Cárcel de los Mitayos semejante a un castillo con murallas almenadas. El Puente de los Milagros. Y a lo lejos el escondido vallejo de Tarapaya. El misterio le fascinaba y lo recóndito le seducía. Tengo que postrarme de hinojos para implorar el milagro de Dios, legislador supremo del mundo. Y así, de buen ánimo, se dispuso a tocar la música del infortunio. En su casa noche y día, intemporal, viendo a su concubina muerta, tocaba la quena puytu adentro. Y el rostro de la difunta adquiría una vivacidad insólita. Pero aquellas melodías que deberían expandirse hasta la otra vida quedaban mortalmente aprisionadas en el ámbito. Una barrera infranqueable se había formado entre las ánimas de los amantes. Separados los ojos de su mirar, el alma de su cuerpo. ¡María, María Cusilimay, revive mamita, quien te lo pide soy yo, yaya Antoño! La imilla viviendo la muerte y el clérigo muriendo en vida. Pero ahora, desde esta nueva perspectiva —¡las puertas del cielo!— era lógico que el alma de María Cusilimay tenía que escucharlo y reconocer, es yaya Antoño quien sufre y me llama, le hago falta y mi deber imperioso es ir donde él se encuentra. Como la mujer de la leyenda. Retenida contra su voluntad en el camino de la montaña, le imploraba al Español de la Conquista: Señor, déjame ir adonde voy. Aquella quena que toca en la colina más alta del cerro es para mí. Me llama con tanta ternura. Déjame por tu vida que no puedo desistir de finiquitar mis sufrimientos. Quemando carámbanos del rocío el amor del corazón me conduce y me guía para que yo sea su mujer y él mi marido. Purisqán pa-

llani, llanthunta maskhani, voy siguiendo su rastro, voy buscando su sombra. . . De pie sobre la mole de plata la música de la quena prodigiosa levantó vuelo como el cóndor mitológico. Agitando sus enormes alas, frenéticas primero y después lentas, armoniosas y delicadas, como sumergiéndose en el piélago del espacio, hasta perderse en el infinito donde habitan las ánimas del Wakayñan para luego tornar en ecos profundos y resonancias gratas. Entablado aquel diálogo con la naturaleza y en un correveidile de melodías, en pleno delirio lacrimoso, el clérigo advirtió que María Cusilimay respondía a su requisitoria. Quedó absorto, atónito, le palpitaba el corazón. ¿Paymin sina wajyawasqan?, se preguntó, ¿es tal vez ella quien me está llamando? Dejó por un instante de soplar y los ecos de uno y otro confín tardaban en disiparse. . . Manan, se dijo, qenallan waqasqan, es tan sólo el llanto de mi quena. A las puertas del cielo sus ilusiones parecían desmoronarse otra vez. Luchaba en el vacío. Más allá de la suprema esperanza, más allá del Paraíso prometido. ¿Qué malaventura lo perseguía? Reino celeste y silente, espejismo del desierto. María, comprende que sufro tu ausencia colmado por la indiferencia de Dios. ¿Era una ruín mentira la resurrección de los muertos? ¿La inmortalidad del alma? Se ahogaba poniendo en duda la verdad fundamental del dogma. ¿La vida no es más que un relámpago que muere en la nada? El sol en el meridiano disparaba sus garfios encendidos. ¿Sólo existía el Fin, la Consumación, el Desenlace cruel y definitivo? ¿No le habría cruzado en el camino Junphurruna, el genio de las tinieblas, devorador de hombres, igual que Supay, el eterno enemigo, que todo lo corrompe y pervierte? Yo no vivo de expectativas antojadizas, Dios mío, están claros mis sentimientos. La resurrección de María Cusilimay es mi esperanza y mi redención. Salvándola me salvaré, por cierto. Existencia y subsistencia de un destino. ¡Creyendo en el milagro del cuerpo y del alma, Jesús estaba en el sepulcro esperando que Magdalena retirara

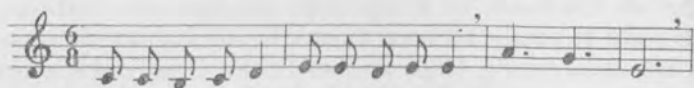
la piedra, llamándolo por su nombre, para entonces levantarse y volver a la vida! Comenzó a llamar con toda la fuerza desgarradora de su voz a su fugitiva hermana, amiga y compañera. ¡Ven, María Cusilimay, amor mío, a detener los relámpagos de la adversidad! ¿Me escuchas? ¡Soy yo, yaya Antoño, el que habla y quien te clama! Por convincente respuesta recibió un golpe en la cabeza y cayó de bruces al suelo pedregoso. No perdió el conocimiento y pudo incorporarse de inmediato. Un grupo de forajidos, con los cuerpos vestidos de desesperación, le arrojaban piedras acercándosele amenazadores. ¡Cura malagüero, véte de aquí, presto! Los miró atolondrado aún por la potente pedrada. ¿De aquí también intentan echarme?, se preguntó limpiándose la sangre que comenzaba a deslizarse por su rostro. Cobardes hijos del Demonio, les dijo mirando aterrado la sangre en sus manos, ¡pues peleen a puño limpio! Y los malvados de rostros torvos y actitudes insolentes le instaron a que se fuera antes de que lo muelan a mojicones y palos. ¡Si no te pierdes andas sin velas, cura malagüero, peor para ti! Nuevamente lo agredieron a pedradas, algunas dolorosamente impactantes y decidió escapar a todo lo que daban sus piernas. ¡Ay María! ¡María de nunca más! Descendiendo por el camino real del alma de su amada llegó rendido a la ciudad. Sin llamar ingresó a una casa de espacioso patio alarmando a los vecinos. Ay de mí, se dijo, estoy perdiendo el juicio por un puñado de incertidumbre, pues debo andar con cautela. . . ¡Por Dios, padrecito Antoño!, apareció Pedro el Escultor con su suegra, su cuñada, su mujer y sus hijos. Alarmados advirtieron la sotana empapada en sangre y el rostro desolado. Me atracaron los rufianes que moran en las alturas del cerro, seguramente escapados de la Cárcel de los Mitayos. . . No, padrecito, le aclararon, son los zingaros que hablan cantando, llegaron recién de Hungría, atraídos por las fabulosas historias que circulan del Potosí y en la misma montaña de plata se afincaron con sus mujeres y perros ama-

rillos. La esposa le alcanzó una batea de agua para que se bañara. Gracias, hija, mereces el reconocimiento del Señor por tu bondad. Es mi obligación, padrecito Antoño. A tiempo de recogerse las mangas de su sotana le preguntó a Pedro por sus esculturas. Cambié de ocupación últimamente, estoy ahora de batidor, tengo contrato con la nueva parroquia de Santa Teresa para revestir de oro los altares, púlpitos y muebles. ¡Uyuyuy, qué helada está el agua! Fría detiene las hemorragias y cauteriza las heridas, padre Antonio. Me recomendaron las hermanitas del Convento que trabaje con los carpinteros que están tallando escaños y repujando cueros, desde luego sin descuidar para nada las batihojas del dorado. Se secó el rostro y la cabeza con el paño que le prestaron. Ocurrírsele escalar aquellas desoladas alturas, podían haberlo acuchillado. Estoy seguro, Pedro, que como batidor de oro te enriquecerás... ¿Eh?, con tantos hijos y con mis necesidades a costas siempre digo el que nace pobre, así ha de morir. Cuando gano bien eso sí comemos como Dios manda, nos compramos una vaquillona y la cuarteamos... La carne que sobra rociada de sal la tiramos al techo para charqui. Mis hijos tienen un apetito colosal. ¿Cuántos son?, pues ocho y uno en camino. ¡Ocho y medio! Sonriendo expresó que al llegar a diez cerraría el obraje. Y el clérigo le preguntó si tenía capacidad de aguante. Le respondió que tomaría una Chola o una India puqösca. Para evitar el pecado de adulterio y consciente de las dificultades que se tiene de profesar honra y virtud. Discutimos con mi mujer y está de acuerdo con una Chola que no sea joven Chawaykamayuj, exprimidora... Las Cholas maduras y sensatas son especiales para esta clase de descargos. Ella sufre mucho por la cantidad de hijos paridos, es Churiqötu, es decir esposa prolífica, no se la puede tentar. Sírvase este vaso de chicha, padrecito Antoño, le ofrecieron las mujeres. Corroboró Pedro diciendo está preparada en la casa, no embriaga, elaboran el muku mi suegra y mi cuñada, salud.

Gracias, hijas. No hay de qué, padrecito. Visitaron el cuarto de los duendes. Aquí está la madreperla que encierra a la grandeperla. Tengo sobreproducción de Niños, mostré la cantidad de esculturas. El clérigo dijo con intención maliciosa que nadie le ganaba en hacer Niños. No me había dado cuenta, respondió riendo, tengo muchos Cristos Crucificados, están amontonados en serie. También Padres Eternos, a cual mejor. Estas Vírgenes de rostros tiernos y estos Santos felices se encuentran listos para ser vestidos. Aseguré tener mano prodigiosa, sus esculturas eran harto milagrosas. De este taller Potosino salen para los más remotos confines del mundo. ¿Sabías que los lienzos del Pintor Albino fueron a España? Sí, padre, se encuentran en Córdoba, en el Altar Mayor de la Iglesia de las Carmelitas Descalzas. *San Jerónimo azotado por los Angeles, El martirio de San Bartolomé* y otros. Sírvase la chichita, le va a caer bien a sus heridas, no le ofrecemos vino porque es muy fuerte y lo enloquece a Pedro. Yo admiro mucho su esfuerzo de artista licnobia, condenado a vigiliadas forzadas. Retornando al patio el religioso advirtió los cántaros formados en hilera y la cuñada le explicó que eran para guardar el agua de las lluvias. ¡Déjenme ver un momento, por favor! Sacó los tapones y opinó que eran grandísimos, estaban llenos casi todos pero uno parecía no tener una gota. Días atrás habían encontrado en su interior un sapo tan hinchado que era casi imposible sacarlo. ¿Me lo prestarían un momento? Sorprendidos asintieron y él les mostró la quena de hueso humano. ¿La conocen? Cómo no la iban a conocer, se trataba de la quena que se tornaba mágica en los labios. Les dijo que dentro del cántaro tocaría. ¿Melodías prohibidas, padre Antonio? Jesús mío, ¿por qué me has escogido a mí para sufrir tan terribles conjuros? Metidas la cabeza y las manos dentro del puytu no tardó en filtrarse el acongojado y melancólico yaraví. ¡Cuando pongo la cabeza en esta música recupero al instante la esperanza perdida! La suegra, la cuñada,

MANCHAY PUYTU

la esposa y Pedro el Escultor quedaron magnetizados por la emoción que los embargaba.



Manchay Puytu, expresó la vieja. ¿Qué dices?, preguntó Pedro. El ánfora del terror suscita, respondió en quechua, miedos telúricos, descarga el sentimiento, perturba y consume el alma. Aterrados los niños rompieron a llorar. Los perros se escondieron en los rincones. ¿Está loco el padrecito Antoño para tañer esta música diabólica?, reclamó la cuñada. ¡Él lo ha creado así! Y después de mucho tironearle de la sotana Pedro ¡Cuidado con asfixiarse, es alevoso el puytu! recién el cura se descubrió con los ojos iluminados por su tenacidad inmanente. Jánaj pachamanta, lliphíphej chaymanta, paymin sina wajyawasqan... ¿Qué está diciendo? Desde la eternidad, repitió, desde el origen de la luz, es ella quien me está llamando... ¿Y quién es ella?, le preguntaron impacientes y alarmados. La luna resplandeciente del cielo pétreo, respondió con el sueño desvelado, divina pasajera del tiempo, sus ojos se habían humedecido de lágrimas, a quien le prometí ser fiel con toda la capacidad de amar que posee mi sufrido corazón.

CAPÍTULO VI

Donde el clérigo confiesa mostrarse decepcionado y resentido por el mal comportamiento y felonía de la que fue su equívoca concubina y pide el perdón de Dios para brindarle otra vez sus tributos de sumisión.

Soy un infortunado guerrero del vacío herido de soledades. Un pecador hundiéndose en la indiferencia de un mundo muerto. Me he alejado de la gracia de Dios convirtiéndome de hecho en una bestia acosada. Con celo desenfrenado y en tempestad de cópulas, con hedores y sudores, urdiendo asimetrías con una fría difunta. Profundamente enajenado, tristemente ciego en busca de una ventura que ya no existía. Gimiente y cobarde por lo demás. ¿En qué malvado instante pude rendirme a sus afectos cautelosos? Arrodillado para adorarla, la contemplo por días y noches, por semanas y meses a esta imilla frágil y nauseabunda, diminuta y fea a pesar de la bondad de Dios y no puedo creer que en sus ojos claudicantes, fanales sote-rados, anida una jauría con ansiedades desmesuradas. Y tampoco puedo rendirme a la evidencia de que estas dos manos mías ungieron con bálsamo sus pies, perfumaron su aliento y cubrieron su desnudez aturdida. Ah, efluvios profundos de juventud, cómo he envejecido de experiencias. Las costras de su cuerpo día a día, como asunto del Diablo, parecen transformarse en púas virulentas. Oh, Dios del universo, ¿es esto

el mundo? ¡Tengo miedo! Pero debo aclarar que no tengo miedo del Altísimo porque Él comprende y perdona. El alma humana es ciega. Tengo miedo de los hombres porque éstos no comprenden ni perdonan. Encerrada en su nimiedad no quiero que me mire más con esos ojos siempre abiertos, hasta en el supremo momento de la caricia. Que no me tenga conmiseración esta desmedrada difunta de rostro mezquino, con figura de lloqalla atónito. Tengo infinitos deseos protervos de darle una gentil tunda de sepancuantos y volverla de patitas al panteón. Y enterrarla con el peso de mi justificada blasfemia. ¡Desciende al Ukhupacha, tu ciudad muerta, hembra recalcitrante y que el Demonio te siga atormentando en la tumba! Quiero que se trague de una vez por todas su horrible misantropía y grotesca belleza que ha abatido mi orgullo. El amor por la carne no es más que una locura que nos arrastra al despeñadero. Mucho tiempo hace que voy luchando con mis remordimientos —urdimbre de amor y odio— y paulatinamente comprendo que ella llegó hasta mí, en esta alta meseta de riquezas funerarias, con oscuros y perversos designios. ¡Oh dolor! ¿Y ahora contra quién voy a pronunciar exorcismos? Ella y yo somos diferentes. Lo hemos sido siempre. Verdor sin perfumes. Todo fue un engaño, patrañas y fuegos de artificio. Y ninguno de los dos tuvimos el valor de admitirlo. Sin duda sabía ella que esta empresa se desmoronaría. Ay, en sus ojos veía yo el peligro. Por eso, India agorera, gimiendo en pleno éxtasis de alcoba, con su alma enlodada me dijo tú y yo no seremos nunca felices. En efecto, jamás he podido llegar a postrarme ante el Altar con el alma blanca de la virtud y la probidad para recibir la oblea que consagra el sacerdote en el santo sacrificio de la Misa. Ahora mártir de los desalientos, me encuentro demasiado lejos de Dios Nuestro Señor y tan cerca de este pestífero cadáver. ¿Querrá acaso convencerme con su tétrica momificación de que ahora es buena y honorable y caritativa? Cuando yo hice todas las tentativas

posibles para devolverla a la vida no levantó ni un dedo para coadyuvarme. Yo hablaba pero la difunta —impávida e insensible— escuchaba como quien oye llover. Oh fería de tinieblas. Todo era irreal en aquellas maniobras de amor pecaminoso. Fue un mundo de ficciones la pesadilla de todas las sangres. Flagelado por mis propios remordimientos, fraile sin conmiseración, me he convertido irreversiblemente en poeta de la congoja y músico del desengaño. ¡Múyuj wayra, usqámuy, laqhayayniyki upiykuwachun, ukhunpi chinkachiwachun! ¡Ven, no tardes, viento fuerte, que tus tenebrosas ráfagas me devoren y en ellas, para siempre, desaparezca mi vida! Mis plegarias de rebeldía estridente ya no sirven. Lentamente, con supercherías y sofismas, con actitudes crédulas e idólatras he sido conducido al abismo sin fondo de un amor incestuoso. Toques de agonía. Me hice viejo alentando prodigios en balde. Ahora para completar el hundimiento de hijo del Cielo no me quedaría sino abjurar de mi Dios porque de hecho ya no soy el alma cristiana, noble y austera que había sido antes de caer bajo el influjo de las seducciones del Demonio de la concupiscencia. ¡Yo sacerdote ejemplar, que vivía en la estima cordial del Ilustrísimo Señor Obispo, envidiado por toda la congregación de curas doctrineros, yo! *Animus merninisse horret*, mi alma tiembla de horror al evocar estos recuerdos. Empero, tengo fe en la justicia divina, en la verdad de Dios. He escogido la senda que eleva y ocurra lo que ocurriere me rescatará, redimirá y perdonará. El hombre se alimenta de Dios. Pero alguien tiene que interceder para que pueda yo volver a brindarle mis tributos de sumisión. ¿Y quién? ¿La Santísima Virgen? Estoy apercebido de que no puedo renunciar al Reino de los Cielos. Ni aguantar por más tiempo el desprecio de los hombres. Fraile supaynívoj. Atormentado y lloroso me pregunto si tengo tiempo de volver sobre mis pasos. Rezar en latín las cuatro oraciones. Si aconteciera tal milagro, prometo olvidarme de las reminiscencias hasta que desapa-

rezcan. ¡Yuyayninta munani chinkarichiya! En silencio y levantando los ojos al Cielo espero el acontecimiento. Fuera de la Iglesia no hay salvación para nadie. Y si no me fuera dado este grato y misericordioso prodigio de la liberación de los errores, quiero tomar mi última comunión para poner mi alma en gracia de Dios. No puedo más, soy un cóndor abatido en pleno vuelo por la atmósfera turbia y pesada de la deshonra. Yo que escuché llorar a mis entrañas puedo decir que he llegado al límite de mis propuestas, renunciamientos y entregas. En vano pienso que viviendo en pecado debía haber suspendido los ministerios y no seguir consagrando a los demás. Yo, mísero mortal, cual luterano y hereje interdicto, celebraba la Misa, predicaba la Doctrina de la salvación y perseveraba en la liturgia de los Santos Apóstoles. Me he dejado llevar como un barco sin timón navegando en el delirio de una pasión impía. No me lavo las manos. Sin duda alguna el impúdico Bigardo de las trescientas sesenta mujeres y el intemperante Ermitaño de la Calavera son más nobles que yo. Por favor, dejen que el Cielo me juzgue. Soy de pies a cabeza, en la fantasía caprichosa de todos los días, la gran derrota del hombre, el símbolo viviente de su condición. He engañado a mi Creador aprovechándome de las tinieblas y miserias de este mundo y ahora siento en carne propia su santa y generosa venganza.

CAPÍTULO VII

Que trata del encuentro del padre Antonio de la Asunción con Ñauparruna y el total convencimiento del clérigo de que este mundo ya no es de él y debe partir al País de los Espíritus donde le espera su amada.

El encuentro fue casual en la ribera de la Laguna de los Dolores. Venía Ñauparruna quién sabe de qué infiernos en la empurpurada tarde que se ponía el sol. No había ido a buscarlo ni mucho menos. Sabía, es cierto, de su existencia esotérica, antigua y secreta. No admitía los principios que sustentaba porque no eran cristianos. Se aferraba como un poseído a la idolatría de la tierra y sus Dioses apócrifos. Lo observó atentamente, el largo decurso no había hecho mella en su ser. Caminaba con la frente iluminada, altiva, como ingresando al hechizo de la madurez. Y por su parte Ñauparruna, testigo de los tiempos, también lo estudiaba con esa su sonrisa socarrona con que acostumbraba medir a los hombres. El triste y desconsolado Indio al servicio del culto de los Yuraj auqa se exponía ante él embuchado en una sotana mísera y corta, llena de tierra y agobiado de soledad como un Extranjero. Perseguido por moscas azules y demacrado, lívido, hosco, como en las figuras escultóricas del arte de los Vicus que denunciaba a los que se excedían en las desventuras de la carne.

—Estás acabado, tatacura —comenzó diciéndole— porque

no puedes confinar tus sufrimientos y pesares. Fugitivo de tu destino no eres más que un cadáver postergado. Tu mundo ya no es este, el que estás hollando. Tu ventura está más allá, en el País de los Espíritus, en el sendero del Wakayñán donde eres esperado. . .

Al verlo tembló de pies a cabeza y con el viento en la cara Ñauparruna lo advirtió. ¡Era el Primer Cristiano Indio bautizado con el nombre de Felipe de Pohechos pero más conocido con el apodo de Felipillo! Y delante de él lloró arrepentido de los ultrajes y agravios cometidos contra sus hermanos de raza. Ten piedad de mí, Ñauparruna. . . Desde la muerte de Atawallpa, el monarca que había superado el dolor del mundo, víctima de un proceso mal compuesto y peor escrito, ya no era el alegre y festivo intérprete de la predicación de la Fe católica en el Imperio de los Cuatro Distritos, sino un Indio taciturno, cobarde y pusilánime. Cargaba con la aflicción de la deslealtad a su Soberano por culpa del amor de una de sus hermosas concubinas. ¡Mientras el Inca viva yo no puedo delinquir! Pero con callado recelo, la traidora del traidor, prefirió inmolarse el día de la ejecución de su dueño y señor y acompañarlo al País de los Espíritus. Y Felipillo quedó defraudado. Es cierto que la venganza contra sus hermanos fue cruenta: condujo a los soldados de la Conquista a las Ajllawasis asegurando que eran los enviados de Dios para liberarlos de la pesadilla sangrienta de Atawallpa. Y no dejaron mujer ni hermana sin someter, ni oro sin tomar, ni ropa sin saquear, ni tierra en que pudiesen hacer sus sementeras. Ahora se sentía arrepentido del gran oprobio, como Judas después de la muerte de Jesús. ¡Yo he pecado entregando la sangre inocente! Andaba temeroso de la venganza de Pachacámaj y de los Incas que habían caído en una servidumbre sin perdón. Todo ya era tarde para el Primer Cristiano. No podía siquiera reivindicar su nombre alistándose entre los voluntarios que marchaban hacia la montaña sagrada de Willcabanba donde Man-

co Qhapaj Inca lideraba la resistencia. Miró Ñauparruna con conmiseración y lástima al infortunado Felipillo que sollozaba como una criatura rodeada de abrojos. Y lo abandonó a su triste suerte. Pasó el tiempo y llegó el tiempo. Los Conquistadores se encargaron de apresarlo y torturarlo, degollarlo y repartirlo en cuartos por los caminos del Imperio. ¡Ni Señor ni hostias, coño! Lo acusaban de mal hombre, liviano, inconstante, mentiroso, amigo de revueltas y sangre y poco cristiano. La venganza de Pachacámaj, de Pachayachachij y de Qhön Tijsi Wiraqöcha, tres nombres y un solo Dios verdadero, había comenzado.

Tocada la llaga sangrante no aguardó el clérigo que le aclarase quién lo esperaba, ella o Él y le respondió rápidamente:

—*Debemur morti, nos nostraque*, estamos destinados a la muerte nosotros y cuanto nos pertenece. Yo sé que este mundo no me quiere. . . Me encuentro abandonado, dondequiera que voy con mis congojas encuentro el vacío. Nadie me permite expresar libremente mis dolores. Los perros me ladran y los hombres me apedrean, asustados los niños lloran al verme y las mujeres se hacen cruces. Que acaben de una vez con mi vida los que me odian. Y también los que me aman. Yo no soy el mismo de antes, he cambiado. Me siento atrapado por el Demonio, juez y verdugo de los descuidos humanos, que tiene el malvado apetito de creerse omnipotente. . .

Y Ñauparruna le replicó cáustico:

—No intentes conmigo hacer catecismo barato con tu buena labia porque conozco en carne propia lo que los cristianos se traen entre manos.

—¿Qué estás prejuzgando, hechicero de los Andes?

—Quiero significar que con el Catecismo bien dicho los clérigos conquistan nuestra alma y los encomenderos se encargan de nuestro cuerpo.

—¡Esas blasfemias querría escucharlas delante de los Ministros del Santo Oficio!

—Somos dos seres con concepciones diferentes del mundo, tatacura. Tú veneras las historias e imágenes del orbe concebidas por la fecunda imaginiería humana y yo la naturaleza: el sol, la luna, la estrella, el río, el árbol, la montaña. Somos Indios adherentes de congregaciones opuestas, pero al fin hermanos, ¿no es cierto? La luz de nuestros atormentados ojos reivindica la esencia ostensible de nuestra sombra natal. Quiero yo hablar al hermano Indio con cariño y afecto y no al servidor espiritual de los Yuraj auqa. ¡No me mires así!

Y se sentaron sobre la rocosa ensenada de la ribera. Mansa y tranquila la Laguna parecía una dormida panpa de sombrío brillo constelado que nada en la soledad altiplánica osaba a despertar. Sabía muy bien el padre Antonio de la Asunción que Ñauparruna —el fuerte, el hermoso, el Amauta que saludaba con reverencias de Curaca— conocía los secretos más pretéritos de la historia. Había vivido la Creación del mundo, el origen de las especies, de las divinidades, de los sentidos. La grandeza épica de los Dioses Nativos. Y también, testigo de la versatilidad de la naturaleza humana, el descalabro de los audaces capitanes de la Conquista. Muchas cosas presenciaron mis ojos y escucharon mis oídos, decía. En el cielo se encendían los diamantes de la noche para divertirse retozando como cabritos luminosos.

—Perdóname, Ñauparruna.

Cuando leyeron la sentencia el Tuerto se desesperó. Pidió de rodillas por amor al Altísimo, que no lo mataran. Los Pizarro, Hernando y Gonzalo, tenían que reconocer que él, junto con Don Francisco, había tomado un mundo donde todos los elegidos de Dios podían gozar y holgarse con repartimientos de Indios y ser señores de vasallos. Que él había cooperado más que ninguno para que Don Francisco ascienda a la cúspide de Marqués y Adelantado y Gobernador y Capitán General de la Nueva Castilla. Algo más para vuestro buen gobierno. Mirasen con piedad cuán viejo estaba, sesenta y cinco años,

flaco y gotoso. Con las manos tendidas encareció revocasen el severo dictamen para poder vivir en la cárcel los pocos y tristes días que le quedaban y así expiar sus pecados. Sus verdugos se maravillaron al escuchar aquellas súplicas penosas. Es cierto, era ambicioso como ninguno. O como todos. Pues dejando las costas se había desplazado al corazón mediterráneo de las Indias para reclamar derechos aduciendo que la Ciudad Imperial del Cuzco pertenecía a la Gobernación de Nueva Toledo de la cual él era su Adelantado y Gobernador. En su voluptuosa ansia de dominio intentaba a su arbitrio medir los grados del cielo, como ciertos almirantes que no saben lo que es sortear peligros en alta mar. Varios días se enfrascó con los Pizarro en discusiones bizantinas. Encarcelados los hermanos y dueño del Cuzco, el Tuerto aceptó la mediación de los curas para una entrevista con Don Francisco que ya se desplazaba de Lima con su pujante e invencible ejército Conquistador. Dejó en libertad a sus cautivos y asistió a la entrevista de Malla. Los antiguos y astutos camaradas de armas comenzaron sus discursos rememorando pasadas hazañas. ¿Recuerdas del maestrescuela Hernando de Luque a quien llamábamosle el Loco? Un confidente le sopló que había caído en una emboscada. Tomó su caballo y huyó tan rápido como pudo que no dio tiempo a que Don Francisco reaccionara. Desafiado a luchar en el campo del honor salió del Cuzco hasta las salinas de Kachipanpa. En buena lid los Pizarro ganaron pero retornando al Cuzco usaron cruelmente de su victoria. ¿Este Tuerto llorón era digno de las grandezas de los heroicos Conquistadores que con su valor y ciencia militar habían ganado para Dios, el Rey y la Patria el grande y riquísimo territorio de las Indias? El viejo hizo testamento dejando por herederos de su fortuna al Rey y a su hijo único llamado como él, Diego de Almagro, engendrado en una India Panameña. Arrastrado en una mugrienta frazada de soldado salió muerto de la cárcel, dijeron que le habían dado garrote acce-

diendo a su pedido de evitar la afrenta pública. En el tablado de la Plaza del Regocijo fue decapitado. El hijo, duro y ensimismado como su madre, presenció el triste martirologio sin llorar una lágrima. Sabía el discurso de la vida del Tuerto. Hijo de un clérigo, allá en la ciudad de Almagro, en el Reino de España, hallado en la puerta de una Iglesia vivió de caridad. Gobernador y Adelantado de Nueva Toledo no sabía leer ni firmar. Y ahora muerto por los mismos soldados de la Conquista, a quienes había comandado, no había uno que pusiese un paño en el degolladero. El Mestizo se retiró de la Plaza en el más completo mutismo. En ese momento los Pizarro, sin llevar el apunte al testamento, confiscaban para la cámara de Su Majestad todos los tesoros del Tuerto. Después de despojarlo de sus ropas, el verdugo lo dejó en camisa. Así, semidesnudo, estuvo todo el día expuesto a la mirada pública. Entrada la noche, un Negro esclavo y una pareja de Indios, a arrastrones lo llevaron a la Iglesia de Nuestra Señora de las Mercedes y de limosna, sin mortaja y cera, fue enterrado en una capilla debajo del Altar Mayor.

—Para fortuna nuestra nos unen las raíces.

Cuando más crecía la sabiduría del silencio se dispusieron a conversar. Sobre la orilla húmeda habían dejado las huellas de sus pisadas. El gran testigo del encuentro fue la killa-luna, la sonrisa de Dios que ilumina la noche. Le preguntó el clérigo si lo conocía a él y a la mujer que amaba con desesperada angustia.

—Desde cuando no había pasado y presente y todo era futuro —le respondió Ñauparruna—. Tú y la imilla, ayer y hoy jugando a los perseguidos bajo el signo de la fatalidad. Fueron roedores, jucuchas arcanos, batalladores activos, terribles y ardientes. Después providenciales Runapáchaj, enviados por el bien amado y respetado Qhön Tijsi Wiraqöcha para redimir a los hombres. . .

—Es cierto lo que dices, es cierto —dijo disimulando su

emoción—. Lo presenté en mi vida y lo vi claramente en el sueño de mis ojos. Háblame Ñauparruna del porvenir.

—Antorchas Indias iluminarán el mundo del mañana. Madurados en la leche de los siglos, los Mestizos, síntesis de los desbordes, asociados a los Criollos, herederos naturales del sometimiento, harán muchas guerras para expulsar con ignominia del Orbe Nuevo al Tata y quedarse con la Mama. Pero después qué hacer por la siempre violada y aherrojada de los siglos si no mantenerla recluida en el ayllu, como en el tiempo de Pachakuti Inca, para evitar que ande desmandada en torpes actos. La sangre de los Conquistadores es muy fuerte y ya no se puede evitar su presencia palpitante.

Pachacámaj no había olvidado a Don Francisco. En la hora del ajuste de cuentas imposible burlarse de su destino. Tenía que morir en manos de sus mismos ahijados. ¡Villano, aquí está la espada del castigo! Al recibir la estocada en la garganta se sintió perdido y pidió confesión. Experto en embelecocos chillaba como sesenta y cinco años atrás en la puerta de una Iglesia. Y no había una madre en Trujillo, de pecho rebosante, que quisiera amainar sus arrebatos. Amamantado con leche de cerda su destino estaría trazado para siempre. Hijo bastardo de un capitán de Navarra toda su vida vivió como huérfano. Porquerizo de profesión fue víctima de los felones que él había tratado de hacerlos caballeros gentiles, señores de vasallos, Wiraqöchas del Mundo Nuevo. Analfabeto no escribía ni un garabato, los informes y documentos que enviaba a los Reyes, su secretario redactaba y rubricaba por él. ¡Confesión! Y los trece camaradas de ayer se le rieron en la cara. Sí, los trece que le habían acompañado en la saga magistral después de trazar con el filo de la espada una raya en el suelo diciendo por aquí al Perú a ser ricos y por allá a Panamá a ser pobres. ¡Confesión! Pasado el mediodía, después de almorzar con bastante vino —hastados de la verija y cansados de la varaja— los trece caballeros de la capa —puesto

que disponían de una sola— salieron de la posada que daba a la esquina de la Plaza Mayor. Para qué más esperar la llegada de los jueces de Su Majestad si podían ahora mismo vengar con sus propias espadas la muerte del Tuerco. Y si Su Majestad, en ultramar, se indignaba por esta actitud ¡Coño! se levantarían también contra él. Con las armas desenvainadas y diciendo a voces muera el tirano fueron en busca de Don Francisco, quien en ese momento se hallaba conversando con el Alcalde Mayor, el Teniente General de los Ejércitos, un hermano materno y dos pajes y resguardado por una docena de soldados. Desde la noche de San Juan Bautista en que murió el Emperador Atawallpa —ni Dios ni los hombres— le garantizaban su vida. Buscado por la muerte era un fugitivo del Ukhupacha. Para no jugar a las escondidas el Fin, el Desenlace, el Término que no tiene piedad, le fijó plazo y fecha. ¡Sería también en San Juan Bautista! Ya de nada le valían las riquezas atesoradas y los títulos nobiliarios. La tiranía transitoria. Tampoco el concubinato expiatorio con la hermosa hija del mártir, Angelina Atawallpa, quien le dio dos hijos, de los cuales el primero falleció antes de cumplir los quince, enfermo del alma. Imposible luchar contra un enemigo cuyo rostro se ignora. Cumplido el plazo perentorio, acostumbrado a la destreza de los quites, quiso burlarse de la Vengadora no asistiendo a la Misa de San Juan Bautista. Y su hora no fue burlada. A plena luz del día y con la guadaña en alto, la Implacable lo buscó cuando hablaba recordando sus victorias alevosas. El Alcalde Mayor salió a poner orden a la cuadrilla de los trece villanos con la vara de su autoridad. ¿Qué es lo que mandan vuesas mercedes? La respuesta fue un certero tajo que le llevó la cabeza por delante, perseguida por su cuerpo que iba escaleras abajo. ¡Muera el bastardo! Los soldados de la guardia vieron la guadaña y huyeron por las ventanas. ¡Muera el tirano! Armado de una espada y una adarga y con los hombres que quedaban a su

lado, enfrentó la acometida. ¡Deja de berrear, bribón! Ferrovoso cristiano antes de recibir la estocada de gracia pudo con la mano derecha hacer la Señal de la Cruz. ¡Coño!, le salió la última interjección por la herida de la garganta. Le rompieron un cántaro en la cabeza y proclamaron su muerte. El nuevo Gobernador sería el hijo del entrañable Tuerto, vilmente asesinado por los Pizarro en la Ciudad Imperial. Las mujeres de los ajusticiados lloraban a gritos. Los Almagristas a ultranza, que no osaban antes mostrarse como tales, detrás del Mestizo que montaba a caballo, recorrieron la Ciudad de los Virreyes diciendo a voces que sobre el nuevo Diego de Almagro no habría otro Gobernador ni Rey en la tierra. Mientras tanto nadie se atrevía a tocar al difunto, pues los saqueadores pasaban por encima diciendo bien haya la muerte del tirano. Más tarde unos cuantos esclavos Negros lo arrastraron hacia la Iglesia Matriz para inhumarlo de limosna. Un criado y su mujer naturales de Trujillo, con autorización especial del Mestizo, lo vistieron con el manto de la Orden de Santiago sin alcanzar a ponerle las espuelas porque sus enemigos de espíritu turbulento venían en cuadrilla para cortarle la cabeza y exhibirla en la picota.

—¡Arte mágica, gitanería! Quiero que me hables de María Cusilimay. Por pensar en ella yo olvidé todas las palabras destinadas a mis hermanos. Pues quiero escuchar de tus labios todo lo referente a su vida, a sus dolores, a sus anhelos... De su alma tengo que rendir cuenta a Dios.

—¿Sabías que era muy débil de alma? ¿Que la primera vez, perdido el Ajayu en secretos breñales, yo le rogué y encarecí que retornara a su cuerpo desamparado? Trataba de convencerlo que un alma-sin-cuerpo no vale nada y lo mismo un cuerpo-sin-alma. Volvió el Ajayu contrito, arrepentido, pesaroso. Y era tan endeble que cuando te fuiste otra vez volvió a perderse y María Cusilimay se moría sin saber por qué y acongojada un día apareció en la Machaykatari.

—No entiendo por qué había de perder su alma por segunda vez.

—Por culpa del Jaywakuna. Su Ajayu se fue contigo y por alguna apacheta de tanta desolada inmensidad se quedó. Las almas son como los niños inocentes, puros, candorosos. . .

Una mula muerta, de pelaje pardo, yacía en la orilla de la Laguna de los Dolores corrompiéndose. Ya aparecerán mañana los hambrientos alqhamaris para dar cuenta de la carroña. ¿Mañana, después de hoy? Y pensaba el clérigo que le era imposible evitar la hora que volvería a encontrarse con la imagen afligida e interrogante de María Cusilimay, quien se quejaba mis ojos ya no ven más allá de mí, ¿hasta cuándo, yaya Antoño? Y de nuevo el ejercicio cotidiano de someter un cuerpo que no era dueño de sus actos para que reposara adormecida por sus propias satisfacciones. Él no era un alma destinada a vagar todo el tiempo. Tras una larga pausa, Ñauparruna añadió con voz dolida:

—Se iba consumiendo poquito a poco. Yo le expliqué esta situación y es posible que haya influido para que tomara la determinación de cortar el engarce artificial que la unía a la vida de desamparo. Dejó de padecer su cuerpo aunque no su alma que se encuentra deambulando como sonámbula en los espacios de la indiferencia pública.

—¿Y tú sabes, hermano Ñauparruna, dónde se encuentra ahora el cuerpo de María Cusilimay?

—Sí, sé con justeza dónde y cómo se encuentra —le respondió mirándole en los ojos—. Hay seres que conservan su existencia más allá de la muerte.

—Se me hace que eres como Argos, el personaje mitológico que tenía cien ojos y lo vigilaba todo.

—Soy superior a Argos, tatacura.

Las cabezas de los Yuraj auqa seguirían cayendo. Cada día se aumentaba el caudal de sangre vertida. Se abonaba la tierra de los hijos del Sol con la sangre de los subdioses Wiraqö-

chas. En el territorio libre y sagrado de Willcabanba se esperaba la señal de la aurora para un levantamiento general. Mientras tanto Pachacámaj había aconsejado la prudencia. La espera paciente y fría. Se trasladó Ñauparruna hasta Chupas para presenciar el enfrentamiento de Almagristas y Pizarristas, Chilis y Pachacamajis, Blancos y Colorados. Y vio sin sorpresa morir a Pedro de Candía, quien en Túmbez, frente a dos animales feroces, encerrados en jaulas desde los tiempos de Wayna Qhapaj Inca, los transformó en mansos corderos que se echaron a sus pies. Con un arcabuz en la mano y vestido de hierro cualquier infeliz es valiente, dijo sarcástico el hombre antiguo. Descubierta que disparaba el cañón al aire y no a la infantería enemiga que avanzaba, el Mestizo lo mató a lanzadas. ¡Muere cobarde traidor! Corregida la posición del arma mortífera el tiro se llevó a montones de cuerpos enemigos. Con dos o tres disparos de éstos el triunfo sería inobjetable, pero de nada ya valía porque los enemigos estaban encima en proporción de dos contra uno. Para hacerse pedazos los cristianos utilizaban espadas, hachas, lanzas y porras. Cuanto más encarnizada la guerra mejor. Los asesinos de Don Francisco que lo proclamaban abiertamente fueron hecho cuartos. Llegado el anochecer el Mestizo huyó seguido de sus hombres de confianza, mientras los heridos conscientes de la derrota buscaban entre los cadáveres bandas coloradas para cambiárselas por blancas y así salvar la vida. Y al arribar a la Ciudad Imperial fueron arrestados por disposición del amigo, hace poco obsequiado con el puesto de Alcalde Mayor. En la represión cruel y despiadada contra los Almagristas se destacaban mejor los ex Almagristas que habían canjeado —oportunamente— las bandas. Los heridos eran victimados en sus propios lechos. Un soldado que cierta vez en una partida de naipes perdió once pesos, se jactó de darse por vengado al dar muerte a once prisioneros. ¡Coño! Dos fugitivos, más muertos que vivos, pidieron asilo en el territorio de Manco Qhapaj,

quien noble y caritativo los recibió desoyendo a Pachacáma que estaba empeñado en vengar las crueldades ejercidas contra los Indios. Al subir al cadalso vio que había tenido el mismo destino de su padre el Tuerto. Derrotado un día sábado y degollado en la Plaza del Regocijo por el mismo sayón que sonreía como un puñal con ojos. ¿Juan el verdugo? Para servir a vuesa merced. Una grandísima cantidad de curiosos le rodeaba e insultaba. ¡Mestizo traidor de traidores! Ñauparruna observaba con un nudo en la garganta. ¡Mestizo matador de Don Francisco! Después de ser decapitado alguien pagó al verdugo para que no lo despojase de las calzas, el jubón y la camisa. Todo el día expuesto a la vergüenza pública. En la noche lo trasladaron a la Iglesia de Nuestra Señora de las Mercedes y de limosna lo echaron en la sepultura, al lado de su padre, sin más mortaja que la ropa que llevaba. También de limosna hicieron decir algunas Misas.

—Quiero confesarte que desesperadamente temerario la he arrancado un hueso para hacer este Pirutu que no es pequeño, mira lo precioso que es y así poder coadyuvar con mi música a la honda comunión del cuerpo con el alma. A veces creo que es ella la que interviene en mi ánimo enflaquecido y eso alienta mi tenaz esperanza de creer en su próxima y total resurrección. Es cierto, no sale nada de sus labios endurecidos pero no importa, me hablan sus ojos despiertos y yo le entiendo. ¿Quieres, hermano Ñauparruna, escuchar el yaraví y los versos dedicados a la dueña de mis pensamientos?

La quena era el fehaciente testimonio de la capacidad musical de los hombres, nacida en los primitivos comienzos del Gran Imperio había caminado sobre los siglos. Mientras el clérigo tocaba —y parecía llorar—, Ñauparruna tenía los ojos fijos en las aguas apacibles de la Laguna. Conocía desde siempre no sólo el arte antiguo de la contemplación —ensimismarse gozoso en el soplo de la naturaleza— sino el arte de escuchar la voz del origen que era la música iluminada del

hombre. El enternecido tatacura decía su poema con las pupilas humedecidas por el rocío. En el fondo de su corazón persistía la misma vehemencia, el mismo hondo cariño que sintiera antes de su deceso. ¿Eso era el amor?, se preguntaba Ñauparruna. ¿Munakuy? ¿Khúyay? ¿Wáylluy? ¿Lo opuesto del Chíjniy, del odio profundo? Y la pasión de los amantes de Potosí le inundó la mente, le magnificó sus emociones, le hizo recordar a sus Dioses que otrora prodigaban alegría y gozo. La luna se derramaba gota a gota.

—*Purisqan pallani*, voy siguiendo su rastro. *Llanthunta maskhani*, voy buscando su sombra. ¿*Kikin pay llanthuykuwanchu*, *waqayníypaj ayphullanchu?*, ¿es ella quien me da auxilio en el camino o es tan sólo el dosel de mis lágrimas?

—Este es el verdadero lenguaje del amor —afirmó el testigo de los tiempos.

¡Ea! ¿No acaban ya de sacar a ese hombre? Para Ñauparruna aquel ciclo de sangre y exterminio de los principales capitanes de la Conquista concluyó, en cierto modo, con la ejecución de Gonzalo. Hernando, el más siniestro de los hermanos Pizarro, había huido a España evadiendo su sino Indiano. ¡Ea! ¿No acaban ya de sacar a ese hombre?, insistió el Notario de Ejecuciones. Y salió de la cárcel de misericordia sobre un mulo, llevando en las manos una Imagen de la Virgen María y seguido de una decena de frailes que rezaban en voz alta. A medida que avanzaba la bestia abriendo calle entre la multitud, suplicaba que la Santísima Virgen intercediese por él. ¡Ya tendréis el castigo, traidor! En mitad del camino pidió cambiar la Imagen por un Crucifijo. ¡Ahí tenéis a otro traidor que es de los traidores! Montado en un hermoso corcel castaño, armado de cota y coracines y la ropa de terciopelo amarillo cubierta de chapas de oro había ingresado victorioso a la ciudad. ¡Viva el nuevo Emperador Absoluto! En efecto, vencedor de Añaquito y héroe de Huarina, este mismo gentío que lo insultaba, lo aclamaba entonces a grandes voces.

Pasaba por debajo de los arcos triunfales ornamentados con bellísimas flores, amancay y kantutas, clavelinas y cambro-neras, como los soberanos Incas después de sus batallas. Desafiando al mundo, estaba decidido a tomar por mujer y esposa a una hija, hermana o prima de Manco Qhapaj II para fundar una dinastía Indoespañola. Esta tierra, le explicaba su maese de campo, Don Francisco de Carvajal, es de los Incas, señores Naturales de ella y teniendo un Rey Español y una Reina India los Mestizos y los Indios harán y cumplirán lo que vuesa señoría ordenase y mandare. Y por primera vez escuchó cantar a los Nativos secretos himnos de victoria. Se fue derechamente a la Iglesia de Nuestra Señora de las Mercedes donde rezó y ofreció a la tierna y hermosa Madre de Dios todos los triunfos militares y el nuevo Imperio que vislumbraba. Pero los cristianos, universo de supersticiones, decían que Gonzalo había visitado la Iglesia atraído por las ánimas de sus víctimas que lo reclamaban. Varios días duraron las solemnidades y festejos. Chirimías, juego de cañas y sortija. La única mala nota del regocijo fue la muerte violenta de la Valenciana Doña María Calderón. Aleccionados del maese de campo, después de darle garrote los soldados, la colgaron de la ventana de su aposento por haber dicho que las tiranías del pretendido Rey del Nuevo Mundo habrían de acabar como acabaron las tiranías de otros tiranos más poderosos que habiendo alcanzado mayores victorias se habían perdido, como el de los Griegos y Romanos. . . Y en Sajsawamán se cumplió la maldición de la Valenciana. Ante un ejército de más de dos mil hombres —la mayor parte reclutados en la Capitanía General de Chile y dispuestos a matar hasta a su madre por llegar al Cuzco— los renegados desleales no pensaron dos veces para mudarse al bando contrario. ¡Ca, nunca mis enemigos me vieron las espaldas! A su maese de campo ya lo habían hecho cuartos. Sus restos no tardarían en repartirlos por los alrededores de la ciudad. Su cabeza en la picota se exhibiría en Lima.

El comportamiento del viejo, ochenta y cuatro años y con una vitalidad de treinta y cinco, fue siempre la de un gentil. Rebelde y sabio, los preladados del Cuzco, Potosí, Lima y Quito lo odiaban por sus extraordinarias dotes de inteligencia. Y cuando fue tenido preso, el Obispo del Cuzco lo abofeteó delante de los soldados. Señor de los dichos sentenciosos, gran táctico y mejor estratega. Quien consiente estarse mal merece estar peor, hilvanaba conceptos. Desde el patíbulo, con el corazón acibillado de desalientos, vio a la muchedumbre que lo rodeaba. Rostros cotidianos, cristianos todos, como él, como su padre, como sus hermanos. . . Hambrientos adalides, transformados en chacales se le acercaban para indagarle por la razón de la fuerza si dejaba tesoros ocultos. ¡Señores, escuchad!, expresó como un tribuno dirigiéndose a la marea humana, bien saben vuestas mercedes que mis hermanos y yo ganamos este Imperio. Muchos de vuestas mercedes tienen repartimientos de Indios que se los dio el Marqués, Don Francisco Pizarro, mi hermano; otros muchos los tienen que se los di yo. Sin esto, muchos de vuestas mercedes me deben dineros que se los presté; otros muchos los han recibido de mí, no prestados sino de gracia. Yo muero tan pobre, que aun el vestido que tengo puesto es del verdugo que me ha de cortar la cabeza. . . Hablaba de los reverses de la fortuna él, que tenía el mejor repartimiento: el Cerro Rico de Potosí. La Plaza del Regocijo fue presa del llanto. Los ancianos y los soldados y las mujeres. Para los Wiraqöchas del desamparo ya no era el tiempo de reír sino de llorar. Toledanos, Andaluces, Extremeños, Vascos, Aragoneses, Trujillanos, Navarros, Gallegos. Con sus odios secretos, con el rencor de sus profundos recelos, con la envidia a cuestras, con el silencio disimulado y con la siniestra e implacable afición a la muerte habían echado a rodar el Orbe Nuevo en un charco de sangre. Las palabras que acababan de escuchar les llegaba a la médula del alma. Crepúsculos preñados de desesperación. Siempre con los ojos y

oídos pegados a los acontecimientos, Ñauparruna sonreía. ¡Cai-ga sobre éstos toda la sangre vertida! No tengo con qué hacer bien por mi ánima, siguió diciendo con lengua de fuego. Por tanto suplico a vuestras mercedes que los que me den dineros, de los que me deben y los que no me los deben, de los suyos, me hagan limosna y caridad de todas las Misas que pudieren, que se diga por mi ánima, que espero en Dios que por la sangre y pasión de Nuestro Señor Jesucristo, su Hijo, y mediante la limosna que vuestras mercedes me hicieren, se dolerá de mí y me perdonará mis pecados. Y se arrodilló delante del Crucifijo mirando el Cielo. ¡Quédense vuestras mercedes con Dios! Patético. Nadie se atrevía a pedir clemencia ni perdón, más bien alguna dama de ilustre linaje expresó que de una vez lo matasen para no enternecer por más tiempo los corazones. El verdugo intentó vendarle los ojos y él rechazó diciendo categórico no es menester. Y cuando sacaba el puñal para degollarlo le pidió haz bien tu oficio, hermano Juan. Y Juan el verdugo, puño de muerte, sonrió respondiendo presto yo se lo prometo a vuestra señoría. Le alzó la barba y, después de tantearla profesionalmente, de un solo tajo lo decapitó. Cuando el sayón se dispuso a despojarle de sus vestidos alguien le dio dinero para que quedase con ellos el ajusticiado. Sin mortaja su cuerpo fue enterrado de limosna en la Iglesia de Nuestra Señora de las Mercedes, lugar donde reposaban los despojos de los Diego de Almagro, padre e hijo, mientras su cabeza era clavada en la picota.

—¡Misteriosa María Cusilimay, India esculpida en la cumbre del desvelo!

Y Ñauparruna cuya vida era pura, cuya palabra era sabia y cuyo pensamiento era decisivo, cautivado por el contenido humano de aquella elegía sentimental, se tornó lívido y su desahogo fue también llorar de sentimiento. No era un yaraví sino la pesadumbre de un corazón que suplicaba. Como si observasen con curiosidad desmedida, los diamantes de cauda-

losa luminosidad parpadeaban en el cielo. En el desasosiego del dolor aquel Manchay Puytu del miedo era como una piedra disparada por una waraqa guerrera. Queriendo hacer humano lo inhumano, queriendo hacer posible lo imposible. Lo que no causa asombro en la vida no tiene importancia. Cada ser humano tiene su locura, pero la mayor de las locuras es no tener ninguna.

—Ya es tarde para cualquier empresa de resurrección al conjuro del ánima, tatacura. Ya cumplió María Cusilimay el ciclo de su destino.

—¡Pero su alma vive! ¡Vive su alma! ¡Su alma es inmortal!

—Los espectros inmateriales del Wakayñán que han ido solos desde la tierra, tienen el fuero de elegir compañía entre las almas abandonadas. Y ella que espera y sufre no seleccionará a nadie porque siempre ha estimado que el amor es lealtad, aliento, esperanza a toda prueba. Y tiene razón. Cuando se dice amor se debe decir perennidad. Los muertos no se levantan de sus tumbas si no los mueve el destino. ¡Afronta la tempestad de los Andes, tatacura, con la mirada en la existencia eterna!

—¡Qué espantoso, Señor, qué tremendo! Dios no sólo me ha abierto los ojos sino el corazón...

—Estás temblando como un yuyu en la tormenta.

—Me tiemblan las rodillas... Siento frío, tengo sed. ¿Cómo puede el hombre salvarse del miedo, Ñauparruna?

—Solamente renunciando a la esperanza. Y al amor.

—Pero, Ñauparruna, obstinado profeta de percances —expresó el religioso en la última hora de la noche, su voz se había tornado áspera—, ¿cómo unir mi alma al alma de María Cusilimay si estamos separados por la vida y el tiempo, por la muerte y la distancia?

—Hermano tatacura, hay relámpagos en la altipanpa que dan más ruido que luz. Volvemos al principio de nuestra con-

versación. Tú eres un alma acabada y ya nada tienes que esperar de esta existencia. Tu porfiado aferramiento a la vida te lleva a negar la vida. La inútil espera, el Suyarísaj tienes que suprimir de tus comportamientos. Nada tienes que hacer aquí, en este momento y en esta tierra con tus infecundos padecimientos. Tu lugar es otro, digamos el Wakayñán del País de los Espíritus, donde te espera ella. Su alma no descansará ni te dejará en paz hasta que estés a su lado. ¿Está claro? Deja escuchar tu corazón. ¿Tiemblas ante la idea de ir adonde se encuentra? ¿Temes volverla a ver? Pues, tatarura, ¿no comprendes que un pacto de amor no es más que un pacto de muerte?

—¡No pronuncies la palabra muerte!

El dictamen había sido definitivo. Todas las insólitas inspiraciones del padre Antonio de la Asunción habían ido cayendo rotas, una por una, pedazo a pedazo. Irreversible destino, irreversible muerte. *Mora ultima ratio*, la muerte es la última razón de todo. Guiado por el rumbo que le marcaban los ojos de su amada ¡Sólo pienso en ti, nada más que en ti, María! sonrió con dignidad, la victoria final sería de él. Dios no ama a las almas débiles, se santiguó. Cantaron los primeros gallos de la madrugada y en el cielo empezaron a apagarse los diamantes de la noche. Toda mi vida, hasta este momento, no ha sido otra cosa que un sueño de pesadilla. ¡Y esto no viene de Dios sino de Supay! La sombría Laguna de los Dolores no tardaría en despertar y adquirir su brillo natural de inmensa lámina de plata. Sí, hermano Ñauparruna, dijo después de una larga pausa. Un diamante, el más refulgente, el último, se precipitó sobre el rostro de la noche como una lágrima. ¡Ñauparruna, me sostengo todavía de pie, vencido más que nunca que la muerte no existe! Y una gran queja se elevó de la tierra. Amanecía.

CAPÍTULO VIII

En que aparece el cadáver del cura Antonio en la ribera de la Laguna de los Dolores y condolido el vecindario estima que ha dejado de existir un Santo de la Iglesia.

Con los ojos abiertos a las tinieblas del mundo yacía en la ilusión. La creencia de haber convertido en victoria sus derrotas cotidianas. Amor, mi bella warmíchay, quiero descansar en ti. Su rostro de tez bronceada y rasgos duros había cambiado. Ahora en el reposo perpetuo se descubría sereno, sosegado, lleno de resignación como el de los Ángeles del Cielo. ¡Cuánto sufriste por buscarme, yaya Antoño! Bondadoso Indio rescatado por Jesús, gran corazón, convencido de su Fe, dijeron. Un Santo que se remonta a las alturas para gozar de la vida superior. Lo estoy no más viendo vivo, afirmó el gordo Potoco, llamaba a las puertas y nadie le escuchaba. Andaba de casa en casa y los perros lo corrían ladrando. Un día lo vi sentado en una roca, las mejillas hundidas por el hambre y entre harapos su cuerpo de piel y huesos, contemplando el sol que tramontaba, como si esperara a alguien. ¿Pero a quién? Tata Antoño, le dije y él no me reconoció. Hedía el cadáver y aconsejaron a las mujeres embarazadas tened cuidado, pues vuestros hijos nacerán ñusus, con las narices tapadas. Inquietas zumbaban las moscas azules de la Laguna. Conmovido del hallazgo el Pintor Albino les dijo a los Alguaciles que lo

justo era darle inmediata sepultura cristiana. Padrecito Antoño, ¿cómo es posible que hayas abandonado a tus fieles en este mundo?, se levantaba la voz tierna y sentimental de Doña Dolores limpiándole el rostro con un paño mientras el Negro Bienvenido Catanga se mantenía a distancia con ojos de espanto. Corroboró el panteonero diciendo que por su parte no había inconveniente en enterrarlo de limosna pero esperaba la orden del Obispado. Aunque no lo crean, nunca me hizo gracia tratar con los muertos. Y cuando llegó el padre Teódulo informó que Su Ilustrísima, al tanto de su raro comportamiento eclesiástico y de sus acciones poco coherentes, había deplorado su deceso. Pobre Indio desventurado, incapaz de soportar la prueba del Señor. Sin mirar al Cielo había hallado una miserable muerte y así también sería enterrado. En rebeldía consigo mismo. ¿Y ahora quién carga con él?, preguntó el panteonero. El Negro Catanga. ¿Dónde se encuentra el Negrito Catanga? Estaba aquí, pero ahora no lo veo. Mejor convoquen a unos tres Indios para que puedan trasladarlo en una parihuela. Desvalido y candoroso, el viejo Caoquí se adelantó a decir que él lo cargaría sin ayuda de nadie. ¿Pero cómo te atreves tú que cada día estás más decrepito y agobiado? Como respuesta elocuente lo tomó entre sus brazos y descansando en las esquinas llegó hasta el panteón seguido —entusiastamente— por el cortejo de curiosos. Hablaban a voces las Portuguesas vestidas de luto y rostros pintarrajeados que habían llegado después de ser amadas toda la noche. *Ontem choraba e choraba. Isso não ten nada de particular, meu niña, porque você sempre chora que lora. Lembro-me muito de minha terra. . .* Mientras tres Indios abrían las fauces del Ukhupacha para depositar en ella —bocarriba— el cuerpo del occiso ¡Hay que enterrarlo bien hondo! y Doña Dolores retornara con la mortaja y cera ¡Sí, bien hondo! los padres Teódulo y Felisberto rezaban por el alma del que fuera sacerdote de la Iglesia de Cristo. Bienaventurado aquel

que resiste la prueba que lo aflige, bienaventurado aquel que ama, bienaventurado aquel que sufre. . . Encarecieron el perdón del Altísimo. ¡Quienes obraron bien resucitarán a la vida! Muerto en extrañas circunstancias, no había oído más que el llamado de Él porque creía en su poder y en su bondad. ¡Muere para su cuerpo y renace para la verdad! Los hombres y mujeres del acompañamiento conocían las insólitas actitudes del último y dramático período de su vida. Dominado por el dolor de los pecados terrenales era un alma condenada a la aflicción eterna. Negro no más caminaba como una nube de tormenta. Azotado por el viento, por la lluvia y por el frío como un cuervo mortificado, como un alghamari domesticado fingiendo cielos. Sí, caminaba como sombra de su sombra. Enloquecido en función de la Fe, hablaba constantemente de la resurrección de las almas. Había luchado toda su vida por transformar las tinieblas en luz. Era la carne de Dios hecho hombre. Tocaba quena porque era músico y compositor excepcional. ¿Recuerdan el Manchay Puytu?, preguntaron las Portuguesas enlutadas. ¿La música del panteón en Todosantos? Cómo no iban a recordar. Machacaba insistentemente en su casa. También en la cima del Sumaj Orqho. En la Laguna de los Dolores. Confirmado por la cuñada de Pedro el Escultor, el chichero afirmó que le agradaba deslumbrar a los oyentes metido cabeza y manos en un cántaro y por eso se dio en llamar Manchay Puytu a aquel yaraví que llena el corazón de piedad. Quién sabe si era el desconuelo secular de su raza. Rivalizaba con Dios en nobleza y magnanimidad. Y pidieron las Portuguesas, como despedida al augusto glorificado, que alguien tentara el Manchay Puytu. ¿Dónde están los tañedores de flautas? Al padre Felisberto le gustó la idea y ofreció la quena hallada cerca de su cuerpo acabado. Pidió Pedro el Escultor que lo hiciera Quintino. Yo sé tocar flauta Indígena, respondió el Cronista Potosino, pero no recuerdo la melodía. El padre Felisberto dijo que debería solamente asomar

a sus labios el instrumento ososo porque tenía su propio poder, se tocaba solo. No era desagradable al oído. Parecía estar elaborado exclusivamente para ejecutar el Yaraví del Duelo. Como todos los hombres y mujeres del acompañamiento, sensibles a la dulzura melancólica de sus acentos, cayeron bajo el influjo de su predicamento. Cacharpaya de despedida. Las piedras lloraban. Los mágicos y espeluznantes frutos del amor desventurado. Tragedia de Santo y Artista, dijo el Pintor Albino, no ha podido sobrevivir al instrumento, ¿no es cierto, Pedro? Y Pedro el Escultor no se atrevía a confirmar o negar.

CAPÍTULO IX

Donde muerto el padre Antonio de la Asunción confiesa desde el País de los Espíritus que ha vivido martirizado por el Gran Miedo.

Milagro, milagro. Por fin el silencio se ha dejado escuchar. Mí cuerpo se encuentra siete palmos bajo tierra y divorciada de la muerte mi alma en el País de los Espíritus. Sin sed, sin hambre, sin aversiones. No tardaré en reunirme con el ánimo de mi dulce amada, lo que me importa mucho. He asumido esta grande responsabilidad de continuar la vida más allá de la muerte, la eternidad del alma, para alejarme no de mí mismo sino de los infortunios y pesares que me daba la ingrata separación. No podía ser de otro modo cuando todos los vicios y egoísmos, impulsos y ansiedades se habían apoderado de mí. En la vida del mundo futuro he quedado vacío, es cierto, ya no experimento en mí ser resentimientos ni satisfacciones desmesuradas. Ni siquiera miedo. Morir es sin duda penetrar en otra existencia: la del consuelo definitivo, reversión del nacimiento. *Memento, quia pulvis es et pulveris reverteris*, acuérdate que eres polvo y que en polvo te convertirás. Aquí no hay días ni noches, alumbrado por una fina y delicada claridad mañana será semejante a ayer. Socabado mí ser llegué como una mula envejecida de cansancio a este país, dispuesto desde la Creación del mundo, donde el tiempo se encuentra detenido como si fuera eternidad. Indio vencido

por su benevolencia, vivía sin ninguna posibilidad de suerte ni ventura, arrastrando remotas inseguridades. Mi existencia no fue más que un agónico relato en el letal proceso del miedo. He querido ver el rostro de Dios en el sufrimiento. ¡Vienen los cristianos, Wiraqöchas jamushan!, escuché decir un día y vi cómo, temblando, el ayllu se transformó en una comunidad de sikimiras aterradas. No venían a cobrarse los tributos sino los servicios de la Mita. De rodillas besando pies y manos les dimos la buena llegada. ¡Necesitaban mitayos para que en el Infierno de la mina, quinientas cincuenta varas debajo de la tierra, rastrearán la epidermis del Sumaj Orqho de puro qölke! El Virrey de Alba había asegurado que las piedras de Potosí y sus minerales están bañados en sangre de Aborígenes y que si se exprimiera el dinero que de ellos se saca habría de brotar más sangre que plata. Era la voluntad del Rey nuestro amo y señor, a quien Dios guarde, que lo demandaba así. Ensartados como malhechores en ramales y argolleras de hierro, la despedida no podía ser más triste. Con los cabellos desgreñados las Indias —abuelas o hermanas— lanzaban estremecedores alaridos al cielo. Era el exilio para unos, el cautiverio para otros, la muerte para todos. Muchos mitayos llevarían a sus mujeres, hijos y llamas como en el tiempo de los Incas. Pero con la semejanza notable de que esa vez no dejaban tapiadas sus casas. Iban además cantando takis de alegría y bienaventuranza. Yo acompañaría a mi padre dejando a mis hermanos menores. Y comenzó el éxodo. Las mujeres callaron sus alaridos y empezaron a cantar endechas y lúgubres lamentos. En el trayecto adhirieron prisioneros de guerra de la Capitanía General de Chile. Espuelas, látigos, salvazos. Los Servidores del Rey se gastaban los socorros que llevaban y como animales dañinos caminaban por las florecientes sementeras de maíz y papas y matando carneros para sobrevivir. El viejo religioso que oficiaba de intérprete me separó de mi padre. Era de Aragón, hablaba quechua con

gracia y excelencia y todos los días nos guiaba en la Doctrina del Salvador. ¡Ay de vosotros, almas perversas! Brusco, exigente y temerario, los Indios lo temían. Admirador ferviente de San Ignacio de Loyola llevaba un látigo de cinco porras para su ministerio de torturas y flagelaciones. Pendiente de su desvelo encarnizado yo obedecía todo lo que mandase su merced. Buscaba la indulgencia a través de la penitencia, la mortificación corporal, la reclusión y el ayuno. Y mi recelo por el fraile se incrementó con mi aprensión a la sordidez esotérica de la Siempre Inclita, Noble y Rica Villa Imperial de Don Carlos V. En la oscuridad de la noche caminaban los fantasmas de los clérigos de las treinta y tres Iglesias sombrías. Y qué decir de las casonas enrejadas de crujiertes umbrales, de los hombres armados de mosquetes y espadas, de las mujeres bien vestidas y de carne satisfecha, de los borrachos estruendosos que cantaban en los caramancheles de olores malignos. Durmiendo en el zaguán de la mansión del suburbio escuchaba sordos fragores de cuevas secretas. En medio del silencio las quejas, los gritos plañideros, los gemidos prolongados, las voces dolientes de los Negros que desde los subterráneos de la Casa Real de la Moneda clamaban el perdón de Dios. Villa Imperial cuyos anales destilan viejas leyendas, crímenes secretos y hechos de violencia sin nombre. Villa Imperial de los exorcismos, del pavor y de los espantos. Sobre aquel moho secular caminaba como perro husmeando el miedo. Yo era el doméstico, correo y mensajero del sacerdote y también el alumno más aventajado de su Catecismo. No desconocía él mi nacimiento bajo la influencia cultural de mis antepasados y armado del látigo que no temblaba en su mano cuando lo utilizaba, me enseñó a leer y escribir la lengua de Castilla. Y el latín. A gustar de las Bellas Artes, de la Música, Pintura y Poesía. Y como si todo eso fuera poco: a leer y escribir el idioma de los Incas con signos latinos. Desde luego para tratar con los Indios e informarle de sus inten-

ciones y designios. Desconfiados los Nativos huían de los Foráneos porque —sencillamente— los consideraban toscos y cerriles. Yuraj gallauykamáyuj, decían. Blancos bárbaros. *Barbarus hic ego sum quia non inteligor ulli!* Dios lo tenga a este envejecido hijo del Catecismo en su Santa Gloria. Siempre solía decirme no temáis la muerte del cuerpo porque el alma no puede morir. Yo no era un Indio güero, quién sabe si para su tiempo Felipillo fue también así. Y Tito Yupanqui. Pues más allá de las torpes manos del hombre está el soplo de Dios. Conocí la retórica y bajo el hábito monacal del seminario me hice sacerdote, un hijo del Cielo que rodeado de un aura angelical predica el Catecismo preciso del temor, la sumisión constructiva. El dolor es el destino de los hombres nacidos del pecado y muchas veces ha sido por demás merecido este destino. El dolor es esencia primordial y si dejara de existir no subsistiría el mundo. ¡El hombre ha sido creado para sufrir! Cuando mis hermanos de raza, tímidos, pusilánimes, me besaban los pies y las manos —el servilismo como un medio de defensa—, yo temblaba de angustia descubriendo pesares y remordimientos. Había despertado a una nueva sensibilidad, acaso a la verdadera dimensión de la dignidad humana y los veía prisioneros de su propia esencia, temerosos, introvertidos, carentes de sentido crítico. Tatay, tatalay... Yo me había salvado saliendo del limbo de la sumisión: vivía la bienaventuranza del cristianismo. ¿Has desempolvado los Altares y sacado brillo a los candelabros? ¡Alabado sea el Santísimo Sacramento del Altar! Cada uno es libre de ver su realidad y su destino. Quien a buen árbol se arrima, buena sombra le cobija, decía mi maestro. En un hemisferio de tinieblas, con ansias de luz, después del oficio de la mañana, todos los días sin tregua repasaba el Catecismo. Diusniy, castellanizaba el Runasimí, ¿unánchay?, ¿entienden? Diusniy yachan, Dios lo sabe todo. Cuando se desencadenaba la furia de los elementos yo les decía que no eran los Achachilas ni ninguna otra divi-

nidad pretérita, sino la ira celestial de Diosnín-Diosniy, Dios de mi Dios. Tomaba al pie de la letra la verdad evangélica para no equivocarme en la predicación, provocando el enojo exacerbado del sacerdote y sentir en mis espaldas la disciplina de cinco porras. El dolor de los humanos —incluidos los Indios— va a resucitar al Salvador. Tenía que ser un Indio servicial y honrado. Hay que borrar de la mente de los Naturales las idolatrías y grandezas fantásticas de sus antepasados, me instruía. ¡El miedo es el padre de la disciplina! Cultivarlo es imponer la obediencia. El orden o la hoguera. . . Se difundía desde el púlpito el espanto, la pesadilla, el Infierno. Con el concurso de la graficidad pictórica —la obra del Pintor Albino y otros— se mostraba a los sometidos a torturas, atenazados por torniquetes y hierros enrojecidos, en fraguas diabólicas y friéndose en pailas y calderos por sus pecados de eludir el verbo del Señor. Los únicos a salvo eran los frailes y monjas que iban por el camino florido del Cielo y escoltados por un coro de Ángeles. Y yo ya era joven, un Wayna para quien el amor a Dios no es todo. Necesitaba merecer el cariño y la ternura de una warmi-hermana, de una warmi-esposa, de una warmi-amante. Amar y ser amado. El viejo fraile tenía su recreación en la cocinera, portentosa Mestiza de busto soberbio que le gustaba lucir mantillas, polleras y alhajas costosísimas, como las Cholas de los encomenderos y azogueros. Me estremecía de pavor cuando Doña Dolores me tomaba de la mano y se la llevaba ¡ay de mí! a los labios y sentía su boca desdentada. Era el beso de una Chullpa. Padrecito. . ., decía con voz trémula dispuesta a incautarse de mi carne y de mi espíritu. ¡Yo que nunca le había dado muestras de pensamiento alguno! La timidez, la desconfianza, el recelo eran la constante perpetua. Y llegó el experimento del Demonio. La recomendada del Alguacil no era una barragana cualquiera sino Duquesa de Santa Cruz de Tenerife, Doña Carmen Escobedo, quien desde su lecho de enferma me hizo comparecer para re-

cibir el consuelo de la confesión. Quiero estar sola delante de mi Señor, les instruyó a los criados que terminaban de encender los cirios de los candelabros de plata. Alterado el rostro por sus miradas de fuego, ladinas e impúdicas, hablaba con delectación de los pecados carnales, del Demonio insatisfecho que la poseía todos los días. Y en mitad de la confesión destapó las sábanas para mostrarme su desnuda belleza adulta. Blanca y coruscante como cristal de porcelana. Quedé tembloroso y balbuceante ante tanto desenfado. ¡No tengas miedo, padre Antonio de la Asunción, yo no estoy loca ni enferma, que me muera si miento! Maldita raza de Eva, Doña Carmen estaba lejos de amilanarse, ¡Yo te enseñaré a gozar de las delicias íntimas!, bocarriba con las piernas separadas y las rodillas en alto, ¡Tómame padre Antonio! Yo temblaba de pies a cabeza. Un viejo biombo cubría el maloliente urinario y un montón de querubines repetidos adornaban las paredes. ¿Por qué abrigas tanta cobardía en tu ser? Yo no fui nunca violento ni perverso, así que cuando vio que intentaba escapar, la Duquesa Santacruceña con la dignidad desvanecida me insultó azotando al Cielo. ¡Fraile de mierda, Indio imbécil, hijo bastardo de la Iglesia, no es la miel para la boca del asno! Escapé de aquella ocasión que el Demonio me brindó pero quedé profundamente turbado. ¡Anda, véte a montar a las llamas, Indio degenerado! Y con el alma menoscabada para siempre ya no podía mirar con decoro a las Españolas ni a las Indias si no pensando en esa fascinante herida que llevaban entre las piernas. ¡Seducidoras hembras! ¿Doña Carmen Escobedo pertenecía a esa especie de mujeres que se hicieron desagradables a los ojos del Señor? Cualquiera instante el Diablo puede presentarse como Mujer, Cura y Niño, o en forma de Fuego, Agua, Veneno y Puñal, me había enseñado mi viejo maestro el fraile de Aragón. Sufría en silencio, temía confesarme. Ayunaba. Negábame avergonzado a recibir el alimento insigne. En las noches tomaba la disciplina de cinco porras

pidiéndole al Altísimo que todo lo sabe y todo lo ve me perdone e ilumine. Como una kantuta aparecida en el camino de abrojos llegó a la casa la pequeña María Cusilimay. Imilla insignificante, desde el primer momento me movió a compasión. Vi sus pupilas diáfanas y le dije tienes que salvar tu alma, vivir en el temor. Y Jesús mío, como por obra del Ángel de las tinieblas, no podía dejar de pensar un instante en ella. Bautismo de deseo, bautismo de sangre. Humilde y mansa era. Dulce y transparente también. Muerto el sacerdote y muerta la Chola de busto soberbio quedamos los dos, solos, en la mansión del suburbio. Brillaban sus ojos. No quise nunca que me besara las manos ni los pies. Ay Jesús, ponía los ojos en la imilla y mi sangre latía con violencia; el deseo endemoniado se me subía al pecho. Racimo de sugestiones, cofre de ansiedades. En las noches sentía frío y mis ojos se arrasaban en lágrimas por el miedo de caer en la tentación ¡ilus! sin entrever que ya había caído en el hechizo que quería evitar. Y la pobre, como estrella luminosa, no dormía, tesonera andaba por el patio toda la noche. Hasta que un día no pude más y puse a sus plantas mi destino. ¡Ay de mí, le ofrecí el amor eterno! Nuestra simpatía disputaba la bondad de Dios. Había acumulado en silencio, dentro de mí, toda la vida, aquel cariño para dárselo a ella. Lo recuerdo todo, lo veo todo. En el cuarto de los duendes —extrañamente terroso— dejé de ser un alma pura, un religioso de vida ascética. Y mis ansiedades se reencarnaron en otras tribulaciones, como quien dice salí del miedo de todos los días para caer en el Gran Miedo. Manchay, manchay, manchachikuni. Más terrible y ruin. El cielo me libre de dejarte alguna vez, le decía y ella me oprimía como se oprime un fruto maduro. Lo que estaba aconteciendo era una afrenta. Burlados los hombres, ¿podría impunemente burlar al Altísimo? Dios mediante, pensaba, algún día seré descubierto y sancionado en la Plaza del Regocijo. ¡O en la Plazuela de Aranzazú! Veía

cómo el miedo asumía su nuevo rostro. Perseveraba en la vida con delirio de persecuciones. Cómo me estremecía de espanto al escuchar el tañido de las campanas conventuales. Los ruidos cotidianos. El aire se hallaba cuajado de voces. . . Obsesionado por la culpa en que vivía estaba expiando el pecado de haber nacido Indio. Origen vil generado en mis padres. La sinopsis del signo de siempre. ¿Todo es pecado en la vida? Sí, todos los frutos son prohibidos. Sabía que los funcionarios del Santo Oficio encapuchados de temores y emborrachados de tinieblas nunca habían dormido por defenderse de sus agresores. ¡Buscando la tranquilidad suprema eran los únicos esforzados y diligentes trabajadores de la historia! Bebedores de sombra, para ellos no había sosiego, miraban de soslayo como Alguaciles del miedo, husmeaban el aire, confrontaban datos, archivos, antecedentes, recibían delaciones oportunas y actuaban sobre seguro. ¿Es que, Jesús mío, no puede haber un día sin temor y sin recelo? ¿Por qué siempre el hombre hostiga al hombre? ¿Dónde están sus virtudes y grandezas? ¿Por qué esa despiadada autodevastación del género humano? Y el miedo y el temor al miedo. Imponiéndome muros altísimos, el pavor acuchillado se introducía en mis nervios, en mi cerebro, en mi sangre. Me consumía pensando en la maldad de los castigos. Ser interrogado alguna vez. Torturado. Condenado. Era la vigilia tenaz, la aflicción grande de todos los días y de todos los siglos. El miedo de Pachacámaj cuando desembarcaron los cristianos en Tumbes. O el miedo de Jesús ascendiendo al Calvario para ser clavado en la Cruz de la afrenta. Así que cuando viajé a Lima, en cierto modo creí evadirme de las sospechas, zafarme de la implacable inquietud subterránea de mi conciencia impía. Y pedí que el ala de la misericordia resplandeciera sobre la cabeza de mi amada. Qué diferencia notable con estos vastos territorios verdes que constituyen el País de los Espíritus donde todo es diferente. La paz al alcance de los ojos tranquilos. El silencio cayendo sobre

el silencio. Proscritos el llanto, el dolor, el temor. Ya no hay manos crispadas, acentos de ira ni voces altas y hoscas. No se ven almas negras ni deformes. Todas iguales, no hay razas condenadas ni vencidas. Ni ricos ni pobres. No existe la tortura por el tormento en sí. Y con mi retorno —que era además la vuelta a mis antiguos temores— mi vida quedó convertida en un paciente suicidio. Con los pies fríos en la tumba vivía mi amada en un mundo muerto donde no podía morir. Después, esperando la resurrección de la carne yo tenía aquella maltratada osamenta en la alcoba. Ya te tengo, no te me escaparás, le decía jubiloso a estas ruinas de amor. No es posible amar a alguien en quien no se cree. . . Temía que en algún momento se desintegrara y la luz desapareciera de sus pupilas antes de que tornase su alma salvadora, que parecía escaparse cada vez más distante. El profeta Eliseo resucitó a un muerto. Tendido sobre él pegó su boca a la del cadáver y transmitiéndole su aliento lo revivió. ¿No era una orden ineludible de Dios resucitar a los seres queridos? Me miraba esperanzada la difunta con los taladros desorbitados como Doña Carmen Escobedo y yo tenía miedo. Jesús dijo Yo soy la resurrección y la vida. No soy ningún depravado ni lujurioso, pero para combatir el horror, atentando contra sus sueños, me abalanzaba sobre ella y con la furia viril de mil Cantáridas no la dejaba en paz. Creer y esperar en Él. Delirante, empapado en sudor de muerte anhelaba febril el retorno de su alma a la vida y —desgraciadamente— las súplicas a Dios no llegaban ni al techo de la Iglesia. Y escuchaba una voz débil, ahogada, de profunda desesperación, que decía mis ojos ya no son de este mundo. ¡Sus ojos vivían olvidando su rostro, su cuerpo, su alma! Cuando fui al alto solio de la colina de la montaña que llora plata —en cuyas laderas no han crecido jamás árboles con frutos, matorrales ni briznas de hierba—, para ser escuchado por el alma de mi única ventura —¡Me consumo llamándote todos los días y to-

das las noches, mamita! ¿Por qué te demoras tanto? ¿Por qué?—, en medio de la nostalgia ardiente entreví con pánico la realidad. ¡El Demonio reniega del alma y Dios reniega del cuerpo! Abandonado a mi desconsuelo e inquietud estaba viviendo esa tragedia sin escapatoria que es el Apocalipsis del hombre. Imitando el grito de los desesperados comprendí entonces que el Amor, la Muerte y Dios eran la misma cosa. Anegada en el pantano María Cusilimay, con los ojos corruptos de todos los días, volvía al barro primitivo y yo, pobre criatura humana, inútilmente aferrándome a un poquito de mundo donde ni perros ni hombres me querían ya. Y elegí la muerte para que mi amada pueda vivir: el amor es la más terrible y placentera forma de morir. ¡Ay, Jesús, ahí está ella escuchando el silencio! La diviso allá lejos. Pobre, sentada, esperando como la gracia que ilumina. Mujer de virtud única, Reina núbil, hermana y amiga, tiene en las manos un manojo de flores. Sí, los amancay y las kantutas albas que tanto le gustan. Debo apresurar mis pasos que están pisando suavemente el vacío.

CAPÍTULO X

De la manera como se imponen de la aterradora verdad en la Villa Imperial de Potosí y quemán los cuerpos de los amantes y los pecaminosos muebles, libros y manuscritos.

¡Hay amores que ni el mismo Demonio los entiende! Cuando las graves campanadas de Santo Domingo anunciaron el Auto de Fe, el silencio se hizo en la multitud que llenaba la Plazuela de Aranzazú. El inquieto Bienvenido Catanga dejó de ofrecer sus exquisitos caramelos Cabellos de Ángel, Tablitas del Señor y Tetitas de Monja. Enmudecieron las Portuguesas que guardaban luto riguroso. También los chicheros, el gordo Potoco, su mujer e hijos. Se callaron los locuaces Andaluces, Extremeños, Gallegos, Sevillanos, Vizcaínos. Y los Criollos, Mestizos e Indios. Anoche Doña Dolores había soñado con una serpiente cascabel y decidió no asistir a la trágica plazuela, prefirió encerrarse en su alcoba y en secreto encomendar a Dios por el alma del pobre fraile. ¡Pero, Dios mío, no llevo a comprender qué le ha visto a esa adefesio! Se rumoreaba que los allegados del padre Antonio de la Asunción huyeron de madrugada, hacia Cochabamba el Pintor Albino y hacia Chuquisaca Pedro el Escultor. Y echando sudor de sangre por la boca Caoquí el viejo expiró en una esquina del callejón de la Pulmonía. Saikuskaqani, estoy cansado, el onqhoqoy ha penetrado en mi enlamecida humanidad para llevarme al Ukhu-

pacha... La Inquisición del Santo Oficio quería indagarlos. Una tras otra aparecieron dos carretas tiradas por mulas cojas y tuertas, contratadas de los carboneros y aguadores que hacían servicio desde el Qölke Wacay. Detenidas cerca del poste calcinado de los sacrificios descargaron los muebles y enseres confiscados en la mansión del suburbio. La hermosa cuja de madera tallada donde dormía el cura con la difunta. Las sábanas, la almohada, las frazadas y el colchón manchados de yerros. Ropas de cama y ropas de vestir. La vieja y hedionda ánfora y la dura batea de madera donde bañaba el cadáver de la India. Los libros heréticos que leyó durante muchos años y los papeles escritos en el idioma de los Indios. Espeluznante. En el remolino de los tiempos era inevitable la confusión de profecías. Lo que había acontecido no era un mero suceso ni tampoco una casualidad. No estaba sucio el Cielo. Desde aquel azul immaculado quemaba el sol. La atmósfera plagada de lenguas de fuego y bocas de ceniza:

—Parecía un místico el tunante.

—Lamía en la sombra el cuerpo de la imilla.

—Su negra figura de cuervo era la encarnación de la muerte.

—Y los restos de la India, los ratones se la iban comiendo a pedazos.

Hallado su cadáver en la Laguna de los Dolores y enterrado de limosna en el panteón, los Alguaciles y el Notario del Corregimiento —ejerciendo funciones de justicia mayor— comenzaron sus diligencias. Trasladados a la llamada casa cural o mansión del suburbio, revisaron el zaguán de entrada. Detrás de la puerta la Cruz de palma bendita y las Imágenes de los Santos que impedían la intromisión de los Ángeles del mal. Más adentro: el patio y el corral de los animales. El cuarto de los duendes lleno de trastos viejos e infestado de arañas negras y ratones que habían perdido el miedo. En la pieza de la criada —imilla conocida por su dis-

creción y humildad— hallaron entre sus polleras, mantas y acus, amuletos Indígenas del acto del amor, el Waqanki y el Qharimunachi, atravesados por siete alfileres vegetales, sortilegio de identidad, lo que fue un indicio aleccionador de lo que más tarde hallarían. Ascendiendo por los crujientes escalones llegaron al espacioso dormitorio que era a la vez despacho de trabajo. Ahí preparaba el clérigo el Catecismo diario y en sus horas de descanso se sentaba al balcón de madera contemplando el majestuoso cerro de plata, La Montaña Excelsa. El venerable Achachila del culto de los Indios. Al violentar los candados e ingresar Notario y Alguaciles un insoportable hedor hizo que tuvieran que taparse las narices con las largas capas que portaban, lo que no fue óbice para proseguir las diligencias. Tropezaron con una inmensa ánfora y una batea de madera con aguas descompuestas. Abrieron de par en par la ventana que se hallaba fuertemente asegurada y a la luz del día vieron lo que ojos humanos jamás contemplaron. La sorprendida exclamación de todos fue válgame Dios. Descubrían lo inimaginable en el aposento de un religioso. El cadáver de una mujer en posición equívoca y en absoluto estado de putrefacción. El Demonio cruel y sanguinario, dijeron convencidos, esta vez en forma de mujer para perder a quien vivía al servicio de Dios y sus semejantes. De inmediato comunicaron el hallazgo al Dignísimo Señor Obispo y el Santo Oficio intervino en las investigaciones. Como bandada de alqhamaris y lekelekes, ávida de acontecimientos, el vecindario se reunía en la Plaza del Regocijo o frente a la mansión del suburbio. Los Indios en cuclillas. Graznando palabras, muchas veces ininteligibles, aseguraban las Cholas de los Vascos haber escuchado en muchas ocasiones patadas de mula en las puertas de los inquilinos del barrio de los Gallegos. El cadáver de la mujer aquella —enjoyado monstruo de ojos abiertos— no era otro que el de la criada secuestrada misteriosamente del panteón. Mostraba inobjectables

huellas de reiterados sometimientos carnales. No había podido evitarse que estos hechos íntimos llegaran al conocimiento general. También había descuartizamiento. ¡Voto a Dios, peor que en una capilla de los milagros! El coraje del licencioso había llegado hasta dejar un horripilante muñón en lugar de la pierna. Andaba el alma de la India haciendo ladrar a los perros, aseguró la criada de mayor confianza de la noble Duquesa Doña Carmen Escobedo. Todo aquello era tan ignominioso que había avergonzado al Cielo y estremecido a la tierra. ¡Sabemos cómo es el cuerpo de las personas pero no conocemos su alma! Los incorruptibles Ministros y Familiares de la Inquisición buscaron con ahinco en el aposento el miembro mutilado y sólo hallaron envuelto en pedazos desgarrados de ropa el pie. ¡Ah! Y escondido entre los libros prohibidos, que tenía debajo de la cama, presumiblemente adquiridos de contrabando. Calderón de la Barca, Volney, Francisco de Quevedo, Diderot, Miguel de Cervantes, Rousseau, Inca Garcilaso de la Vega, Crebillon y muchos autores más cuyos antecedentes herejes constaban en los archivos del Consejo Central del Santo Oficio. Y la investigación, lógicamente, fue llevada hasta sus últimas instancias. No sólo hallaron libros sino cantidad de sospechosos manuscritos. Música y poesía con temas referentes a Dios y a la Virgen Santísima, pero no era precisamente eso lo que buscaban los Inquisidores. Entre las páginas de los voluminosos libros de hagiografía estaban los temas dedicados al amor prohibido. ¡Qué bandido, qué Demonio! Con serenidad y tiento estudiaron estos espantosos agravantes literarios. No quepa la menor duda, dijeron, estamos ante un caso nada común. Ciertamente empalidecían las ocurrencias del rencoroso Ermitaño de la Calavera y del lúbrico Bigardo de las trescientas sesenta mujeres. Este Indio asqueroso, taimado e hipócrita, infiltrado en la Iglesia para desacreditarla, no sólo merece la excomunión *post mortem* sino la inmediata quema de sus restos en la pira

funeraria, al igual que la de todos sus objetos de uso y abuso, muebles y papeles, dictaminaron categóricos. ¡De melancolía ingénita el Indio siempre es un ser detestable! Debe exorcizarse la casa cural con agua bendita, oraciones y procesiones. Y también debe ir a la hoguera el cadáver insepulto y pútrido de la India. Se comunicaría después por bando a la población de la Villa Imperial y alrededores que serían sancionadas por la Iglesia con el rigor de la excomunión todas aquellas personas que recitaren o cantaren los versos y composiciones del terrible pecador. En especial el yaraví llamado Manchay Puytu.

—El fuego tiene la gran virtud de purgar al hombre de todo pecado, luego el alma vive limpia.

Amontonados los muebles en una elevada plataforma de piedra, el pedestal de la Fe, el verdugo se apresuró a descubrir el cadáver de la India que se hallaba en el suelo cubierto por una frazada.

—¡Este es el cuerpo que gozaba el fraile —explicó con voz altisonante—, fingiendo astutamente ser criada, su verdadero papel era perderlo y apoderarse de su alma!

Un murmullo de espanto emergió de la multitud. Bajo el sol de fuego del mediodía las Portuguesas, Bienvenido Catanga, el gordo Potoco y todos los vecinos de buena voluntad pudieron ver con nitidez agresiva su piel de bronce, grisverdoso, sus largos cabellos apelmazados por el polvo de la tierra, sus ojos en el vacío sin pestañas. Desfigurada la boca en un rictus sardónico, cruel, despreciativo. Sus pendientes inmensos, sus collares fabulosos, su escapulario negro y sus brazaletes riquísimos la mostraban más horripilante que el mismo Satán. ¡La mujer más fea que viera en mi vida! Hediondo cadáver gastado por el tiempo, cubría su desnudez una larga túnica blanca de muerta-viva, con bordados y en la zona del vientre una plegadura acuchillada, tal como usaban las damas Españolas para sus expansiones eróticas. ¡Puf, qué asco, Dios

mío! Tomándola brutalmente del pie y de los cabellos el verdugo arrojó aquel recuerdo de carne olvidada sobre el montón de muebles y papeles. También el pie que faltaba. Todo bajo la acuciosa vigilancia del Notario que levantaba el acta del ingrato suceso. Las moscas habían invadido la Plazuela de Aranzazú, convidadas por la fetidez de los desperdicios.

—Oh, pecadores, pensando llegar a la gloria del Paraíso van a dar de bruces al Infierno de sus pesadumbres —expresó un Vascongado.

La respuesta del cura:

—*Abyssus abyssum invocat*, el abismo llama al abismo.

Y la réplica del mendigo Aragonés que trabajaba en las puertas de la Iglesia:

—Era de verlo, siempre rondando calles sospechosas con impulsos de exaltación.

Cuando llegó la última carreta ¡Por la misericordia de Dios! la conmoción del público fue mayor.

—¡Vive Dios, aquí está el cadáver del excomulgado fraile que vendió su alma al Diablo feroz e implacable!

Acababa de ser exhumado del panteón. Sin sotana y sin mortaja el verdugo lo echó sobre los trastos viejos —la cama y la funeraria silla de alto respaldo— y al lado de aquella alegoría grotesca que era la imilla María Cusilimay. Protagonistas del amor macabro, saldos de una existencia gris, condenados a alimentar las piras de la afrenta pública.

—Que vaya ahora el ánima de yaya Antoño al Infierno tenebroso a tocar flauta Indígena —dijo el Potoco y su mujer e hijos le escucharon con notorio desagrado.

Después de que el pregonero leyó la sentencia del Tribunal Ordinario del Santo Oficio, la última e ineludible voluntad de Dios, el padre Teódulo se adelantó. ¡Loado sea el Señor! Indicó que todos los presentes rezarían la oración de los difuntos. En un decir amén el verdugo encendió el suplicio de las llamas y se inyectaron de sangre las pupilas del sol. A lo lejos

alguien tocaba el Manchay Puytu, la fábula de la muerte en el tiempo. El fuego purificador de Dios ardió hasta carbonizarlos en un solo ser. Nunca se habían visto llamaradas tan fogosas.

EPÍLOGO

A los extraños sucesos y desgracias de una leyenda de amor que ha sido fundamentada como pregón de futuras no superadas notoriedades.

Otra vez disfrazado de noble y próspero encomendero Catalán, con vestidos elegantes, sombrero de rico cintillo y polvos de arroz en el rostro, asistió Ñauparruna a la convocatoria pública del Tribunal Ordinario del Santo Oficio de la Inquisición. Adornaban el sagrado recinto hermosos blasones de terciopelo negro con flecos de oro y Cruces verdes, ramas de olivo, espadas de justicia y zarzas ardiendo... *Exurge, Domine, et judica causam tuam!* Se hallaban presentes los Ministros, Familiares y demás funcionarios con la indumentaria de las grandes ocasiones, el traje de San Pedro Mártir. También se encontraban los Ilustres Oidores de la Real Audiencia y miembros del Cabildo y Corregimiento. A la diestra del Comisario Eclesiástico, supremo jefe del Tribunal de la Fe, el Presidente de la Audiencia. Ingresaron los cuatro reos con manos y pies aherrojados. El padre Felisberto, el joven Observador de Casos Memorables, Pedro el Escultor y el Pintor Albino acusados de difundir la obra musical y literaria del que fuera cura sacrílego Antonio de la Asunción, teólogo y compositor de músicas, ajusticiado *post mortem* por convivir con el cadáver descompuesto y fétido de una mujer que en verdad era el

Demonio concupiscente. Se descubrían los incriminados como si las torturas *in caput alienum* —para obtener información de cómplices y encubridores— padecidas y soportadas en la cárcel de misericordia no hubiesen hecho mella en sus cuerpos y espíritus. ¡Voto a Cristo!, exclamó el padre Felisberto al ver la cantidad de curiosos Extremeños, Vizcaínos, Andaluces y Gallegos de la Ilustre Ciudad que observaban silenciosos. Iniciada la sesión, el Comisario pidió al Alguacil Mayor que subiese al púlpito para dar lectura al dictamen del Tribunal. Y en atrevida fantasía apareció el mundo de los testimonios mágicos. Tallada en la tibia de la imilla doméstica, la quena se había convertido en un instrumento de gloria y muerte. Cuando se acercaba a los labios emanaba la música apoderándose de las emociones primarias de todos sus oyentes. Los llevaba a la salvación o a la perdición. Escuchándola en la ciudad del Cuzco se habían difundido escandalosamente los censurables hechos de la vida trágica y sentimental del sacerdote Potosino. Dicha quena fue transportada por viajeros que la adquirieron en la Villa Imperial a unos desconocidos que, presumiblemente, eran los sagaces Chalcas, ladrones de hábitos irreversibles, quienes jamás la utilizaron porque veían sus agujeros obstruidos. Igual que una brasa les quemaba los dedos. Temblando de sensaciones murieron sus poseedores Cuzqueños. Después apareció en la Ciudad de la Plata. En los salones de la nobleza encumbrada fue la novedad insólita. Soplada una vez tocaba sola, transmitiendo su propio poder sibilino. Apercebidos por la Iglesia de que no se trataba de una elocuente expresión de sentimentalismo Indígena sino de una herejía y sabedores que por ahí rondaba un Pintor Albino de aspecto melancólico que presumía de conocer la obra cultural del pecador, la trocaron por un fresco de San Pedro de Alcántara. La que fue una virtual recuperación del instrumento por los allegados del apóstata. El principal propagandista de estos sucesos era el sujeto de natural vicioso que pasaba de Cronista

para encubrir su falta de ocupación conocida. Andaba desafiante por las calles y plazas de este Imperio sin atender a las recomendaciones y prevenciones de la Iglesia, divulgando en lengua de Indios la poesía y la música del Amor y la Muerte, más comúnmente conocida por Manchay Puytu y contando como un típico juglar todo el proceso de envilecimiento del que fuera esclavo de sus propias ficciones. Requisadas las casas de los cuatro inculpados se halló mucha literatura en el idioma de la raza discriminada que circulaba —clandestinamente— en la población. Pero en ninguna se pudo hallar el cuerpo del delito. Mucho después, el Ilustre Tribunal fue informado, por los medios propios de que disponía, que en Antofagasta —en su Plaza Mayor— se escuchaba tocar todas las noches —después de la hora del rosario— aquella quena de hueso humano. Entre conmovida y sorprendida la población, erróneamente, hallaba en ese espantoso y sórdido yaraví la mejor composición romántica del mundo. El culto del amor-dolor. Emisarios especiales pudieron constatar que en efecto el padre Felisberto, natural de Andorra la Vella, había llevado y prestado el instrumento aquel a cuantos se lo solicitaron para su conocimiento y difusión. Y ahora el Manchay Puytu, contado por poetas y músicos, gozaba de una nefasta celebridad en la Villa de San Felipe de Austria de Oruro, en San Miguel del Tucumán, en la Villa de Oropesa y otras, tanto o más que en su ciudad de origen. Atendiendo la prodigalidad de motivos y antecedentes de los incriminados, asesinos de almas y ladrones de la Fe de Cristo y los Sacramentos de Dios, el Tribunal Ordinario del Santo Oficio dictaminó la excomuni6n. El público atribul6se por la extrema determinaci6n eclesiástica, pero no el iluminado y altivo Ñauparruna pensando que podía haber sido peor, como la hoguera, por ejemplo, de la Plazuela de Aranzazú. Además de la expulsión de la grey cat6lica purgarían sus delitos, de acuerdo con el grado de culpabilidad, en el Palacio Encantado, su-

friendo cada uno de ellos treinta azotes, dados por verdugo experimentado, en plena plaza pública, la confiscación de sus bienes y el uso obligatorio de vestidos penitenciales, es decir los hábitos de San Benito. Quintino sonrió, ya se imaginaba expuesto a la burla y el escarnio vistiendo escapulario de paño amarillo con dos aspas coloradas. Voto a Cristo, dijo a media voz el padre Felisberto, para quien el mundo ya no era tan grande ni tan bueno, *Ecclesia abhorret sanguine*, la Iglesia rehusa la sangre. . . Mandan los Señores Inquisidores Apostólicos, de estos Reinos, concluyó de leer la sentencia el Alguacil Mayor, que todos los vecinos y moradores estantes y residentes de la Villa Imperial de Potosí y seis leguas en contorno elevando al Cielo sus preces vayan el primer domingo después de la Semana Santa que viene a la Plaza del Regocijo a ver la aplicación de las sanciones dictadas por este Tribunal Eclesiástico. Mándase publicar para que venga a noticia de todos. Como Indio despojado de esperanzas lloraba Pedro el Escultor y no por él sino por la suerte de sus hijos, de su mujer, de su cuñada y de su suegra. Y el Pintor Albino pensaba en la prodigiosa vida del padre Antonio de la Asunción, quien, con la eterna angustia de lo desconocido, buscaba el Paraíso —o el Purgatorio o el Infierno— y halló nada menos que la condenación por destino. Con su muerte, cortejo de pavores, no había concluido su vida, pues su alma estaba condenada a un perpetuo renacimiento. Dios no era el fin sino el comienzo.

Buenos Aires, Septiembre de 1976.

ESTA EDICIÓN DE 4.000 EJEMPLARES
SE TERMINÓ DE IMPRIMIR EL DÍA
TREINTA DE SETIEMBRE DEL AÑO MIL
NOVECIENTOS SETENTA Y SIETE, EN
LOS TALLERES GRÁFICOS DE LA COM-
PAÑÍA IMPRESORA ARGENTINA, S. A.,
CALLE ALSINA 2049 - BUENOS AIRES.



Por su fuerza tremendamente evocadora, por la trágica belleza de la historia narrada, este relato del escritor boliviano Néstor Taboada Terán es una obra decisiva en la literatura hispanoamericana actual. A manera de una crónica, con un lenguaje que reúne el esplendor de un testimonio arcaico y la vehemencia de quien transmite algo inmediatamente vivido, este libro rescucita la desmesura de una leyenda amorosa: "los extraños sucesos y desgracias de una leyenda de amor que, pese a los siglos de difusión prohibida, la mano del tiempo no ha enterrado en la sepultura del olvido". Es la historia de una india que no pudo soportar la ausencia de su amante, y

del fraile Antonio de la Asunción, que exhuma el cadáver de su amada, trata de volverla a la vida, busca emisarios que la hagan regresar del otro mundo, construye con un hueso de esos restos que idolatra una flauta para expresar las angustias de su esperanza: el Manchay Puytu, una melodía impercedera en la que resuena el desconsuelo secular de una raza consustanciada con el culto de la muerte. "Esta suerte de hechos era para mí un desafío —dice Taboada Terán—: encarar el tema que a través de los siglos estaba devorando los sueños en Antofagasta. Ha dicho Malraux: hablar de la muerte es una de las maneras más razonables de hablar del sentido de la vida."